

Selección RNR

*Solo
volver a empezar*

LOREN MILLS



Suspense romántico

Solo volver a empezar

Loren Mills



1.^a edición: junio, 2017

© 2017 by Loren Mills

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-921-3

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Promoción

Prólogo

Desierto de Arizona, 23 de octubre, 2008

Una ligera brisa aligera el abrasador calor del desierto. Con la espalda apoyada en su todoterreno negro, Zoe cubría sus ojos grises bajo unas gafas de sol que no ayudaban a su visibilidad. A pocos metros de ella, sus dos compañeros de agencia no dejaban de dar vueltas, nerviosos, logrando convertir la espera en algo insoportable. Les miró lanzando un largo suspiro y cruzó los brazos sobre su pecho antes de protestar:

—Mark, David, dejadlo ya, vais a lograr que me desespere —les dijo.

El primero, de mirada castaña, la miró a la vez que revolvía su cabello de la misma tonalidad. David, sin embargo, hizo caso omiso a sus palabras. Levantó sus gafas de sol para dejarlas sobre su cabello rubio, mojado por el sudor, y la miró con aquellos mágicos ojos verdes mientras se acercaba a ella.

—Ya te lo dije, tengo un mal presentimiento con esto. —Su compañero protestó, metiendo las manos hasta el fondo de sus bolsillos—. Jamie no tendría que haber aceptado jamás este trabajo. Involucrarse con esas personas...

—Formar parte de la CIA tiene ventajas y también desventajas, no podemos elegir en dónde nos metemos. Lo sabes. —Zoe se acercó a él para intentar tranquilizarle—. Seguro que ha tenido cuidado, y después de este día, la misión habrá terminado. Tu mejor amigo estará de vuelta, y apenas habrás sido consciente.

—No sé cómo lo soportas, si yo fuera tú y el fuera mi novio... estaría desesperado.

—¿Quién ha dicho que no lo esté? —Ella hizo un guiño y volvió al lugar donde permaneció quieta casi toda la mañana.

Hacia ya tres años que Zoe ingresó en la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos. Después de que sus padres murieran en un accidente de tráfico y dejara sus estudios, por fin parecía haber encontrado lo que de verdad quería hacer en la vida. Volvió a cruzar sus brazos sobre la camiseta blanca marcada por el terregoso color del desierto. Sobre la cintura de sus *jeans* ceñidos descansaba un cinturón con la pistola que siempre le

acompañaba y sus botas negras ya soportaban el peso de un cuerpo cansado, tras largas horas de espera.

Con una altura de casi metro ochenta, ojos de un tono azul grisáceo y cabello rubio y largo, era la envidia de muchas de las mujeres de la agencia. Además, también deseada por muchos hombres y malhechores con los que había tenido la «suerte» de encontrarse desde que empezó a formar parte de la CIA.

Pero, en definitiva, jamás cambiaría ninguno de los pasos recorridos hasta el momento.

—Ahí llegan. —Mark interrumpió sus pensamientos señalando hacia el norte.

Zoe levantó sus gafas de sol y observó los dos coches levantando el polvo mientras acortaban la distancia hacia ellos. Suspiró con tranquilidad, hacía seis meses que tanto ella como sus compañeros estaban infiltrados como traficantes de armas para dismantelar a una de las bandas más peligrosas de América del Norte. Ese iba ser el día en que su compañero y pareja desde hacía dos años, Jamie, llegara con el jefe de la banda para firmar un contrato sin que este supiera que en realidad todos eran agentes de la CIA dispuestos a detenerle y acabar con su organización.

En los ojos de Mark, un experimentado agente de metro noventa y con cuerpo atlético, se veía la preocupación por la importancia de la misión. Mas ninguno podía permitir que la desesperación o el cansancio acabaran con semanas de duro trabajo tanto físico como psicológico.

Los dos coches se pararon a unos pocos metros de donde se encontraban; el sol brilló sobre el capó negro. De estos salieron seis personas, entre ellos Jamie. No tardó en dedicar una sonrisa a su novia aún en la lejanía. Su pelo negro y rizado había crecido un poco, además ella observó que su barba estaba algo más larga de lo normal, y sin duda lucía más que cansado. Los ojos azules de su compañero se fijaron en Mark y David dedicándoles un saludo antes de avanzar al lado del jefe de la banda.

—Chicos —dijo sin más asintiendo con la cabeza.

De la misma altura que Mark, bajó un poco la vista para mirar a los ojos de su mejor amigo, David, y entregar su mano a modo de saludo. Así lo hizo también con Zoe, sin delatar la verdadera relación que los unía.

—Os presento a Oscar.

—Encantado señores y... señorita. —El nombrado asintió después de

saludarles.

El jefe de la banda metió las manos en sus bolsillos. Zoe observó que en apariencia era un hombre perfectamente entrenado para la lucha, analizó su postura, y localizó tres armas. Dos pistolas y un cuchillo. «Está preparado para cualquier imprevisto, maldita sea».

—Ese de allí es Sloan, mi compañero de armas.

Oscar se giró para observar a su compañero. Ambos eran altos, con cuerpo atlético y un tono marrón chocolate en ojos y cabello. Lo único que les diferenciaba era que el primero iba afeitado y Sloan llevaba barba de unos pocos días.

—Echas las presentaciones... —dijo Oscar con una sonrisa que a Zoe no le gustó nada.

«David tenía razón, hay algo que me da mala espina», se dijo para sí misma.

Jamie sonrió intentando calmarla y se giró para quedar de cara a Oscar, Sloan y sus acompañantes. Los suyos durante aquellos últimos meses en los que vivió, trabajó y actuó de su lado.

—¿Negociamos? —preguntó con una sonrisa pícara, llevando la mirada hacia Oscar—. Estoy seguro de que andarás satisfecho con lo que mis queridos amigos tienen que ofrecerte.

—Desde luego que sí. —El jefe de la banda esbozó una sonrisa y miró a su acompañante—. Sloan...

Este asintió.

Ante la atenta mirada de todos, y sin que apenas pudieran hacer nada, Sloan desenfundó su pistola y disparó a Jamie entre ceja y ceja. El agente cayó al suelo muerto en cuestión de milésimas de segundo. Una última respiración en la que escuchó gritos y disparos que marcarían las arenas de aquel desierto.

Gritos, disparos... incluso el polvo de aquel desierto elevándose con cada movimiento de pies, de las llantas de los coches en su huida... La sangre de Jamie alrededor de su cuerpo mientras sus ojos aún abiertos describían el miedo que sintió al morir, al dejar sola a la que fue la mujer de su vida. Ella misma, disparando varias veces con sus manos temblorosas en un momento de locura en el que su compañero Mark también murió y sus enemigos escapaban con solo dos bajas en sus filas.

Un recuerdo que, casi ocho años después, aún lograba despertarla entre pesadillas...

Nueva York, Julio de 2016

Como cada día, Zoe apagó su despertador a las seis de la mañana. Se dio una ducha rápida y se arregló para ir hacia la agencia con base en un gran edificio dedicado al sector de la construcción.

La cabeza le dolía, los flashes de aquel día parecían repetirse con más crueldad que nunca en esa mañana de verano, en la que el calor ponía en su piel el recuerdo de Arizona. Cogió las llaves de su coche antes de salir de casa y miró a su alrededor. Su piso, decorado en su mayoría con colores negros y blancos había cambiado desde aquel entonces, pero aún recordaba exactamente donde descansaron durante años las fotografías de ella junto a Jamie. Incluso los cojines o adornos que él había comprado para su apartamento, ahora guardados en una caja en la oscuridad del trastero de su edificio.

Suspiró y arregló su cabello suelto. Ya hacía tres años que había vuelto a la agencia después de largos meses de recuperación tanto física como mental. Mientras bajaba en el ascensor se miró al espejo de este, con sus dedos rozó la cicatriz de unos pocos centímetros que ahora descansaba en la parte izquierda de su cuello. Por alguna razón, la vida quiso que aquel día tanto ella como David se salvaran.

Negó con la cabeza, y sin más se dedicó a trabajar como cada día hizo

desde su vuelta.

Esperó en silencio a los escáneres y que la luz rojiza hiciese su trabajo.

—Buenos días —dijo con su encantadora sonrisa nada más salir del ascensor privado que llevaba a las instalaciones de la CIA.

Sus compañeros respondieron con gesto agradecido, un saludo o un abrazo. Para su desgracia, aún había algunos que la miraban con tristeza y conmoción, y ella no podía más que asentir agradecida por el apoyo durante tantos años.

Miró a su alrededor. Los escritorios negros sobre el suelo gris estaban ocupados por decenas de compañeros que ya trabajaban con sus ordenadores. Su puesto, junto al de David, estaba al este, al lado de la sala de operaciones donde esa mañana se reunirían para una nueva misión. La primera importante después de lo sucedido.

—Zoe, pasa.

La voz del jefe de operaciones la hizo sonreír. Para ella, siempre había sido como un padre. Tenía cuarenta y seis años y ya llevaba más de veinte trabajando para la CIA. Aunque algo joven para su puesto, era uno de los miembros más importantes y en sus ojos marrones se veía la sabiduría que muy pocos tenían. Medía poco más de metro ochenta y seguía siendo atractivo a pesar de sus casi cinco décadas de vida. Zoe no dudó en darle un caluroso abrazo.

—Te has afeitado —le dijo esbozando una sonrisa.

—Mi mujer dice que así estoy más guapo —le respondió él.

—Tu mujer tiene mucha razón, Charles. Y ese corte pelo también te queda bien.

El hombre sonrió acariciando su cabello marrón moteado por algunas canas ya indicativas de su edad. No tardó en adoptar la seriedad que siempre descansaba en su rostro cuando había que tratar temas de trabajo.

—Tenemos cosas que hacer, ¿pasas? —Zoe asintió cuando su jefe abrió la puerta para que entrara a la sala teñida de un intenso color blanco entremezclado con rojo.

Había una gran mesa en el centro en la que podían sentarse unas quince personas. La zona de la entrada era de cristal, pero en las otras tres paredes había pantallas de plasma ocultando en su mayoría el tono rojo de estas. En los televisores ya había imágenes de lugares, ciudades y algunos hombres y mujeres que supuso serían los enemigos de los que tendrían que ocuparse.

—Buenos días, David. —Zoe se sentó al lado de su amigo y le sonrió.

—Buenos días, ¿dormiste bien? —le preguntó acercándose un poco a ella.

—Se podría decir que tuve sueños mejores...

En ese instante, él supo de qué se trataba. Movi6 un poco su mano para coger la de su compa5era y agarrarla con fuerza entre sus dedos. Si no hubiera sido por 6l... si ella no hubiera estado a su lado durante aquellos a5os... ambos hubieran estado perdidos.

Cinco minutos despu6s la mesa estaba casi ocupada por algunos compa5eros y Charles para comenzar con la reuni6n.

—Buenos d6as a todos y gracias por venir —comenz6—. Como todos sab6is, durante estos 6ltimos a5os la agencia ha conseguido dismantelar algunas organizaciones que traficaban con armas, drogas, etc.

Mientras su jefe hablaba, las im6genes de las pantallas pasaban una tras otra. En una de ellas Zoe pudo ver el rostro de Oscar, al que hab6an detenido un a5o despu6s de lo ocurrido con su equipo en Arizona. Pero aquello no era suficiente consuelo para alguien que perdi6 tanto aquel d6a.

David volvi6 a apretar su mano con fuerza.

—Nos han llegado informaciones sobre una nueva organizaci6n que lleva casi dos a5os creciendo a nivel mundial. Su base est6 en Berl6n y ahora tenemos una oportunidad para averiguar mucho m6s sobre ellos... y qui6n sabe, tal vez podamos acabar pronto con algo que a la larga ser6 muy peligroso a nivel mundial. Una oportunidad que no podemos dejar pasar.

Con la seriedad e importancia que cada uno de los agentes daba a su trabajo, miraron toda la informaci6n de la pantalla y leyeron el informe que se les dej6 sobre la mesa.

—Zoe, 6estar6s preparada? —pregunt6 Charles.

Ella asinti6 despu6s de leer durante unos segundos m6s.

—Supongo que ya debo de volver al trabajo con la seriedad que merece, ha pasado mucho tiempo desde aquello. Sabes que cuentas conmigo.

—David ir6 contigo, ambos os har6is pasar por hermanos y os encargare6is de suministrar armas y los productos que la organizaci6n requiera. Digamos que ellos trabajan siendo los intermediarios de muchas otras bandas y organizaciones —continu6 su jefe.

—Viajaremos a Berl6n entonces... —a5adi6 Zoe mirando sonriente a su compa5ero.

—Hay algo m6s. —Charles carraspe6 llevando la visi6n hacia la joven.

Una mirada que ella conocía y que solo podía indicarle algo: «Es importante».

—Vuestros compañeros os darán apoyo desde la ciudad y desde aquí en Nueva York. Pero tenéis que saber algo, la CIA ha unido fuerzas con el FBI para esta misión, ya que son ellos los que han hecho las averiguaciones en su mayoría. Uno de sus mejores agentes os acompañará, como vuestro jefe y representante. Los tres os infiltraréis como trabajadores en la organización después de una larga experiencia como vendedores de armas y traficantes de drogas.

—Y... ¿no debería estar presente? —preguntó David aún revisando los papeles.

—De hecho, ya está aquí. Os presento al agente Noah White. —Charles se adelantó para abrir la puerta y entregar su mano al recién llegado—. Bienvenido.

—Gracias —respondió él con voz grave.

Con paso firme y sereno se dirigió hacia el lugar donde el jefe de Zoe dio instrucciones. Ella seguía inmersa en su lectura, como solía hacer cada vez que había una nueva misión que afrontar.

—David, parece que será un buen viaje... —le susurró, pero él no respondió—. ¿David?

Zoe giró su rostro para cruzarse con los ojos de su amigo, vio cómo este mantenía una mirada seria hacia el recién llegado, llevada a través del odio.

Ella levantó la vista para dirigir su mirada hacia el mismo lugar que David, sintiendo en ese instante como todo su mundo se venía abajo de nuevo.

Aunque llevaba pantalón de vestir y una camisa blanca dándole un aspecto formal, recordaba ese porte como si le hubiese visto hacía solo unos minutos atrás. Incluso su pelo castaño y ahora bien peinado avivó la imagen de aquel hombre en el recuerdo su mente. Sus ojos marrones eran firmes y llevaba la barba igual que aquel día...

La muerte ante su presencia.

—¿Sloan...? —preguntó Zoe en un susurro—. No puede ser...

El nombrado se giró al escucharla y la miró a los ojos. Hacía mucho tiempo que no escuchaba ese alias en boca de alguien. Se esforzó por recordarla, pero Charles intervino antes de que él pudiera hablar, poniendo una mano sobre su pecho y pidiéndole silencio.

—Todo tiene explicación, Zoe.

David miró a su amiga a sabiendas de lo que haría a continuación. Ella se levantó de su silla, furiosa, las manos le temblaron como aquel día, pero esta vez no llevaba una pistola encima. Una pistola que hubiera deseado tener para disparar contra ese hombre y acabar con él de la misma forma que acabó con la vida de Jamie. El agente del FBI recibió una bofetada por parte de Zoe, dejando una marca rojiza oculta bajo su barba. Y si no hubiera sido por David, que ahora la agarraba por ambos brazos, hubiese hecho cualquier cosa sin arrepentimiento alguno.

—¿Que tiene una explicación?! Este cabrón mató a Jamie. —La locura se apoderó de todo el cuerpo de Zoe que no podía dejar de hablar y gritar—. Me importa una mierda, pero voy a acabar con él. ¡Suéltame, David!

—Noah, será mejor que esperes en la otra sala. Después voy a hablar contigo. Los demás, salid de aquí —ordenó Charles.

Atónitos, todos sus compañeros dejaron a Zoe y a Charles a solas en aquella sala. El odio que ella sentía en su interior se convirtió en un llanto incontrolable apenas unos segundos después.

Tuvo que sentarse para evitar desmayarse.

—¿Tú...? ¿Lo sabías? —Ver al que consideraba su padre asentir le dolió más que cualquier otra cosa.

—Cuando Jamie, tú y los demás empezasteis con la misión, él ya llevaba dos años infiltrado en la organización de los Figueroa. En apenas unas semanas se convirtió en la mano derecha de Oscar, pero te juro que no supe nada hasta el momento en que pasó aquello. Sé que estas palabras te van a doler —Charles se acercó y apoyó sus manos en los reposabrazos de la butaca, mirándola fijamente—, pero la muerte de Jamie fue algo necesario para la misión que el FBI tenía para Noah. Si no lo hubiera hecho, Oscar se habría dado cuenta de que él formaba parte de nuestro gobierno y jamás hubiésemos terminado con la organización.

—Y ahora, ¿me obligas a trabajar con ese desgraciado? —preguntó ella de nuevo.

—Eres parte de esta agencia, y si quieres seguir formando parte de ella, tendrás que soportar esa carga y comportarte como si nada hubiera pasado.

Zoe no dijo nada, secó sus lágrimas y tal como entró en la sala salió de allí ante la atenta mirada de todos. David la siguió hasta que ella se perdió tras la puerta que llevaba a la sala de entrenamiento, miró con odio a Noah que aún permanecía de pie en silencio en la sala contigua. Quería reprocharle mil

cosas a Charles por hacerle eso a su amiga, pero sabía que no iba a servirle de nada.

El sonido de su arma disparándose, la vibración entre sus dedos y los agujeros en el papel que había unos metros delante de ella... fue lo único capaz de calmarla. Las lágrimas habían dejado marcas sobre su ligero maquillaje y su cabello estaba ahora agarrado en una larga coleta que caía sobre su espalda.

«Si quieres seguir formando parte de la agencia, tendrás que soportar esta carga...».

Aquella frase le dolió tanto en el alma que iba a tardar meses en olvidarla.

O quizás nunca lo haría, al igual que aún conservaba cada uno de los recuerdos de aquel día hasta que su cuerpo cayó rendido por el dolor de las heridas. Pasó minutos a solas con sus oídos tapados por los auriculares, disparando sin parar e intentando que sus nervios no se apoderaran de cada emoción que le recorría.

Se sobresaltó al sentir cómo tocaban su hombro. Cuando se giró subió la mano con la que sujetaba la pistola y apuntó al agente en el mismo lugar que él disparó a Jamie.

«Contrólate...», tuvo que decirse a sí misma para no apretar el gatillo.

—Sé que no va a servir de nada, pero lo siento —dijo él con una serenidad impactante.

—Lo sientes... claro.

Noah la miró con firmeza, entrecerrando sus ojos. Solo les separaban los centímetros que había entre el cuerpo de Zoe y la pistola que aún empuñaba. Él se atrevió a levantar su mano y coger la de ella por la muñeca bajando su brazo, quedando a un par de centímetros de su cuerpo.

—Sí, lo siento —volvió a repetir—. No supe que erais de la CIA hasta el momento en que subimos al coche, y mucho menos sabía que él era tu novio.

—Prometido —aclaró ella.

—Está bien, prometido. —Noah la soltó y por primera vez ella le miró algo más calmada—. Puedes creértelo o no, pero estas cosas pasan y nadie hizo nada de forma premeditada. Lo único que falló por aquel entonces fue la comunicación entre agencias, y como ves, eso ya se ha solucionado.

—Demasiado tarde para mí, y para ti también. Lo hecho... hecho está.

Zoe se quitó los auriculares y se apartó de él. Se marchó en silencio,

tampoco tenía nada que decir al recién llegado. Se cruzó con David en la puerta, después de recorrer el pasillo de paredes y suelo grises. Tampoco le dijo nada, no tenía ni las fuerzas ni las ganas para enfrentarse a aquello.

Su amigo echó un vistazo estirando su cuello cuando vio cómo Zoe se marchaba, Noah se acercaba a él con las manos guardadas en el fondo de sus bolsillos.

—Más te vale que no le hagas daño —le advirtió mirándole con firmeza.

Noah se encogió de hombros.

—No creo que pueda hacerle más del que ya le he hecho, ¿no? —respondió él—. Pero no te preocupes, he venido a trabajar y cuando terminemos, volveré a Boston y no tendréis siquiera que recordar mi cara.

Cuando pasó por su lado y le golpeó en el hombro, David quiso hacerle pagar por todo el daño que también le hizo a él.

—Gilipollas... —susurró.

Horas después, cuando había terminado unos informes, fue hacia el lugar donde sabía que encontraría a Zoe. Un bar del centro de Brooklyn donde la música siempre estaba a todo volumen y podías beber hasta altas horas de la madrugada. Cuando abrió la puerta la vio sentada sobre uno de los taburetes delante de la barra, con un vaso entre sus manos y con claros signos de estar completamente perdida en sus pensamientos.

—Sabía que te encontraría aquí.

—Ya son muchos años... —respondió Zoe antes de mirar a su amigo y apenas sonreír—. Siéntate.

El echó un vistazo al vaso que ella sujetaba entre sus manos, haciendo una mueca.

—Es tónica, así que puedes estar tranquilo.

—De todas formas, que vengas aquí ya es una tortura para ti así que...

—Y ahora, nos dicen que tenemos que compartir nuestra vida con ese... Voy a odiar a Charles toda la vida por esto. —Ella agachó su cabeza y llevó el vaso de nuevo hacia sus labios para mojarlos con la bebida fría y burbujeante.

Como muchas noches a lo largo de la semana, Zoe siempre acababa en el bar de reunión con Jamie, David y otros compañeros de la agencia que ahora habían dejado de ser habituales por allí. Su amigo tenía razón, aquello era una tortura continua que no podía evitar.

Si le preguntara, respondería que sí, se había recuperado, pero era obvio

que había cosas que no se podían olvidar.

—Supongo que no podemos decir nada al respecto. Pero tranquila, al menos vamos a viajar juntos, así que nos protegeremos el uno al otro. ¿Vale? — David acarició la mano de su amiga.

—Claro que sí. —Ella le sonrió—. Dime qué ha pasado, he salido de la agencia tan rápido que ni siquiera sé si la reunión ha continuado.

—Salimos hacia Berlín dentro de dos semanas. Hasta entonces tendremos que entrenar con Noah y conocer su forma de trabajar. Más bien, conocernos mutuamente y sí, yo también voy a odiar ese detalle. Después iremos allí y nos instalaremos en una casa franca para convertirnos en traficantes y ganarnos la confianza de la banda, hacer negocios, destripar sus secretos... ya sabes, todas esas cosas.

El volumen de la música logró que solo fuera Zoe la que le escuchara. Asintió sin más. ¿Ahora tenía que convivir y conocer al hombre que mató a su prometido? Menuda aventura y vida la suya; Zoe tenía claro que algo malo hizo en una vida pasada para merecer aquello. Pero como buena profesional, no tendría más remedio que aceptar las órdenes y actuar, siempre fue una buena agente.

Morderse la lengua, iba a ser otro tema.

—Gracias, David, por todo. —Cruzó su mirada con los ojos verdes de su compañero.

—Estamos juntos en esto, en todo, ya lo sabes. Así que no me des las gracias.

Él sonrió con complicidad. Se sentía afortunado por casi la década en que había conocido a su amiga y siempre la admiraría por superar todo aquello con la valentía que lo había hecho.

—Tomaré lo mismo —dijo al camarero cuando le vio acercarse.

—Puedes beber, no me va a molestar que tú bebas alcohol y yo no pueda. —Vio cómo David negaba con la cabeza—. Fui yo la que se dio a la bebida durante más de dos años.

—No reprocharé tus motivos.

—No te he pedido que lo hagas —concluyó ella levantando su vaso—. Pero gracias, sé que siempre lo has comprendido.

Sí, después de perder a Jamie, Zoe podía dar gracias porque David hubiera estado a su lado durante todos esos años en los que su recuperación fue lenta y dolorosa. También cuando volvió a la agencia y las miradas de todos sus

compañeros eran capaces de decir muchas cosas sin dirigirle una sola palabra. Había sido su único apoyo, la persona a la que confesó sus peores miedos, y también el hombro en el que lloró noche tras noche.

—Gracias por estar a mi lado y quererme tanto. Eres mi mejor amigo.

—Lo sé, pero yo también tengo mucho que agradecer. Y esto que ha pasado hoy, solo es algo que debemos superar juntos, con el paso de los días todo se volverá más llevadero. Estoy seguro. Nuestra vida continúa y no podemos dejar que nada ni nadie nos impida seguir adelante.

«Yo no lo permitiré —se dijo David a sí mismo mientras miraba a su amiga—. No permitiré que nadie vuelva a dañarte, jamás».

Acarició su mejilla dedicándole una sonrisa. Ella le correspondió de la misma forma, pero David sabía muy bien que su mirada indicaba nostalgia y tristeza por lo que había perdido y jamás volvería a recuperar.

Las luces de las farolas, de los establecimientos, de los coches... incluso la luz de la luna, dejaban un característico brillo en la ciudad de Nueva York. Eran cerca de las dos de la madrugada y Zoe llevaba caminando más de una hora después de haberse despedido de David en aquel bar. Caminaba con los brazos cruzados sobre su pecho, cerrando la americana negra que solía llevar puesta para evitar helarse en una noche que era más fresca de lo normal. Habría derramado cientos de lágrimas mientras caminaba entre las calles en las que compartió besos, charlas y paseos con el amor de su vida de no ser porque ya no quedaban más que derramar.

A pesar de recuperar su vida, había heridas que aun después de tantos años no lograban curar.

El destino había decidido arrebatarse a la única persona que había amado de verdad y estaba segura de que jamás encontraría a nadie que lograra llenar ese vacío que Jamie había dejado en su corazón. Miró su reloj, no le importaba nada más que caminar para llegar a su casa vacía, pero a la vez llena de recuerdos.

Al día siguiente tendría que madrugar para ir a trabajar, pero ¿qué importaba ya? Esa era su vida y así la había elegido, lucharía incansablemente por proteger a los suyos sin importarle nada más. Cumpliendo aquella promesa que se hizo el primer día que entró en la agencia.

Sonó su teléfono, al parecer había alguien que tampoco podía conciliar el sueño esa noche.

—Hola, Charles —dijo nada más descolgar.

—Tampoco puedes dormir, ¿verdad? —preguntó.

Él se encontraba en el salón de su casa para evitar despertar a su mujer.

—Han pasado muchas cosas el día de hoy. Siento haberme ido así, recompensaré las horas perdidas en el trabajo.

—No debes preocuparte por eso —dijo su jefe—. Zoe, lo siento. Sé que es difícil para ti, pero ya sabes cómo son estas cosas, no puedo negarme a que tengas que trabajar con él. Eres nuestra mejor agente y te necesito para esta misión, ya hemos pasado demasiados años sin ti...

—Tranquilo, David ya me ha informado, haré mi trabajo sin importar qué haya detrás de esa persona. Intentaré olvidar el hecho de que él mató a Jamie, aunque resulte imposible. —Zoe suspiró—. Pero supongo que no tengo más remedio que hacerlo, no sería una buena agente si no lo hiciera.

—Seguirías siendo tan buena como eres, pero créeme, para él tampoco ha sido fácil. Solo deberíais intentar hablar.

—Lo haremos, pero cuando tengamos cosas que hacer para la misión. Como he dicho, me esforzaré, pero no daré nada más de lo que yo quiera dar Charles, lo siento.

—Lo entiendo, pequeña, no te preocupes. Solo, procura dormir, mañana nos espera un día largo —se despidió él y colgó el teléfono.

Ella miró durante unos segundos la pantalla de su teléfono móvil. Jamás podría odiar a ese hombre, al hombre que había sido su padre desde que los suyos propios murieron. Charles le dio la oportunidad de seguir adelante haciendo algo que terminó por enamorarle; ser agente de la CIA era sin dudar lo mejor que le había pasado en la vida. Tal vez estuviera equivocada al juzgar tan pronto al agente White, pero ¿cómo iba a poder mirar a la cara a quien mató a su prometido? Aunque él no lo supiera en aquel momento, aunque todo hubiera formado parte de una misión cuyo final era inevitable, los ojos marrones de Noah miraron aquel día a los de Jamie con la mirada de un asesino, sentenciándole a muerte.

Al igual que la mañana anterior, las pesadillas lograron despertarla con un sobresalto al escuchar la alarma del despertador. Le dolía la cabeza y sus ojos tenían claros síntomas de no haber descansado durante toda la noche. Miró su reloj y decidió tomar un café, despacio, disfrutando de las vistas que ofrecía su piso de la planta treinta en un gran edificio al este de Nueva York. Llegó a las oficinas de la agencia unos cuarenta minutos después. Tuvo que soportar el espeso tráfico de la ciudad pero, aun así, agradeció que la mañana empezara con tranquilidad.

Al menos hasta que vio una mano parar las puertas del ascensor privado.

«Buenos días, Zoe», se dijo a sí misma con sarcasmo.

Noah no dijo nada cuando entró. Se limitó a quitarse la chaqueta oscura que llevaba puesta y se colocó al lado de ella. El silencio era más incómodo de lo que ambos hubieran querido. Zoe alzó un poco su mirada, su altura le permitía

estar a apenas unos centímetros de él. Observó su mirada, sería y discreta tal y como la recordaba.

Suspiró.

—Siento lo de ayer —dijo finalmente.

Él no respondió, los segundos parecieron pasar más lento de lo normal mientras ambos llegaban al subsótano donde estaban las oficinas de la agencia. Por fin, las puertas se abrieron ante ellos.

—Soy yo el que lo siente. —La voz grave de Noah sorprendió a Zoe.

No le dedicó ninguna mirada, cogió su chaqueta con la mano derecha y salió del ascensor para dirigirse a las oficinas donde trabajaría durante su estancia en Nueva York. Zoe se quedó allí parada observando cómo el hombre se alejaba, no estaba segura de si sentía calma por aquellas palabras o si era odio lo que recorría todo su interior al ver lo arrogante que parecía ser.

Primero fue en la reunión, después en el descanso. Todos notaban ese silencio cortante entre ambos. No cambiaron opinión sobre lo que tendrían que hacer en la misión, ambos se limitaban a ignorarse, incluso David dedicó un par de miradas con desagrado a Noah cuando este último se limitaba a asentir sin más.

—Ahora, id a entrenar. —La voz de Charles fue lo único que se escuchó en toda la reunión—. Yo mismo os supervisaré.

Diez minutos después, todos estaban en la sala de entrenamiento con ropa deportiva. La altura de Noah y sus músculos marcados bajo la camiseta blanca y ajustada hizo las delicias de las mujeres que se encontraban entrenando junto a ellos.

David le miró de arriba abajo soltando un exasperado suspiro. Iba a odiar tenerle allí durante tanto tiempo.

—Es un arrogante de mierda —dijo.

—Agente Smith, flexiones, ahora —ordenó Charles nada más entrar al gimnasio y escuchar a su agente.

—Claro... después de todo soy yo quien necesita más preparación aquí, ¿no? —respondió este con odio—. Siempre ha sido así...

Charles se dedicó a ignorarle. Miró cómo Noah ataba cinta blanca alrededor de sus manos, sabía que Zoe le odiaría aún más por lo que estaba a punto de hacer, pero debía de haber alguna forma para que ella se liberara y se centrara en lo que de verdad importaba.

Ambos tendrían que conocerse si querían que la misión saliera bien y sin ninguna baja como pasó en Arizona.

—Zoe, Noah, entrenad juntos en la zona de lucha.

—¿Qué? —Ella, que aún estaba atando su coleta, le miró con odio—. No pienso hacerlo, Charles.

—Lo harás, si no ya puedes abandonar la sala y, por consiguiente, la agencia.

La miró con firmeza. Ella no dijo nada más, tiró su toalla a un lado y se dirigió al cuadrado central donde descansaba una colchoneta azul. Noah la siguió sin decir nada, ajustó la cintura de su pantalón atando el cordel blanco y se puso en posición, con la mano derecha cerrando el puño y un poco más elevada que la otra.

Segundos después, todos se quedaron impresionaron al ver los golpes de Zoe, luchaba y se movía como si se enfrentara al peor de sus enemigos.

Elevó su pierna derecha en una patada rápida que Noah detuvo con el antebrazo izquierdo. Zoe entrecerró los ojos, le miró con firmeza queriéndole decir muchas cosas, pero no lo haría. Volvió a repetir la acción una y otra vez, con ambas piernas mientras el agente White caminaba hacia atrás parando todos sus golpes. Unos cuantos movimientos después Noah se giró con habilidad y la agarró por el cuello quedando a su espalda.

—Eres dura, pero no pienso dejarte ganar —le susurró.

—Te digo lo mismo.

Sin decir nada más, Zoe dio un codazo en el estómago a Noah, se deshizo de él y luego le dio una patada tirándole al suelo de espaldas. Su respiración se paró por unos segundos. Desde la lejanía David aplaudía a su amiga, esta le miró y sonrió, antes de dirigir su mirada de nuevo hacia los ojos marrones del agente. Su coleta rubia caía sobre el hombro derecho y las gotas de sudor en su frente hacían que su piel comenzara a brillar.

Noah seguía sin decir nada mientras la miraba incluso con tristeza. No iba a molestarse en discutir, sabía muy bien a qué venía aquello. Si hubiera estado en su caso también la odiaría, y le pegaría una paliza por haber apretado aquel maldito gatillo.

«Que lo haga entonces», se dijo antes de levantarse y lanzar su puño derecho. Ella lo esquivó, se giró y con una zancadilla volvió a tirarle de espaldas. Noah golpeó la colchoneta con ambos de sus puños, apretó su mandíbula haciendo rechinar los dientes. Si no hubiera sido por la frase que

ella le dedicó nada más verle levantar, se habría limitado a luchar en silencio:

—Te lo mereces y da gracias a que tenemos que ser compañeros —dijo Zoe con firmeza.

Ella hizo el amago de marcharse.

—Tal vez si el estúpido de tu novio hubiera sido más cuidadoso no estaría muerto. —Noah se arrepintió de aquellas palabras mientras las pronunciaba.

—Ahora, sí que la ha cagado. —David volvió a levantarse del suelo para ponerse al lado de su jefe.

Miró a Zoe, ella daba la espalda a Noah, cerró sus puños con fuerza. Su amigo juró haberle visto derramar un par de lágrimas, y sin más, ella se giró para dirigirse al agente del FBI.

—Zoe, contrólate.

Pero cuando Charles habló, ella ya le había dado un puñetazo a Noah abriendo una herida considerable en su labio.

—Eres un hijo de puta, ojalá algún día sufras lo que yo he sufrido durante años. —Zoe volvió a girarse y caminó hacia el lugar donde estaba David—. Vámonos, tenemos muchas cosas en las que trabajar.

—¿Estás bien, Noah? —Charles se acercó a él con una toalla.

—Lo siento, debí de controlar mis palabras.

—No te preocupes, ha sido difícil para ella. Terminará por olvidarse del tema, es una chica dura, pero también es buena persona y estoy seguro de que al final se dará la oportunidad de conocerte. —Vio cómo Noah asentía—. Anda, vamos a curarte esa herida, vas a tener una buena marca por días.

—Seguro, son gajes del oficio —ambos rieron.

De camino a los vestuarios, David tuvo que esforzarse para caminar al lado de su amiga. Ella iba tan rápido y estaba tan enfadada que ni siquiera le dio tiempo a decirle nada hasta que se paró en seco en la puerta de la zona femenina.

—Ha sido increíble, menuda paliza le has dado.

Zoe le miró, sus ojos parecían cansados y a punto de llorar. Se atrevió a acariciar la frente de ella apartando un par de mechones rubios que tapaban sus ojos.

—Yo mismo le hubiera matado si hubiera tenido la oportunidad. Ahora

seguro que procura controlarse antes de hablar, no tienes que preocuparte por nada más. Recuerda que estoy aquí contigo, ¿sí? —continuó David.

—Está bien. Voy a darme una ducha, aún tenemos informes que terminar y debemos revisar cosas sobre la misión.

David asintió, ambos se ducharon antes de ir a la sala de operaciones donde todos estaban reunidos. Charles les esperaba con Noah sentado a su lado derecho y los otros tres agentes que darían apoyo en la misión. El de ojos marrones aún tenía una bolsa con hielo en su mano derecha para bajar la hinchazón de su labio. No dijo nada, ni siquiera les dirigió una sola mirada. Sobre la mesa, Charles dejó planos, instrucciones de la operación y todo lo recopilado sobre la banda con la que tendrían que trabajar apenas dos semanas después.

—Para dejar clara una cosa. —Charles fijó su mirada en Zoe, ella sabía qué iba a venir a continuación.

«Genial, ahora soy yo la única mala», se dijo.

—Si os seguís comportando como críos, no vamos a lograr más que perder a tres buenos agentes que sirven a su país, por no decir del peligro en el que podéis poner a los demás —dijo señalando al resto de sus compañeros. Charles seguía sin apartar la mirada de la única mujer en la sala—. Madurad de una vez.

—Él me provocó —se atrevió a decir.

Charles puso los ojos en blanco.

—Y tú no sabes controlarte, Zoe; algo así en mitad de la misión o en un encuentro con nuestros enemigos y moriréis.

«Tal vez eso sea lo mejor. —Zoe se cruzó de brazos, en su mirada se reflejaban las palabras que acababa de pensar—. Tenía que ser ese cabrón precisamente...». —Negó con la cabeza antes de levantar sus manos.

—Me comportaré. Pero como alguien me dirija la palabra sobre el tema es hombre muerto, ¿entendido?

Zoe dirigió su mirada a Danny, Jeremy y Paul... en orden, con esa mirada que solo podía significar una cosa. Si abrían la boca... eran hombres muertos.

Jeremy era el más joven, solo contaba con veintidós años y su mirada inocente se escondía bajo el tono marrón de sus ojos. A pesar de eso, era el más eficiente de los tres tras la pantalla de un ordenador y sus delicadas manos se combinaban a la perfección con la delgadez de su cuerpo.

—Yo no pienso meterme en vuestros problemas —dijo uno de ellos.

—Así me gusta, Paul —contestó Zoe.

Este asintió rascando su barba de dos días mientras dirigía su mirada de ojos azules de nuevo a las pantallas. Zoe se recordó que le gustaba el estilo de ese hombre que había ingresado a la agencia tres años antes que ella, pero jamás llegaron a tener una relación de verdadera amistad.

—Prosigamos —interrumpió Charles—. Todos los días hasta que tengáis que viajar a Berlín entrenaréis dos horas, iréis al campo de tiro, veremos los informes, grabaciones que nos lleguen y formaremos la estructura de la misión.

—Para que me quede claro. —David abrió la boca por primera vez—: ¿Cómo nos vamos a infiltrar exactamente?

Charles cogió el mando de la mesa y cambió las imágenes del plasma. En ella aparecieron tres hombres, de aspecto duro y claramente de origen alemán, sus ojos infundían temor y todos se dieron cuenta de que no solo tenían apariencia de traficantes sino también de asesinos natos. Se les conocía como los Wildhunde¹. David se estremeció de solo pensarlo, era una definición sencilla para una banda que no dudaría en acabar con los suyos si les traicionaban. Tenían muchos registros sobre eso.

—Está claro... como la caguemos, estamos muertos —dijo por fin.

—Vaya, si ahora piensas. Y entenderás a qué venía mi charla de antes. En fin... —Su jefe negó con la cabeza y continuó—. Como dije, llevan años operando en la venta de armas y el tráfico de drogas; entre sus clientes están los peores criminales de Sudamérica, Asia e incluso algunas tierras europeas en las que hay conflictos día tras día.

Zoe asintió en silencio, solo se tomó unos segundos para mirar a Noah y sonreír. Le había dado un buen golpe y lo mejor de todo, le había dejado callado para toda la mañana o, quién sabe, quizás para todo lo que durara su misión.

—David y Zoe seréis dos hermanos siguiendo las órdenes de Noah, el enviado especial de una banda terrorista y traficante de armas con base en Chicago. A ellos les gusta que sus clientes se metan en la boca del lobo, así que cuando viajéis a Berlín tendréis que fingir que este hombre os envía. — Charles apretó el botón del mando que aún tenía en su mano.

En la pantalla apareció un hombre con rasgos latinos.

—Raúl Figueroa, ¿estás de coña? —Era obvio que Zoe hablaría sin pensárselo dos veces—. A veces creo que en esta agencia lo que más sobra es imaginación. Dioses...

—Para que te quede claro, detuvimos a Raúl Figueroa hace una semana. El hermanito estaba haciendo tratos con Oscar mientras este estaba en la cárcel. ¿Acaso te crees que una familia como esa se rinde solo porque uno de ellos esté en prisión? —Que Noah hablara con esa prepotencia no mejoró el humor de Zoe—. Incluso los tipos más duros se cagan en los pantalones; era aislamiento continuo o ayudarnos a acabar con esta banda. Y supongo que incluso alguien como tú puede llegar a estar de acuerdo conmigo en esto, aun con rencillas del pasado sin olvidar.

Sí, Noah estaba ofendido, con el orgullo por los suelos. Aquello era obvio, se notaba incluso en el tono de su voz.

—Vaya humos se gasta el nuevo —dijo David mirando hacía su amiga—. Pero lo cierto es que en esto tengo que darle la razón, compañera.

—Gracias —respondió Noah.

—Oh, solo intento convencerla, no estoy agradecido porque hayas aportado una cantidad maravillosa de información para la misión. Por cierto, más vale que no te partan más la cara, si no cuando lleguemos allí serás el primero en levantar sospechas.

«Joder a veces creo que me rodeo de adolescentes hormonados», pensó Charles poniendo los ojos en blanco.

Tocado y hundido, Noah se levantó de la silla, cogió su chaqueta y entregó su mano a Charles. Este le sonrió.

—Nos vemos mañana, descansa —le dijo.

—Claro —respondió Noah—. Pasad buena noche.

Salió de la sala sin decir nada más, con su chaqueta en mano. Zoe observó que tiró el hielo a la papelera más cercana que encontró. No se arrepentía de lo que había hecho, tal vez de ser un poco niñaeta y algo bocazas, pero nada más. Incluso David estaba más orgulloso de ella que nunca.

Noah se había marchado de allí tan rápido como pudo, intentando olvidar todo lo que había pasado, pero a ciencia cierta sabía que eso iba a ser imposible. La oscuridad ya bañaba las calles de Nueva York. Si hubiera sido un día normal habría llegado enseguida a la habitación de hotel donde se alojaba en Manhattan, pero esa noche necesitaba una copa. El del FBI sabía que terminaría bebiendo unas cuantas más.

—Noah, bienvenido.

La chica morena que había detrás de la barra le saludó. Hubo muchas noches en las que acudió al bar desde que el trabajo le había traído a la ciudad

en decenas de ocasiones.

—Deberías de mudarte, vives más aquí que en Boston. —Aquellos ojos azules resplandecían gracias al reflejo de las luces del bar—. Pero ya sabes, es solo una sugerencia.

—Gracias, Mia, es un placer ver que alguien me habla para no partirme la cara después.

Hasta ese momento ella no se había dado cuenta de la herida de su labio. No preguntó, nunca lo hacía, sabía muy bien que la mitad de los que acudían a su bar eran de las diferentes agencias del gobierno. Casi era su misión cuidar de todos ellos.

—¿Vodka?

—Como siempre. —Noah levantó la vista y sonrió.

Mientras esperaba sacó de entre su camisa el largo y fino collar de oro que escondía bajo esta. Como cada noche, en silencio, acarició las dos alianzas que aún dañaban su corazón recordándole lo que había perdido hacía tan solo un par de meses.

[1](#) En alemán, perros salvajes.

Los dos días siguientes fueron horribles para Noah. Las mismas caras largas, las mismas palabras de más entre Zoe y David... Pero afortunadamente, encontró en Charles el mismo apoyo que él le había entregado desde que llegó a la agencia. El agente se convenció de que eran gajes del oficio, que la vida estaba pagando por los errores que había cometido en el pasado. No había nada que pudiera rescatarle de ese sentimiento, del odio que sentía por sí mismo... por no haber podido hacer nada para remediar lo que pasó.

El agua caliente de la ducha caía con suavidad por su pecho cubierto de un ligero vello oscuro, dibujando la forma de su cadena y cada curva mientras las gotas caían una tras otra.

—No entiendo por qué Zoe se mete tanto con Noah. El tío es un buen tipo, no es la primera vez que trabajamos con él y no tiene nada de malo. —La voz de Jeremy llegó hasta los oídos del agente del FBI.

—Pero, ¿es que no lo sabes?

—Si lo supiera no preguntaría, Danny. —El joven fijó su mirada en los ojos negros de su compañero.

—Fue él —prosiguió Danny, se quitó la camiseta sudada después de entrenar y revolvió su cabello rizado tan oscuro como su mirada. Era delgaducho pero muy alto y eso le daba una presencia más que importante—. El que mató a Jamie fue Noah. Él no supo que era agente de la CIA hasta unos minutos antes. Fue como una muestra de fidelidad hacia los Figueroa, si no lo hubiera hecho, habría descubierto ante ellos que era del FBI. Pero creo que eso le va a perseguir de por vida... y Zoe, bueno... ya sabes cómo es.

—No se lo perdonará jamás —concluyó Jeremy.

Noah apareció con la toalla puesta por la cintura sorprendiendo a sus compañeros. Les dejó paralizados y casi sin habla.

—Bue... buenos días, Noah —dijo Danny.

—Dan, Jeremy —les saludó asintiendo con la cabeza—. ¿Todo bien?

—De maravilla, terminamos de entrenar —respondió el más joven.

—Nos vemos arriba en unos minutos, voy a ver si desayuno algo. Me muero

de hambre. —A sus compañeros les sorprendió la sonrisa que Noah les dedicó.

¿Para qué iba a molestarse en responder? Ellos no tenían la culpa de nada, y habían sido los únicos compañeros que había encontrado durante los últimos días, así que tenía mucho que agradecerles.

Pero el día no mejoró en lo absoluto.

La rutina que solía adorar en Boston estaba llegando a odiarla en Nueva York, y algunos de sus compañeros estaban ayudando a que se sintiera así. No era la primera vez que trabajaba en las oficinas de la CIA en la ciudad, pero sí con David y Zoe. Charles le había comentado que ellos no habían participado activamente en ninguna misión desde lo que pasó en Arizona, y lo cierto era que Noah hubiera deseado que aquello siguiera así.

Ver los gestos de odio, las miradas, incluso las malas palabras que llegaban a sus odios se estaba convirtiendo en una tortura para él. Pero Noah seguía sin hacer nada, sin abrir la boca... y solo podía pensar en realizar su trabajo y marcharse a casa cuando la misión hubiera terminado.

Una casa que ahora estaba vacía. Fue ese el motivo por el que eligió viajar a Nueva York y aceptar la misión, para despejarse, pero jamás llegó a pensar que el remedio fuera peor que la enfermedad. Miró a Zoe en la sala de descanso, ella hablaba alegremente con David y Paul mientras sujetaba su tenedor entre las manos sin probar bocado. Esa mujer había logrado cansarle de verdad, hasta límites que jamás pudo llegar a conocer. Y, sin embargo, ahí estaba, calmada, hablando, bromeando y provocando la risa de todos. Incluso por más que resultara extraño, la suya propia.

Sus labios eran finos y sonrosados, se fijó por primera vez en el lunar que descansaba en su mejilla derecha muy cerca de su nariz, y en la pequeña cicatriz que tenía en el cuello. A pesar de eso era una mujer bellísima.

Al igual que lo había sido su mujer.

Los ojos azules de Zoe se cruzaron con los suyos. Aún seguía mirándola con fijeza y el sobresalto le hizo apartar la mirada tan pronto como fue consciente de que le había visto. Empezó a comer su ensalada, sin ganas, y aún con el dolor de la herida que su compañera le había hecho días atrás.

—Mírale, si casi me da pena y todo. —David esbozó una sonrisa mientras seguía hablando.

—Deberíais de dejarlo ya, si os preocupáis en conocerle os daríais cuenta de que es una excelente persona. Y ya bastante tiene con lo suyo —

replicó Paul mirando de reojo a Noah—. Yo estoy con Charles, si os seguís comportando como niños tiraréis todo el esfuerzo de la misión a la basura.

—Sinceramente, me da igual lo que le haya pasado a don perfecto —añadió David—. Ni siquiera se merece estar en la misma habitación con nosotros, es un asesino.

—Ya basta, David, no tienes idea de las circunstancias que le impulsaron a ello.

—Oh, y ¿Charles te ha informado de todo? ¿De que es completamente inocente? —Los ojos verdes de su compañero se clavaron en los de Paul—. Te recuerdo que éramos Zoe y yo los que estábamos allí y también los que vimos cómo ese de allí apretó el gatillo, me da igual si estaba coaccionado o no. Mató a mi mejor amigo, mató a su prometido y eso no va a cambiar.

Por primera vez Zoe se compadeció de Noah, y daba gracias por estar lo suficientemente lejos como para que él no pudiera escuchar a David. Tal vez Paul tendría razón, habían pasado años y ya no era momento de crucificar a alguien por lo que hizo o dejó de hacer. Por más que le doliera a David, por más que le doliera a ella.

—David, déjalo ya. Aunque le des vueltas no vas a solucionar nada —añadió ella—. Tenemos que hacer lo que dice Paul, y Charles. Comportarnos y trabajar, por algo somos agentes y por algo estamos aquí. Para cumplir con nuestro trabajo de la mejor manera posible, y creo que pasarnos con él... simplemente, ya ha sido suficiente. Lo mejor será olvidarlo e intentar llevarnos bien, aunque nos resulte imposible.

—Más que imposible —dijo David.

—Ahora vuelvo. —Zoe dejó su comida y se levantó para ir detrás de Noah cuando vio que se había levantado de su silla.

David la siguió con la mirada y con claro gesto de odio.

El del FBI caminaba envuelto en su mundo, con las manos al fondo de sus bolsillos y a paso ligero. Tanto que Zoe no le alcanzó hasta que estuvieron en el ascensor que le llevaría a la otra planta del edificio.

—Genial, ¿tengo que protegerme? Porque la última vez que estuvimos así de cerca casi agotas mi seguro médico.

Ella puso los ojos en blanco.

—No exageres, y solo venía a disculparme. —Ella apretó el botón de la planta B2—. Por lo de aquel día, y en general, por todo. Charles tiene razón, tenemos que hacer bien la misión y no tiene sentido que nos llevemos como el

perro y el gato.

—Perdóname si no te creo.

—¿Siempre estás a la defensiva? —preguntó ella con deje de odio en su voz.

—Teniendo en cuenta que cada vez que hablo me insultas, o me pegas un puñetazo... pues, sí. Es normal que siempre esté contigo a la defensiva. Pero gracias, es bueno saber que al menos vamos a poder trabajar juntos.

La puerta del ascensor se abrió, Noah asintió con la cabeza y salió sin más. En esta ocasión, ella fue más rápida.

—Espera —le dijo cogiéndole del brazo—. De verdad que lo siento.

Por primera vez en aquellos días Noah vio sinceridad en sus ojos grisáceos.

—Gracias —respondió Noah sin más—. Te lo agradezco, pero ¿puedo pedirte un favor?

—Claro.

—Calma un poco a David, porque como siga así, el que empezará a repartir puñetazos seré yo y esa cara bonita parecerá algo más que eso. —Zoe se rio ante su comentario. Su compañero la acompañó con una sonrisa—. Tenemos una reunión así que...

—Será mejor que vayamos, sí.

Todo cambió de una forma tan radical que Noah no terminaba de creérselo. «¡Si también es capaz de opinar!», dijo para sí mismo mientras planeaban cómo iban a organizarse.

Fue obvio que a David no le iba a hacer tanta gracia ese acercamiento tan repentino entre su compañera y el recién llegado. Como un novio celoso no dejaba de mirar a Noah y a Zoe con cara de pocos amigos, incluso Charles sonreía encantado y todos sus compañeros estaban allí como si fuera una reunión para ir a tomar unas copas. Negó con la cabeza y esperó en silencio a que las dos horas pasaran deprisa hasta que llegara la noche y terminaran su jornada de trabajo.

Una jornada nada dura comparado con lo que se les venía encima.

Noah se despidió de todos con una sonrisa, por primera vez en días sabía que iba a dormir con la tranquilidad que tanto añoraba.

—¿Ahora eres amiga de él?

Zoe se paró en seco y puso los ojos en blanco. Estaban en la entrada del garaje y su cuerpo se sentía lo suficientemente cansado como para ponerse a

discutir con David.

—He llegado a la conclusión que lo mejor es seguir adelante, tenemos una misión que realizar y hay que hacerlo bien, David, por si no lo sabías.

—Qué pronto te olvidas de las cosas Zoe, me parece increíble. —Ella se paró en seco, se giró y le miró.

—¿Que...? ¿Que se me olvida pronto? —Zoe se contuvo para no darle una bofetada a su mejor amigo—. Estuve meses paralizada en un hospital, sin hablar, sin moverme. Después, cuando recuperé mi conciencia y mi cuerpo me volví alcohólica por más de un año. Estuve meses en rehabilitación intentando no pensar en suicidarme por haber perdido al amor de mi vida. Aún sigo teniendo pesadillas con él y tú, precisamente tú, ¿tienes el derecho a decirme que me he olvidado? Vete a la mierda, David, tú y malditos celos de niño inmaduro.

Ella volvió a caminar, su cuerpo temblaba, podría haber estallado en lágrimas. Pero se contuvo, de nuevo lo hizo y no pensó en nada más. Fue hacia su coche, arrancó y se marchó a casa.

David dio un puñetazo a la columna grisácea que tenía a su lado.

—Claro, ahora son celos...

¿Cómo podía ser David tan egoísta teniendo esa clase de pensamientos? Zoe negaba con la cabeza mientras el cuero de su volante chirriaba por la fuerza con la que sus manos se agarraban a este. La radio no la animó, esa noche decidió poner todas las canciones favoritas de su prometido fallecido hace años. *I'm Yours*, de The Script, *The Story*, de 30 Seconds to Mars, y otras tantas canciones que no hacían más que apuñalar su debilitado corazón.

Los minutos pasaron, las horas llegaron a dos desde que había dejado la agencia, y solo era capaz de conducir.

Perdió la noción del tiempo hasta encontrarse en Manhattan, el lugar de ensueño de la gran ciudad. Decidió que no le vendría mal perderse entre el gentío de un bar mientras disfrutaba de unas cuantas tónicas o algún refresco como tenía por costumbre, y cuando uno llamó su atención aparcó el coche en el lugar más cercano que encontró. Miró su reloj, eran cerca de las doce de la noche, abrió la puerta y las luces, junto a la música, inundaron cada parte de su cuerpo.

—Buenas noches... —dijo en un susurro nada más entrar.

Nadie le saludó, bajó su mirada y metió sus manos en los bolsillos de los *jeans* ajustados que llevaba puestos. Le gustaba encontrarse en un lugar donde

nadie la conociera, miró a su alrededor mientras se acercaba a la barra de madera oscura decorada con ladrillos de colores grises. El suelo también era oscuro, pero la decoración parecía más típica de un club moderno de alta calidad que un bar normal y corriente. Supuso que era normal por la zona de la ciudad donde se encontraban.

Se sentó en uno de los taburetes y apoyó sus codos en la barra mientras soltaba su cabello rubio dejándolo caer sobre sus hombros.

—Alguien nuevo por aquí, cuidado que hay mucho buitre al que llamar la atención. —Una voz femenina se acercó a ella.

—Más les vale que no me molesten porque hoy no estoy de humor —respondió Zoe elevando su mirada. Observó la belleza de aquellos ojos azules—. Bonito lugar.

—Gracias, he puesto mucho empeño en él. Mia, encantada. —La joven le ofreció la mano y sonrió. Zoe correspondió su saludo—. ¿Cómo alguien como tú acaba en un lugar como este? Perdona si soy pesada, pero me gusta preguntar.

Zoe negó con la cabeza.

—Para nada. Tuve un mal día en el trabajo y la verdad es que necesitaba un lugar donde despejarme, aunque no bebo. Yo soy Zoe.

—Vaya, Zoe, eso es raro. Estás en un bar.

La rubia sacó de su bolsillo una chapa de color azul. Mia comprendió al instante que había sido alcohólica en algún momento de su pasado.

—Ya no tengo problemas con el alcohol. Muchos dicen que estoy loca por ir a bares donde estoy rodeado de él, pero supongo que nunca conocemos nuestros límites hasta que no los tenemos delante y si no fuera así, no habría aprendido a controlarme. Además, adoro esta clase de ambiente y me tranquiliza.

—Jamás lo habría dicho mejor. —Mia le sonrió, cogió la goma negra que había alrededor de su muñeca y se hizo una coleta en su pelo de color oscuro—. ¿Qué puedo ofrecerte entonces?

—Una tónica estaría bien, con un toque de limón. Gracias.

La joven asintió. A esas horas de la noche entre semana el bar no estaba muy concurrido y Mia lo agradecía bastante. Estar escuchando cómo todos gritaban su nombre y le exigían el pedido una y otra vez no era demasiado agradable, además, trabajar sola le encantaba y solo tenía que depender de sus compañeros durante el día y los fines de semana.

En apenas tres minutos había vuelto con el pedido de Zoe.

—Aquí tienes; cualquier cosa, pídelo. Ahora tengo que ver si el gran Noah espabila un poco, porque ya lleva cinco copas de vodka y tengo la sensación de que hoy no será capaz de volver a casa por sí solo.

—Qué poca imaginación tienen las madres para los nombres... —dijo Zoe en voz baja.

Decidió seguir a Mia con la mirada, y cuando sus ojos se encontraron con ese hombre creyó estar loca. Había conducido durante horas, había dado con decenas de bares en un centenar de calles, y había acabado en el mismo lugar donde Noah White se encontraba. ¿Acaso su destino quería gastarle una broma pesada?

Bebió su tónica y sonrió, debería de estar loca, seguro. Pero confirmó su visión pocos segundos después.

Allí estaba, medio tirado encima de la barra, prácticamente dormido y con una copa entre sus manos. Con gran delicadeza Mia acarició la mejilla de Noah y le despertó. Zoe se sintió la peor mujer del mundo cuando vio los ojos de su compañero, parecía estar más perdido que nunca. A solas, bebiendo y emborrachándose a altas horas de la madrugada.

Y eso que iba a ser la primera noche tranquila del agente, pero a última hora decidió que su desdicha iba a apoderarse de nuevo de todo su ser.

—Dioses, voy a tener que llamar de nuevo a un taxi, y a alguien para que lleve su coche al hotel. —Mia refunfuñaba acercándose al lugar donde Zoe estaba.

—¿Viene mucho por aquí? —preguntó ella.

—Cuando viene a trabajar a la ciudad, bastante, aunque últimamente se ha convertido en un cliente continuo. El pobre no levanta cabeza.

—¿Qué le pasó? —volvió a preguntar Zoe.

—Vamos, Mia, solo ponme otro vodka, te prometo que me marcharé en cuanto lo beba y seré buen chico. —La voz de Noah interrumpió la charla llamando la atención de la camarera.

—No pienso servirte nada más. Por si no eres consciente de ello, mañana trabajas y no deberías de estar aquí emborrachándote. ¿Dónde ha quedado ese hombre responsable que conocí hace dos años? —preguntó Mia al agente, acercándose a él y acariciando de nuevo su mejilla.

La sonrisa que le dedicó llamó mucho la atención de Zoe, aún sentada a unos metros más a la derecha de la barra.

—Pero...

—Pero nada Noah, te marchas a casa. Ahora mismo voy a llamar a un taxi y te vas para el hotel, tengo clientes así que hoy no puedo acompañarte y no hay nadie más que pueda encargarse del bar.

Noah protestó haciendo un ligero puchero, parecía mentira que fuera un hombre adulto. Giró su rostro para encontrarse de lleno con la mirada de Zoe.

—Anda, si ella es Zoe...

—¿La conoces? —preguntó Mia sorprendida fijando su vista también en la mujer.

—Claro —respondió él poniendo voz grave, señaló con un dedo su labio y sonrió—. Trabajamos juntos y créeme, es una tía dura. Me pegó tal puñetazo que casi me deja irreconocible. ¿Ves esta bonita herida? Es su obra maestra, yo la llamo «la gran caída al precipicio».

Claramente, Noah estaba borracho.

—Vale, será mejor que te eche una mano. —Zoe no tardó en levantarse del taburete e ir hacia donde estaba Noah—. Y en mi defensa diré que es una larga historia y ahora mismo no creo que quieras escucharla.

—No haré preguntas —añadió Mia.

Zoe sacó su cartera y pagó la cuenta de Noah y la suya.

—Te vienes conmigo, campeón —le dijo a su compañero.

—Esta mañana me odiabas y ¿ahora quieres llevarme a casa? —Noah negó con la cabeza—. Creo que prefiero el taxi; seguro que me tiras en la carretera y me atropellas para vengarte de mí.

Mia se rio a carcajadas.

—En serio, esto se merece una seria explicación —dijo mirando a Zoe.

—Tranquila, te la daré en su momento, pero ahora no. Voy a ver si consigo que este llegue sano y salvo. ¿Sabes dónde se aloja?

—Claro.

La camarera apuntó la dirección del hotel donde Noah se alojaba y luego Zoe lo sacó de allí prácticamente a rastras.

—Mia llamará a alguien para que lleve tu coche hasta el hotel, de momento te vienes conmigo. No sabía que fueras así, eres tan serio en el trabajo...

—Claro... —Noah apenas era consciente de lo que ella le decía.

Zoe abrió la puerta del copiloto de su coche, le sentó, abrochó el cinturón y fue hacia su asiento para arrancar y dirigirse hacia el hotel. Llegaron en unos

diez minutos, Noah parecía haber caído de golpe nada más sentarse en el asiento, fue un gran trabajo despertarle y traerle de nuevo al mundo.

Con esfuerzo logro entrar en el hotel y que reconocieran a Noah para que no hubiera ningún problema.

—Muy bien, planta undécima. —Zoe protestó cuando Noah dejó todo su peso cargado en su hombro derecho—. Joder, Zoe, solo podía pasarte a ti...

—Claro, me portaré bien.

—Borracho como una cuba e incoherente. —Ella hizo una mueca mientras el ascensor subía a la planta indicada. Se plantó delante del número 313 donde estaba la habitación de Noah. Le zarandeó—. La llave, si no acabarás durmiendo en el pasillo.

No respondió.

—¡Noah, joder, la llave! —le gritó pegada a su oído.

—Tranquila, no hace falta que seas tan gritona... —Noah sonrió mirándola de reojo mientras dejaba su espalda apoyada en la pared—. Bolsillo derecho del pantalón.

—Que alguien me detenga para no partirle la cara... —protestó ella.

Entraron de golpe, Zoe tuvo que esforzarse para que Noah no cayera al suelo de bruces. Negó con la cabeza, pensar en el lío en que se había metido hizo que se riera a carcajadas.

—¿Qué pasa...? —preguntó él en un susurro mientras caía de boca a la cama.

—Nada, ironías de la vida —respondió Zoe aún riendo.

Y allí estaba, ayudando al hombre que tanto había odiado a quitarse los zapatos, ponerle cómodo en aquella cama y dejarlo listo para que pudiera dormir.

Zoe se iba a marchar a la tranquilidad de su casa para descansar las pocas horas que tenía antes de volver a la rutina del trabajo. Los ojos le pesaban, todo su cuerpo lo hacía, necesitaba dormir y por qué no admitirlo... perderse en las imágenes continuas de sus pesadillas. Miró una vez más a Noah, la tranquilidad con la que respiraba se trasladó hacia todo su cuerpo, su ceño ya no estaba fruncido y su expresión era incluso hermosa.

«Ha caído como un tronco», se dijo para sí misma.

No dijo nada más, se giró para marcharse mientras aún seguía escuchando su respiración, hasta que la dulce voz de él rompió esa tranquilidad que le

había acompañado durante los últimos minutos.

—No te vayas...

Fue apenas en un susurro, tres palabras en las que Noah dejó ver la tristeza que aún persistía en toda su alma y corazón. Tres palabras en las que no le importó reconocer lo perdido que estaba.

La luz del amanecer se colaba por la ventana de la habitación del hotel, dejando el reflejo directamente en los ojos de Zoe. Los abrió despacio, recuperando la vista poco a poco, observando cómo los colores jugueteaban con las sombras y cada uno de los objetos de aquella habitación.

Suspiró.

Miró a su alrededor.

Y de nuevo aquella tranquila respiración inundó todos sus sentidos. Fue inevitable, todavía se preguntaba por qué había accedido a quedarse, tumbarse en aquella cama y dormir junto a ese hombre. Él aún dormía, Zoe apoyó sus codos sobre el colchón para alzar un poco su espalda, si hubiera estado borracha podría haber jurado que se había equivocado de lugar.

Pero no, su cordura le recordó qué hizo cuando escuchó aquellas palabras: «no te vayas», se giró, miró a Noah a los ojos y le respondió: «tranquilo, no lo haré». Y no lo hizo, se tumbó a su lado, dejó su mano sobre la camisa de él y ambos se quedaron dormidos en apenas unos pocos minutos. Sin decirse una palabra, o dedicarse un «buenas noches». Nada. Zoe miró su reloj, eran cerca de las siete y ya llegaban tarde a trabajar.

—Noah... —Le zarandeó con suavidad—. Noah, despierta, tenemos que ir a la agencia.

—Sí. —Fue lo primero que él dijo antes de abrir sus ojos y ver como ella estaba a su lado. Tuvo que comprobarlo dos veces, no era un sueño—. ¿Qué?

—Anoche bebiste de más, dio la casualidad de que pasaba por ese bar, te encontré y tuve la brillante idea de traerte al hotel. —Zoe se levantó de la cama y le miró—. No deberías beber tanto cuando al día siguiente tienes que trabajar.

—Estoy acostumbrado —le respondió él—. Pero dime, ¿por qué te quedaste?

«No te vayas». «No lo haré», el recuerdo de esas palabras se había anclado en la mente de Zoe sin querer desaparecer.

—Simplemente me quedé, era tarde, estaba casi dormida y pensé que era mejor no conducir. Estabas borracho, dormido y no ibas a enterarte de nada.

Así que, me quedé.

Le mintió.

Noah asintió aceptado la respuesta; era verdad, no recordaba nada en absoluto.

—Llegamos tarde al trabajo, así que más vale que salgamos en cuanto podamos o vamos a tener problemas. El entrenamiento es dentro de cuarenta minutos.

—¿Quieres darte una ducha antes de salir? —preguntó Noah.

—Estoy bien, tendré tiempo de hacerlo en el trabajo. Solo vámonos.

—Deja que me cambie la camisa y estaré listo también. —Vio cómo Zoe asentía y fue hasta el armario donde guardaba toda su ropa.

Zoe se giró para dejarle intimidad, se dedicó por unos pocos segundos a mirar a su alrededor y ver cada una de las cosas que había en la habitación. En su opinión, Noah se había preocupado de convertir aquel lugar en su propio hogar.

No se lo preguntó.

Sin embargo, sus ojos chocaron con una fotografía puesta sobre la mesa de cristal oscuro que había a unos cuantos metros delante de los pies de la cama. Era él, acompañado de una mujer con pelo corto y con el mismo tono que sus ojos color miel. Durante los pasados días era cierto que Zoe no se había preguntado si él tendría pareja, aunque por lo que ella sabía esa mujer podía ser cualquiera.

—Ya estoy. —La voz de Noah interrumpió sus pensamientos—. ¿Todo bien?

—Sí, solo te esperaba. Por cierto, me debes un desayuno por lo de anoche, no pienso quedarme sin mi recompensa.

—¿Siempre la pides cuando haces algo desinteresadamente? —preguntó Noah mirándola con fijeza, con una sonrisa que era capaz de atrapar a cualquiera.

«Maldita sonrisa», pensó Zoe.

—¿Desinteresadamente? Yo creo que más bien te has preocupado en todo momento por joder cada momento de mi vida, pero no voy a quejarme. He descubierto un nuevo bar donde seguro podré ir para encontrar algo de tranquilidad cuando la necesite.

—Y que lo digas.

Noah cogió las llaves de su coche y la cartera. Metió todo en su bolsillo

dispuesto a salir de la habitación del hotel.

—Ah, no. Ni hablar, no pienso dejar aquí mi coche para luego tener que volver a por él. Señor White, hoy te vuelves en taxi a casa, lo siento mucho.

—Las palabras de Zoe eran firmes, Noah empezó a reírse segundos después —. No es una broma.

—Ya lo suponía, pero tranquila. Iremos en tu coche.

Bajaron en completo silencio por el ascensor. Noah se tranquilizó cuando vio su coche en el lugar habitual donde aparcaba desde que llegó a Nueva York. Se montó en el lugar del copiloto del coche de Zoe, un Ford Mustang Standard del año sesenta y cuatro, color negro y conservando aún el brillo del primer día. Él se quedó impactado.

—Herencia de mi padre —le dijo Zoe.

—Es precioso, dile que tiene un gusto maravilloso.

—Murieron en un accidente de tráfico, hace once años. Desde entonces Charles ha sido como mi padre, por eso siempre está encima de mí y echándome la bronca, claro. —A pesar del recuerdo, Zoe esbozó una sonrisa.

—Siento escuchar eso, debió de ser muy duro para ti.

—Sí, es duro conocer la pérdida, y para mi mala suerte yo la he conocido unas cuantas veces. —Noah sabía a qué se refería.

Pero él también sabía muy bien qué significaba aquello. Aun así, no lo diría, tenía que permitirse quedarse en silencio durante unos cuantos meses, hasta que su vida se pusiera en orden.

Si es que algún día lo hacía.

Como Zoe había previsto, ambos llegaron tarde al trabajo. El entrenamiento había empezado hacía más de media hora, todos los que conocían la situación de los compañeros se sorprendieron al ver cómo Zoe y Noah llegaban juntos. Y aunque nadie preguntó, ella sabía muy bien cómo interpretar cada una de esas miradas.

—Vaya, si ha llegado, ¿desde cuándo tú llegas tarde? —David fue el primero que la recibió.

Su sonrisa cambió en el mismo instante en que Noah apareció por la puerta. Hasta que no los vio juntos ni siquiera se había dado cuenta de que él tampoco se había presentado a los entrenamientos.

—¿Llegáis juntos? —le preguntó.

—Es una larga historia, David, he dormido poco y lo único que quiero es ponerme a trabajar así que no me hagas preguntas.

El mal humor de Zoe había vuelto.

—Está bien, no diré nada. —David desvió su mirada hacía Charles y allí estaba, el hombre que dejaba su humor por los suelos. Miró de nuevo a Zoe—. Solo espero que estés bien.

—Lo estoy —ella asintió—. Voy a cambiarme.

Esa mañana Noah no entrenó. Pasó los minutos hablando con Charles sobre esas cosas personales que solo había compartido con él. Él fue el único de la CIA que había ido al funeral de su mujer. No se llevaban demasiada edad, pero aun así los más de diez años de diferencia y sabiduría se notaba entre ellos. Le confesó su inquietud por volver a su casa en Boston. Lo había dejado todo tal cual estaba cuando el fatal día llegó. Recordó celebrar el funeral de su mujer y después marcharse a Nueva York, donde pasó unas semanas tranquilas hasta que llegó el momento de empezar a trabajar con la CIA.

En ciertos momentos Manhattan reconfortaba su corazón, pero al final del día se miraba así mismo en el espejo y recordaba el final de vida que había tenido su mujer, deseando, sin pensárselo dos veces, haber pasado él mismo por aquello un millón de veces antes que ella.

—¿Todo bien con Zoe? —Charles cambió de tema. Era necesario.

—Sí, no entiendo cómo, pero anoche acabó durmiendo conmigo. —Miró con fijeza a su jefe y negó con la cabeza—. No me malinterpretes, solo me acompañó al hotel y se quedó allí. Era tarde y estaba cansada.

—No necesito explicaciones, Noah.

—Lo sé, de todas formas, me alegro. Porque todo haya cambiado, si ya era difícil mi vida más aún iba a ser con esta situación en el trabajo, y la verdad es que ya tengo bastante. —Se giró para mirar a David. Pegaba puñetazos y patadas al aire como si estuviera luchando realmente con alguien—. Aunque creo que para él no va a ser suficiente.

—David es complicado. Para él el trabajo es lo más importante, pero también Zoe. La protege en extremo y desde que pasó aquello, todavía más. Pero es profesional, con el tiempo te darás cuenta.

—No lo dudo —respondió Noah—. La verdad es que estoy deseando que viajemos y empezar con esto, quiero estar centrado en algo más que lo que ha pasado en los últimos meses. Y para variar espero sentirme un poco mejor

conmigo mismo, aunque este es mi terreno y debería conseguirlo.

—Aún vas al bar cada noche, ¿cierto? —preguntó Charles.

Con complicidad, sin juzgarle. Noah asintió.

—Supongo que llegará un momento en el que deje de hacerlo. Pero no te preocupes, no se repetirá cuando estemos en Berlín, salvo si es necesario.

—Sobre eso, necesito que me prometas una cosa. —Charles miró a Noah, esta vez con seriedad—. Ante todo, protégela, es muy competente, pero es la primera misión de estas características que realiza después de años y seguro que va a ser complicado. No quiero que tengáis ningún problema, así que será mejor que estés todo lo pendiente que puedas de ella. La conozco y estoy seguro que llegará algún momento en el que se derrumbe debido a los recuerdos.

Noah se volvió para mirar a Zoe. Como cada día, trabajaba más duro que cualquiera de sus compañeros. Era profesional, seria y no se tomaba nada a la ligera, aunque fuera una simple carrera.

—La cuidaré, lo prometo —respondió el del FBI.

Asintió, volvió a mirarla, reconocía esa mirada de tristeza, ese sentimiento de vacío que ella había sentido durante años. Noah se preguntó si pasaría tantos como ella había pasado a solas, maldiciéndose por no haber podido hacer nada. Tal vez para ambos sería más fácil si él se confesara, pero no estaba preparado. Ya eran suficientes las miradas de lástima que le habían dedicado sus amigos y compañeros en Boston.

Noah podía dar gracias a que Charles hubiera sido la excepción, al menos había alguien en el trabajo en el que podía escudarse.

Y los días pasaron, uno tras otro con una rutina que se convirtió en algo más que eso para Noah. Había vuelto a desear madrugar para ir al trabajo, entrenar, acabar cansado y con dolor de huesos. Había encontrado amigos que antes habían sido conocidos y la relación con Zoe también había mejorado. Hablaban a la hora de comer, en los descansos, pero no volvieron a coincidir en aquel bar. Tal vez era mejor así.

David había sido otra cosa, pero Noah lo entendía. Aunque estaba seguro que esa protección hacía Zoe era algo más que eso, no pensaba meterse en absoluto, ya tenía demasiados problemas como para hacerlo.

Todos, a excepción de Paul, se dirigían al aeropuerto; su vuelo hacía Berlín salía en tres horas.

«Quiero que volváis tal y como ahora os vais, los cinco juntos», les había dicho este a sus compañeros antes de que se marcharan de la agencia. A partir de ese momento ya no serían Zoe, Noah, David, Jeremy y Danny. Habían recibido sus alias y debían convertirse en los criminales a los que tendrían que dar vida para cumplir con su misión.

David estaba irritado, mucho, aunque no era novedad que lo estuviera en los últimos días. Pero a Zoe ya le estaba cargando que se comportara como un niño en ese aspecto.

Habían compartido un par de cenas en su casa durante la última semana y seguía como siempre, criticando a Noah en cuanto abría la boca.

Incluso ahora, ella podía ver que le juzgaba con solo mirar al agente. No fue menos cuando subieron al avión. Jeremy y Danny se sentaron en la zona izquierda de este, mientras que el resto lo hicieron en los asientos del centro y cómo no, su mejor amigo se las arregló para quedar en medio de Noah y ella. Zoe puso los ojos en blanco, pero prefirió no decir nada.

—Así el viaje será más cómodo —dijo David.

El más joven del grupo miraba desde su asiento riendo. No pudo evitarlo, a veces creía que David se comportaba como un novio celoso.

—Yo me pasaré el viaje durmiendo, así que no tengo problema. No me gusta viajar en avión —intervino Noah.

—Haces bien, va a ser un largo viaje —le respondió Zoe mirándole con una sonrisa.

David iba a responder, pero ella se encargó de que no abriera el pico. Le miró con firmeza y le golpeó con el codo, él no replicó, solo soltó una pequeña risilla entre sus labios.

El avión despegó y como Noah había dicho, cayó dormido en cuestión de minutos.

—Zoe —David habló en voz baja, como si estuvieran en la intimidad de un dormitorio.

—Si vas a volver a insultarle ahórratelo. —Vio cómo David negaba con la cabeza—. Entonces dime, ¿qué es lo que quieres?

—Es nuestro primer trabajo importante en años. ¿No tienes miedo? Porque, maldita sea —protestó David—, yo estoy aterrado. Y lo único en lo que pienso es en rezar porque nada salga mal esta vez.

—David. —Zoe se giró un poco para mirar mejor a su amigo. Apoyó su mano en la de él y la acarició—. No te preocupes, siempre hemos estado juntos en estos casos y ahora volvemos a estarlo. Yo te protegeré, tú me protegerás. Aunque no lo creas Noah es muy bueno en su trabajo, al igual que Jeremy y Danny. Somos un equipo y todo va a ir bien.

—Pero ¿y si no va bien?

Zoe conocía muy bien esa preocupación en la mirada de David. Sus ojos verdes delataban miedo, temor y el maldito recuerdo de la pérdida. Ninguno de los dos había trabajado en algo así desde aquel entonces. Apretó su mano con fuerza y le sonrió.

Esa mágica sonrisa lograba calmar a David hasta el mayor de los extremos.

—Irás bien, te lo prometo. No vas a perder a nadie más en esto, ¿comprendes? —Ella le miró con firmeza—. Nunca más.

—Te quiero, ¿lo sabías? —confesó David.

—Lo sé, siempre has estado conmigo, por eso somos tan buenos amigos. —Zoe sonrió de nuevo.

—Sí...

Noah, a pesar de que todos creían que estaba dormido, escuchó aquella conversación. Movi6 su cabeza con tranquilidad, sin abrir los ojos. Era la primera vez que escuchaba a Zoe hablar de esa forma. Le llegó al corazón; en apenas unas pocas frases comprendió que era una persona que cuidaba a todos aquellos a los que quería y los atesoraba por encima de todo.

Incluso más que su propia vida.

También se preguntó desde cuándo David estaría enamorado de ella, porque aquello era algo obvio, sería muy raro si no lo estuviera. Pensó por un segundo que hacían una buena pareja, pero seguro que ninguno de los dos quería romper esa unión que tenían desde hacía tanto. Recordó a su mujer, esa complicidad, esas palabras de cariño y de protección...

Sin poder evitarlo, sus ojos se volvieron cristalinos en la intimidad de sus pensamientos.

Nadie se dio cuenta, nadie excepto Zoe, cruzándose por unos segundos con el rostro de su compañero. Y por primera vez, se le encogió el corazón.

«No te vayas...», recordó.

Al instante supo que él también conocía el dolor de la pérdida.

—Espero que la comida venga pronto, me muero de hambre —dijo

intentando cambiar el lugar de sus pensamientos.

Ahora sentía que tenía una charla pendiente con él, no podía evitarlo.

—Qué raro que no digas eso, Zoe, siempre estás muerta de hambre. Creo que llega en apenas una hora, ten un poco de paciencia, aunque no sea uno de tus puntos fuertes.

—Qué bien me conoces, David—respondió ella.

—Mejor que nadie, ya lo sabes.

Los siguientes minutos comieron, charlaron con sus compañeros y gastaron algunas bromas mientras las horas pasaban con lentitud. Noah despertó cuando todos dormían, aunque lo cierto es que no había dormido demasiado, tal vez aquello fue una forma de evadirse de todo.

Lo sabía.

Sacó una pequeña libreta que siempre llevaba encima y bolígrafo. Era costumbre la que tenía por repasar los puntos de una misión, uno tras otro, sin cansarse y dejarse nada en el tintero. Horarios, lugares, todo lo que pudiera retener en esa libreta pasando luego a formar parte de su memoria. Y así pasó el resto del vuelo hasta que el avión aterrizó en el aeropuerto de Berlín.

—Necesito por lo menos un día entero de sueño sin que nadie me moleste.

—Eso es imposible Danny, esta misma madrugada tenemos que empezar con las cámaras, ordenadores y la tecnología. —Jeremy miró a su compañero poniendo una clara mueca de protesta.

—Vamos, enano —interrumpió Zoe—. Dale un respiro, mañana mismo podemos ponernos a ello. Además, hasta dentro de dos días no nos encontraremos por primera vez con los miembros de la banda, podemos pedir pizza o algo rápido para cenar y, después, descansar.

—Está bien. —El más joven alzó sus manos a modo de rendición—. Creo que soy demasiado responsable.

—¡Y pesado! —dijeron todos a excepción de Noah.

Este último rio ante ese comentario. Lo poco que había conocido a Jeremy se había dado cuenta de eso, aunque al final terminaba por ser un maravilloso encanto. Un coche les esperaba en el aparcamiento, la CIA se había encargado de tener todo en orden como Noah había previsto. Él fue el que condujo hasta la casa franca que se encontraba en la zona este de la ciudad.

Construido con ladrillo marrón oscuro, era un edificio de tres plantas en el que solo la primera y la suya iban a estar ocupadas. Aparcó el coche en el

garaje, durante el trayecto habían visto las diferencias de esta ciudad con Nueva York. Árboles, parques y naturaleza por la zona en la que iban a vivir, sin duda sus enemigos habían elegido un lugar bastante apartado del bullicio de la ciudad, algo que resultaba muy inteligente. Subieron en el ascensor con las maletas en mano y cuando entraron vieron la perfecta decoración del piso. Muebles oscuros acompañados de adornos blancos, paredes pintadas con colores suaves entre el beige y gris. Alguna que otra planta y una cocina amueblada con colores rojos.

—Guau, ni en mis mejores sueños pensé en vivir en una casa como esta. — Danny salió de uno de los dormitorios después de dejar su maleta—. Jeremy y yo nos quedamos en el dormitorio del fondo. Hay cuatro habitaciones así que vosotros podréis elegir una cada uno.

—Perfecto —dijo David—, aunque Zoe y yo siempre hemos compartido habitación.

Zoe asintió, miró a sus compañeros y sonrió.

—Tal vez sea mejor que elijamos una cada uno esta vez. Somos muchos en casa y así será más cómodo. —David iba a protestar, pero la sonrisa que le dedicó su amiga le hizo cambiar de opinión—. Podéis quedaros las más grandes, yo me conformo con tener cama y un escritorio.

El único que no dijo nada fue Noah. Se dirigió a uno de los dormitorios, eligiendo el segundo del pasillo a la izquierda. El suelo de parqué oscuro le encantó, todo parecía perfecto y era tan diferente a su casa en Boston que incluso lo agradecería. A su mujer nunca le habían gustado las casas tan modernas.

Cenaron, charlaron y al final de la noche, cuando ya rozaba la madrugada, Noah vio a David en la terraza. Los demás ya dormían. Suspiró antes de ir a su encuentro.

Sabía que tal vez no conseguiría nada, pero ¿por qué no intentarlo? Cogió una cerveza de la nevera ya provista de todo lo necesario para su estancia y fue hacia donde se encontraba el de ojos verdes.

Le miró, cogió la cerveza y bebió en silencio.

—¿Vas a odiarme toda la vida? —Se animó Noah a preguntarle.

David le miró, dio un sorbo a su botellín de cerveza y sonrió, de esa forma tan odiosa. Después de pensarlo un poco Noah consideró que no era necesario pelearse con él, vio cómo relajaba su cara y se giraba para mirarle a los ojos.

—Supongo que no puedo hacerlo para siempre. —David apoyó su espalda

en la zona del balcón—. Además, creo que ya has recibido bastante durante estos días.

—No puedo creer que hayas dicho eso. —Ahora fue Noah el que sonrió.

—Pues apúntatelo bien en la cabeza porque no pienso decirlo más. Tenemos un trabajo por delante y si para hacerlo bien tengo que fingir ser tu amigo, lo haré, pero nada más. Así que —David alargó su mano para dársela a su compañero—, ¿en paz?

Noah le miró fijamente, aquello significaba mucho más de lo que pudieran pensar.

—En paz —respondió estrechando la mano de su compañero.

Ninguno fue consciente de que Zoe había aparecido en el salón del apartamento. Desde la lejanía y en medio de la oscuridad de este les miró y sonrió. Se alegraba de que por fin hubieran puesto tregua a su enemistad. Decidió no acercarse, bebió agua y volvió a la suavidad de sus sábanas con la esperanza de dormir durante toda la noche.

—Por cierto —dijo Noah a sabiendas del riesgo que llevarían sus palabras—, me alegro de que Zoe tenga a alguien que la quiera y la proteja tanto, seguro que algún día obtienes tu recompensa.

Noah puso una mano sobre el hombro de David y asintió, el último sabía muy bien a qué se refería.

—No es asunto tuyo. —David esbozó una sonrisa, algo maliciosa, pero aun así agradecía las palabras de su compañero—. De lo que sí deberías preocuparte es de no volver a hacerle daño, sino te las verás conmigo y no tendré ninguna compasión. Lo que ella te hizo en la cara, no será nada para lo que yo puedo hacerte si vuelves a dañarla.

Para Noah la respuesta fue obvia.

—Puedes estar tranquilo, he venido a hacer mi trabajo y después me marcharé a donde me necesiten. Nada más.

—Me alegra oír eso, aunque si vuelves por la agencia no serás mal recibido.

—Gracias —respondió Noah.

Terminó su cerveza, se despidió de David y fue hacia su dormitorio. Tumbado boca arriba sobre la cama pensó, una y otra vez, en lo que quería para su futuro.

Cogió la cadena de su cuello y rozó de nuevo los anillos con sus dedos, le

calmaba al mismo tiempo que el recuerdo le torturaba. Volvió a pensar, y se preguntó si alguna vez tendría las energías para volver a su ciudad natal, o incluso a las oficinas de su trabajo. Se respondió un no rotundo. Si aquel iba a ser el inicio de su nueva vida, no podía echarse atrás, fueran cuales fueran las consecuencias.

Al final sería mejor para él, lo sabía, y cuando cerró sus ojos antes de quedarse dormido se dijo algo muy claro a sí mismo: «mañana empezará a cambiar todo, para siempre».

Uno, dos, tres, y así un sinfín de golpes en la puerta de su dormitorio hasta que por fin Noah abrió los ojos. Protestó girándose sobre sí mismo intentando olvidar que apenas había dormido cinco horas y que el descanso se había interrumpido por sus pesadillas. Se dio cuenta de que iba vestido con la misma ropa que el día anterior, mientras que la puerta seguía sonando.

—¡Ya voy! Joder, ¿por qué tanta prisa? —Noah se levantó de la cama corriendo, estiró un poco su camisa y fue a abrir la puerta—. ¿Es que no puedo descansar o qué?

Alzó su mirada dormida para ver a Zoe. Estaba al otro lado de la puerta, sonriendo, con el pelo suelto cayendo sobre sus hombros. Llevaba una camiseta de tirantes dejando ver partes de su cuerpo que aún eran desconocidas para Noah.

—Pensé que tendrías hambre, hice tortitas. —Y ahí seguía ella, apoyada al lado de la puerta con una enorme sonrisa—. Aunque si quieres puedes dormir más.

—Pero... —Noah no sabía ni qué decir, se quedó paralizado mirándola—. ¿Qué hora es?

—Casi las nueve, aunque no lo parezca has dormido demasiado. David y Danny han salido a explorar la ciudad y trabajar un poco sobre el terreno. Jeremy está con los ordenadores y esas cosas, a mí todo eso no se me da nada bien, así que... hice el desayuno.

Noah por fin percibió el olor que venía desde la cocina. Asintió.

Ella puso una mano sobre su brazo y se hizo paso para entrar al dormitorio. Levantó la persiana y dejó que la luz del día entrara, nunca le habían gustado demasiado las habitaciones a oscuras. Miró a su alrededor y negó con la cabeza, lo primero que ella había hecho era arreglar todo su dormitorio para sentirse como en casa.

—Cuando terminemos, si quieres puedo ayudarte con todo. —Volvió a mirar a Noah.

El no respondió, a los pocos segundos esbozó una sonrisa y asintió.

—Claro, gracias.

—No hay de qué, así mataré el aburrimiento hasta que los demás lleguen y podamos empezar a organizar todo. Aunque me han dicho que estarían a la hora de comer, así que tenemos tiempo. —Zoe sonrió y volvió a ponerse a su lado antes de dirigirse a la cocina girándose durante unos segundos para mirarle de nuevo—. Buenos días, por cierto.

Noah vio cómo se marchaba, la siguió con la mirada hasta que la perdió de camino a la cocina. Sonrió. Estaba muy agradecido al ver cómo había cambiado todo en tan pocos días. Decidió ponerse algo más cómodo, cogió una camiseta de manga corta ajustada, gris claro combinada con un pantalón de chándal fino del mismo color, aunque algo más oscuro. El olor se hizo más intenso mientras caminaba hacia la cocina. Observó por el rabillo del ojo cómo Jeremy colocaba cables sin parar. Ordenadores, cámaras... sin duda estarían bien protegidos.

—¿Él no desayuna? —preguntó Noah.

Zoe seguía cocinando, dándole la espalda. Vio cómo negaba con la cabeza, giró un poco su rostro y le sonrió. El corazón de Noah sintió una tranquilidad más que plena, pudo jurar que incluso el latido de este comenzó a acelerarse poco a poco.

—Hasta que no termine de preparar todo no lo haré, es muy maniático con esas cosas —respondió Zoe por fin—. Pero supongo que así es mejor, prefiere estar tranquilo.

—Desayunemos entonces —respondió el con una mirada cómplice—. Todo tiene una pinta buenísima.

Miro la mesa, había café, zumo de naranja, fruta, sirope de frambuesa, chocolate líquido y un plato en el centro con más de una docena de tortitas. Zoe parecía feliz, y él lo agradecía, todo era más sencillo cuando ella sonreía.

—Espero que todo te guste y si no, tienes que aguantarte, suelo cocinar mucho así que tendrás que soportarlo durante las semanas que estemos aquí —le dijo ella.

—Charles dijo que no nos tomáramos las cosas a la ligera, estaremos aquí el tiempo que haga falta hasta tener todo listo para atrapar a los Wildhunde. —Zoe se rio por el pésimo pronunciamiento de la palabra en los labios de Noah. Él no tardó en reír, pudo intuir a qué venía la risa de ella—. Seguro que tú lo haces mejor.

—Claro que sí.

Ella pronunció el nombre de la banda con un perfecto acento alemán.

—Sé siete idiomas, entre ellos el alemán. Por algo estoy aquí, ¿no?

—Ya me extrañaba a mí que no fueras perfecta incluso en eso. Me ganas por tres. —Noah le dedicó una sonrisa, segundos después comenzó a centrarse en la comida.

La felicidad se reflejaba en todo su rostro. En sus labios, ojos e incluso en la forma en que comía. Y así siguió hasta que Zoe se atrevió a preguntar aquello que llevaba rondando por su cabeza desde hacía días.

—Eso es tu alianza y la de tu esposa, ¿cierto? —le preguntó señalando a su pecho.

Noah no había reparado en que la cadena y las alianzas se veían debajo de su camiseta. Alzó su mirada, la alegría se esfumó en apenas un segundo.

Asintió, pero no estaba preparado para hablar, no cuando el solo recuerdo de todo lo sucedido podría volver a hundirle. Zoe no dijo nada, simplemente alargó su mano para acariciar la de su compañero. Ese gesto fue más que suficiente, no había necesidad de pronunciar ninguna palabra, Noah la miró a los ojos y sonrió... aquella fue la primera sonrisa sincera y sin rencores que le dedicó desde que se habían conocido.

—¿Te gusta el desayuno? —Zoe apartó su mano sin dejar de mirarle.

—Hacía mucho que no comía algo tan rico, gracias.

Desde la lejanía Jeremy miró a sus amigos, a pesar de que estaba preparando todo se había fijado en cómo se habían acercado poco a poco, y la verdad es que era todo un alivio ver cómo Zoe había olvidado todo lo sucedido en el pasado. Dar una oportunidad a Noah era lo más acertado que podía hacer.

—Chicos —dijo llamando su atención—, guardadme un poco, esto está casi terminado.

—Claro, enano —bromeó Noah—, pero deprisa porque hoy me desperté con hambre y no puedo prometerte nada. Además, esta señorita de aquí tiene muy buena mano en la cocina y yo no puedo resistirme a un buen desayuno.

—Claro, claro... —Jeremy cerró su puño dejando su dedo corazón alzado.

Todos rieron.

Noah siguió comiendo en silencio, de vez en cuando Zoe le dedicaba una mirada sin que él fuera consciente. Charles no estaba equivocado y sabía que el agente estaba muy arrepentido por lo que pasó, por más que a ella le doliera la pérdida no podría cargar contra Noah para siempre. Era algo que sabía muy bien.

Pero aún necesitaba tiempo para aceptarlo. Para mirar a los ojos de la persona que mató a su prometido sin sentir ningún tipo de odio hacia él. Había momentos en que aún lo hacía, en otros comprendía que era su compañero y algunas veces creía que podrían llegar a ser amigos de verdad si ambos se esforzaban. Pensó en David, negó con la cabeza en un ligero movimiento, desde luego eso último no le haría gracia a su mejor amigo. Pero, por un momento recordó cuando los vio la pasada madrugada y supo que tal vez aquel también iba a ser el principio de una futura amistad.

—Listo, no sé cómo lo hacen, pero Danny y David siempre se escaquean de todo —protestó Jeremy mientras se acercaba a la cocina.

—Jeremy, tú mismo eres el que nos tienes prohibido tocar todas tus cosas. ¿Cómo no quieres que se vayan? —Zoe hizo una mueca y le miró entrecerrando los ojos.

Siempre se habían llevado muy bien, desde el momento en que se conocieron.

—¿Para que rompáis todo? No, gracias. Pero no estaría de más un poco de fuerza bruta de vez en cuando. Y eso va por ti también, Noah.

—¿Qué? ¿Por mí? —Alzó su mirada—. ¿Y yo qué hice ahora?

—Dormir como un tronco —protestó Jeremy mientras echaba sirope de frambuesa a una tortita.

—Lo necesitaba, créeme. —Noah miró a ambos de sus compañeros. Se quedó por unos segundos en silencio, los recuerdos aún parecían seguir en su cabeza—. Al igual que necesitaba todo esto y a vosotros sonriéndome... no odiándome.

Por un momento, Zoe se sintió la peor persona del mundo. Le miró y asintió.

«Lo siento», dijo para sí misma, pero por la sonrisa que Noah le dedicó pareció que la había entendido. Él limpió sus labios, se levantó de la mesa no sin antes mirar a sus compañeros y volver a sonreír. Solo quería y deseaba que todo siguiera así, que nada ni nadie volviera a dañar ese frágil corazón.

Se paró en el arco de madera de la cocina.

—Voy a cambiarme y a correr un poco, miraré qué hay a nuestro alrededor para comprobar si hay algo sospechoso. No tardaré.

—Lleva cuidado —dijo Zoe.

Noah asintió y se fue hacia su dormitorio.

—Qué raro que es. —Jeremy seguía comiendo como un crío pequeño—.

Parece todo un misterio.

—Creo que es una de esas personas que ha sufrido mucho, más de lo que se merece, Jeremy. Ahora me siento fatal por haberme comportado así todos estos días, después de todo... él no es un asesino, simplemente...

—Estaba en el lugar equivocado, en el momento equivocado —añadió Jeremy.

—Más bien estaba en el lugar correcto, pero no pudo evitar hacer lo que hizo, y estoy segura de que eso es lo que más le duele. —Zoe suspiró—. Tenemos que controlar a David, ya sabes cómo es y tengo la sensación de que Noah ha elegido estar aquí para evadirse de todo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jeremy mirándola con esos ojos inocentes.

—Porque en sus ojos veo algo que yo conozco muy bien: el dolor de la pérdida.

Jeremy la miró fijamente, asintió sin preguntarle nada más.

No se había dado cuenta de aquello, en lo poco que había conocido a Noah siempre habían hablado de temas de trabajo o de gustos personales, nunca de nada que fuera más personal de lo normal.

—El único que lo sabe es Charles, así que...

—No diré nada, tranquila. Supongo que estas cosas tienen que venir por sí solas y si quiere que alguien más lo sepa, debe ser Noah el que confíe en nosotros.

—A veces me pregunto quién es de verdad el más adulto del grupo. —Zoe miró a Jeremy y sonrió—. Gracias por entenderlo. Tal vez algún día hable con él, al parecer después de todo tenemos muchas cosas en común...

Ambos se quedaron en silencio.

Minutos después escucharon cómo se cerraba la puerta del apartamento. Noah se puso los auriculares y su música favorita. La primera canción que sonó fue *Brave*, de Sara Bareilles. Sonrió, aquello parecía un mensaje. Amaba esa canción y lo que esta transmitía, tal vez era el momento de comenzar a ser valiente, de seguir adelante y demostrarle a la vida que nada ni nadie podría destruir a Noah White.

Apoyó su espalda en la pared a la salida del edificio antes de empezar con el ejercicio.

«Gracias, Zoe —se dijo—, gracias».

Y comenzó a correr sin mirar atrás. Cuando lo hacía se sentía libre, por

completo, todos sus pensamientos se esfumaban mientras su respiración lograba sincronizarse con la música... y el latido de su corazón. Los minutos pasaban al igual que las canciones hasta que logró dar con lo que estaba buscando. Noah siempre había sido muy inteligente para trabajar sobre el terreno, siguió corriendo mientras veía cómo el jefe de operaciones de los Wildhunde salía de un edificio con paredes grisáceas. Tal y como habían visto en las fotos era alto, corpulento y con ojos claros. El hombre caminó unos metros y se encontró con otros dos, hasta formar un grupo de seis.

«Tienen bien controlada la zona», se dijo para sí mismo mientras seguía corriendo.

Sus piernas se movían sin parar, el sudor ya se marcaba en su camiseta, simplemente era uno más en la ciudad. Todos acabaron en una cafetería cercana llamada Maps. Si seguían esa rutina sería bueno que ellos fueran al lugar sin levantar ninguna sospecha.

«Mañana volveré», Noah sonrió y siguió con su carrera durante más de media hora. Después de todo había sido una mañana productiva, cogió su teléfono móvil cuando la música se paró de repente. Vio el nombre Charles y sonrió.

—¿No es muy tarde para que llames? —preguntó Noah mientras apoyaba su espalda en el tronco de un árbol.

—Ya sabes cómo es el trabajo, a veces no terminamos hasta bien entrada la madrugada. —Charles sonrió a pesar de que su compañero no podía verle—. ¿Cómo va todo?

—Bien, justo ahora termino de echar un vistazo al terreno. Estaba corriendo. —Noah respiró hondo—. Jeremy ya terminó con los ordenadores y los demás están dando vueltas por ahí. Tenemos que tomarnos unos días para poner todo en orden, no queremos hacer todo a la ligera, aunque hubiéramos acordado encontrarnos con ellos mañana mismo.

—Como os dije, tomaos todo con tranquilidad. Cuando estéis listos hablaremos con Raúl para que establezca contacto y os presente ante los Wildhunde. —Charles no sabía si debía o no, pero terminó preguntando—. Lo demás, ¿va bien? No quiero ser pesado ni ofenderte, pero ya sabes que no puedo evitar preguntarte.

—No eres ni lo uno ni lo otro, lo sabes muy bien. —Cuando sintió que había descansado lo suficiente, Noah echó a andar—. Todo está bien, mejor. Creo que Zoe intuye algo, esa mujer es muy inteligente.

—Tal vez os vendría bien hablar. A los dos.

—Puede ser, pero ahora mismo no puedo pronunciar ni su nombre sin sentirme fatal, así que... —Noah dio un chasquido con su lengua—. No creo que sea buena idea.

—Bueno, poco a poco. Como todo.

—Lo sé, pero muchas gracias. Al menos ya no me hablan con odio, ni te imaginas con quién tomé una cerveza esta madrugada. —Noah sonrió antes de continuar—. Con David.

—Vaya, pues sí que ha avanzado la cosa. Espero que no sea un espejismo. —Charles rio al otro lado del teléfono.

—Yo también lo espero. Por cierto, hay algo que quiero consultarte, pero no sé si estoy en el derecho de hacerlo. —Ahora fue Noah el que dudó—. No quiero que me consideren un cobarde ni que piensen que ya no quiero formar parte su equipo, pero... estaría bien si algún día puedo cambiar de trabajo y estar en un lugar diferente.

Quedarse en Nueva York estaba empezando a ser una idea después de meditarlo durante mucho tiempo.

—En realidad estoy en ello, pero ya sabes que estas cosas llevan tiempo. Habrá que ver cómo va todo de aquí a unas semanas.

Noah esbozó una enorme sonrisa.

—Gracias, Charles, eres fantástico. Prácticamente eres el único amigo que he podido mantener y que no se compadece de mí. Y ya es mucho decir —Noah protestó.

—Lo sé, pero una amistad no es solo compadecerse de alguien cuando pasa por un momento difícil como tú lo estás haciendo. Sabes que siempre vas a tener mi apoyo, siempre lo has tenido tanto en el trabajo como fuera de él y no pienso cambiar eso. Tú eres de los pocos que también ha creído en mí y en mi profesionalidad, todos siguen diciendo que soy demasiado joven para tener el puesto que tengo. Incluso se creen que he sobornado a alguien, ¿te lo puedes creer? —Ahora fue Noah el que rio.

—De las envidias que tienen los demás puedo creerme cualquier cosa, Charles. Sabes que mucha gente te envidia, pero no te preocupes, yo sé muy bien lo profesional que eres. Y Zoe también lo sabe, así como todos mis compañeros, no tienes por qué preocuparte.

—Lo sé. —Charles comenzó a bostezar—. Bueno, me alegro de que todo vaya bien. Os informaré en cuanto sepa algo más y ya sabéis qué debéis de

hacer cuando hagáis alguna averiguación. Me marchó a dormir.

—Lo haré, empezaré a preparar los informes hoy mismo. Descansa, Charles —se despidió Noah y colgó el teléfono.

Volvió a poner la música e inició la carrera de vuelta a casa.

Cuando llegó todos estaban ya en el apartamento, el ambiente era igual de agradable que el que había dejado cuando se marchó hacía ya más de una hora. Todos estaban en el comedor entre papeleos y un mapa de la zona. Noah fue al cuarto de baño para coger una toalla y secarse el sudor antes de unirse a sus compañeros con una botella de agua en mano.

—¿Alguna novedad? —preguntó mirando a David.

Todos se sorprendieron al ver que hablaba con toda normalidad.

—No hemos averiguado mucho, aunque el barrio parece muy tranquilo. Tiene zonas privadas y lugares en los que es difícil de buscar, sin duda los Wildhunde han elegido un buen lugar donde establecerse.

—Entonces os alegrará saber que traigo buenas noticias. —Todos miraron con atención a Noah—. He visto al jefe de operaciones de la banda. Se ha reunido con cinco hombres más en un bar cercano al barrio que se llama Maps, está más o menos a seis manzanas de aquí. No puedo asegurar que todos sean miembros de la banda, pero supongo que si siguen esa rutina podremos averiguarlo pronto, aunque solo he distinguido al jefe.

—¿Y eso lo has hecho corriendo? —preguntó Danny.

Era evidente que a cualquier agente que no estuviera destinado sobre el terreno sorprendía las características con las que estos trabajaban.

—Cuestión de práctica. —Noah se encogió de hombros. Cogió el mapa y con un bolígrafo señaló las zonas por las que había pasado, después señaló a Jeremy y Danny—. En cuanto estemos listos ellos son los que deberían visitar la cafetería, ya sabéis que nosotros no podemos dejarnos ver hasta que tomemos contacto.

—Muy bien, entonces prepararemos todo. Hay que hacerlo bien —añadió David.

—Estoy de acuerdo —concluyó Zoe.

—Charles me ha llamado y ha reiterado que nos tomemos todo con calma. Cuando estemos listos hablará con Raúl para establecer contacto con la banda, así que no tenéis por qué preocuparos de nada más. ¿De acuerdo? Hoy será mejor que nos tomemos el día de descanso.

—Genial —dijo Danny—, has hecho un buen trabajo.

—Sí, gracias —respondió Noah antes de beber un trago largo de agua.

—¿Por qué no salimos a comer por ahí? Para celebrarlo, estaría bien ir todos juntos —añadió Jeremy.

Noah negó con la cabeza.

—Yo me quedaré, estoy cansado, pero podéis marcharos sin ningún problema. Eso sí, no salgáis juntos del edificio y llevad cuidado, recordar que nadie debe saber que estamos juntos en esto.

—No te preocupes, lo tendremos. Te traeremos algo para que comas después —dijo Zoe, no iba a poner ninguna pega a que él se quedara, sabía que a Noah le hacía falta quedarse a solas con sus pensamientos.

Habían sido meses en los que ella había actuado de la misma forma.

El del FBI se despidió de ellos, se quedó a solas y no hizo otra cosa más que perder el tiempo viendo la televisión o paseándose por el apartamento. Había tranquilidad, pero también soledad, algo que se solía repetirse en muchas ocasiones, aunque estuviera rodeado de gente.

Observó por la ventana, el sol estaba ahora en lo más alto dejando su reflejo en el suelo del salón. No comió, ni bebió, simplemente se quedó tumbado en el sofá pensando una y otra vez en todo y en nada. La yema de sus dedos rozó la barba de más de cuatro días, recordó que en un tiempo no muy lejano aún conservaba parte de su rostro sin ella. Habían cambiado demasiadas cosas incluso en su físico, y sin saber por qué, llegó a la conclusión de que tal vez era hora de volver a ser quien siempre había sido.

—Vamos a ver... —Fue al cuarto de baño y se puso la espuma de afeitar.

Dejó su bigote y perilla habitual, por un segundo se permitió sonreír para sí mismo sin arrepentirse de nada. Por fin, después de unos minutos, su estómago le pidió hacer algo que ya creía olvidado. Cocinar.

Decidió preparar un plato sencillo. Solo había pasado algo más de una hora cuando escuchó que la puerta del apartamento se cerraba.

—Sí que habéis vuelto pronto... —dijo aún con su mirada fija en la sartén.

—Me ha dado dolor de cabeza, así que decidí volver. —Fue la voz de Zoe la que sorprendió a Noah.

Él giró su rostro para fijarse en los ojos grisáceos de ella. Ella se fijó en el cambio de Noah al instante.

—Te has...

—Siempre la he llevado así. —Noah sonrió y acarició sus mejillas ya sin barba—. No sé por qué he tardado tanto en decidirme.

Zoe se quedó pensativa por unos segundos.

—Lo sé... —Dejó su bolso sobre una de las sillas y sonrió—. Te queda mejor así, si me dejas opinar.

—Siempre me lo han dicho. —Él se unió a su sonrisa. Una sonrisa más que cómplice—. ¿Quieres probar un poco? Es una salsa sencilla de tomate con albahaca y verdura. Pero tiene buen sabor.

Cogió una cuchara de madera y la mojó en un poco de salsa. Sopló con delicadeza para que ella no se quemara. Zoe se mojó los labios y saboreó todo en silencio. Sonrió, con una mirada de aprobación.

—Está rico, ¿harás pasta? No me dio tiempo siquiera de traer algo de comer.

—Pensaba que irías a descansar —añadió Noah mientras movía la salsa. Asintió y fue a coger el paquete de pasta para hervirlo en el agua—. Aunque si quieres puedes compartir la comida conmigo. No te voy a echar ni nada por el estilo, digamos que es una forma de firmar nuestra tregua, ¿mmm?

—No tenemos que firmar nada. —Ella le miró fijamente. Con firmeza. Con sinceridad. Apoyó su mano en el brazo de Noah—. Las cosas pasan en esta vida por algún motivo...

El silencio se hizo entre los dos durante unos segundos.

—Ahora estamos aquí, y seguro que también es por un buen motivo. No quiero que te preocupes más por nada, ni te lo reproches. Porque yo no pienso hacerlo. Y sobre la comida... —Ella hizo un guiño—. No tenía pensado comer, pero si nada más entrar en casa veo a un hombre cocinando y huele tan bien... simplemente, me pierdo.

Ruborizarle. Eso era lo que Zoe había conseguido con él. En solo una frase.

Noah asintió. En silencio, sin decir ni una palabra. Sabía muy bien que el halago que estaba sintiendo por primera vez en mucho tiempo iba a hacer mella en su corazón. Ella seguía mirándole, como si quisiera preguntar algo que no se atrevía a pronunciar. Noah sabía muy bien qué era, tal vez fuera el momento, aunque horas atrás se hubiera dicho que no estaba preparado...

—Acompáñame, te hablaré de ella... —dijo sin más.

Preparó los platos y los sirvió para dejarlos en la mesa. Y como si se tratara de intuición, cogió la mano de Zoe para que le acompañara.

Silencio, un segundo tras otro. Noah comía, Zoe también lo hacía. Ella sabía muy bien que hablar por primera vez sobre algo así era el paso más difícil, pues lo vivió en propias carnes. Sintió las ardientes lágrimas que cayeron por sus mejillas cuando le dijeron por primera vez «háblame de Jamie». Animó a Noah con una sola mirada, delicada y sincera. Él suspiró y agradeció el apoyo que vio en los ojos de ella.

—Se llamaba Alice —dijo por fin.

Alzó su mirada, al instante su mano derecha voló hacia aquel collar. Lo rozó con delicadeza por encima de la tela grisácea de su camiseta.

Zoe no dijo nada, no lo haría hasta que él terminara.

—Murió hace tres meses... mañana exactamente. ¿Sabes esa sensación de seguridad que sientes cuando estás con alguien durante toda la vida? —Los ojos marrones se rodearon del líquido cristalino que daba paso a las lágrimas—. Es curioso ver cómo nos trata la vida, cómo puede llevarse a alguien como ella, así sin más. Una persona que no ha hecho nada a nadie, y pensar... pensar en por qué no sufrí yo todo por lo que ella pasó cuando está claro que yo lo merecía mucho más.

Vio cómo ella negaba con la cabeza. Zoe movió su mano para coger la de Noah y la apretó con fuerza.

—Nadie merece sufrir, por más que hagamos daño o no, ¿quiénes somos nosotros para decir qué podemos merecernos?

—Tú misma lo dijiste cuando me viste —dijo Noah. Lanzó un suspiro—. Perdona, no quería decir eso.

—Lo dije, sí. Y ahora me arrepiento, porque sé que no eres mala persona y simplemente, no pudiste evitarlo. Al igual que no pudiste evitar que tu mujer muriera... ¿Qué le...?

—Cáncer —interrumpió Noah al intuir la pregunta—. Tuvo cáncer de estómago durante dos años. Al principio hubo esperanzas, pero luego, no pudo seguir luchando. Ella no merecía aquello, no lo merecía... créeme...

Por primera vez, Zoe vio cómo su compañero se derrumbaba. Se arrepintió por no pararse a mirar en lo iguales que eran, en lo que ambos habían pasado y

en la pérdida que ambos habían sufrido. Se levantó, acarició su brazo mientras se dirigía hacia su espalda, y lo abrazó con fuerza.

Él no dijo nada, hundió su rostro entre los brazos de ella mientras los cogía con fuerza, dejándolos empapados por las lágrimas.

No hicieron falta palabras, él tampoco las quería, para ella no eran necesarias. Zoe agachó un poco su cabeza y dejó un delicado beso sobre la mejilla de su compañero. En silencio, dándose cuenta de la cercanía que ambos tenían, del sufrimiento y las vivencias que tenían en común. Y por primera vez en mucho tiempo, ella sintió que todas las pesadillas se marchaban para dejar paso a una enorme tranquilidad en su alma y su corazón. Porque no solo ella consoló a Noah, también él lo había hecho con Zoe y, a pesar de que habían sido muchas las personas que le habían abrazado, jamás sintió con nadie ese sentimiento de paz y tranquilidad.

—Perdóname. —Apenas sonó en un susurro cuando Noah abrió los labios.

—No lo hagas —Zoe negó con la cabeza, giró el rostro de él y lo agachó para mirarle a los ojos—. No nos perdonemos nada más, solo... démonos las gracias.

—Y, ¿por qué deberías de darme las gracias? —Él la miró—. No he hecho más que ser una molestia...

—Empecemos por esta comida. Gracias, porque está buenísima y hacía tiempo que nadie me cocinaba. Eso es algo importante. —A Noah le maravilló la sonrisa que ella le estaba dedicando. Sus delicados labios formaban una curva perfecta, más que encantadora—. Segundo, porque sé qué harás lo que sea para protegerme durante el tiempo que estés aquí.

—¿Tercero? —se atrevió a preguntar él.

—Bueno, eso tendremos que averiguarlo poco a poco. —Zoe le dedicó un guiño y se levantó del suelo.

Dejó otro beso en la frente de Noah y mientras él la seguía con la mirada ella volvió a sentarse en su silla para ponerse a comer.

Degustó la comida en silencio, él tampoco quiso romperlo. Sin embargo, no pudo evitarlo al sentir cómo su corazón latía con una fuerza que hacía tiempo había perdido, al ver en esos ojos grises y esa sonrisa alguien que de verdad le había dedicado un abrazo más que maravilloso.

—Gracias —le dijo mirándola a los ojos—. Por esto, por acompañarme. Por darte cuenta de que no era mi intención dañar a nadie. Por tu abrazo, y por escucharme, no te imaginas cuánto ha significado.

—Sí que lo sé...

Porque para ella había significado exactamente lo mismo.

Las horas pasaron, y el resto de sus compañeros llegaron a casa. Pasaron la tarde y parte de la noche hablando y riendo. Comieron pizza que habían pedido a un restaurante cercano, compartieron cervezas, refrescos y de nuevo charlas en el balcón del apartamento. Era la oscuridad la única que ahora acompañaba a Noah, a solas ya en su dormitorio. Aún podía sentir el latido de su corazón con fuerza, emocionado por todo lo que había ocurrido.

Seguía acariciando sus anillos. Otro momento llegó hasta su memoria, recordando aquel día en el que su mujer y él decidieron poner fin a su matrimonio. Hacía poco más de un año, cuando la enfermedad de ella ya destruía todo a su paso.

Sin embargo, nunca la había dejado de lado. Dejó de amarla con el paso del tiempo, pero no dejó de quererla y de apoyarla. Ambos sabían que iba a ser mejor así, firmar un adiós para que el dolor de la pérdida no fuera tan grande, más de lo que ya lo había sido. Aun así, y a pesar de eso, Noah se quedó destrozado. Por la simple razón de que hasta el último momento la consideró su mujer. La mujer con la que había compartido parte de su vida y con la que un día deseó terminarla.

—Te echo de menos... —susurró, pero esta vez esbozando una enorme sonrisa.

—¿Estás mejor? —Fuera, en la terraza, Zoe apoyaba sus brazos en la balaustrada cuando escuchó la voz de David a sus espaldas.

—¿Qué...? —preguntó ella algo desconcertada.

—Que si estás mejor.

David se acercó para ponerse a su lado.

—Has estado muy callada durante toda la tarde, ¿te pasa algo? —La miró, e insistió. Siempre lo hacía—. Porque sabes que no vas a tener ningún problema si quieres hablar conmigo.

—David, ¿por qué siempre que estoy aquí sola te crees que me pasa algo? —Zoe se giró para quedar de espaldas a la balaustrada—. Solo estaba

disfrutando de la brisa que ofrece la noche. Y estoy muy bien, así que no hace falta que te preocupes más. ¿Vale?

Ella sonrió. David se quedó en silencio mirando sus labios, sus ojos. Si no fuera por el miedo atroz que sentía en su interior, jamás habría dudado en besarla.

—Está bien. Solo preguntaba. Como has estado aquí a solas con Noah...

—Y, ¿qué? —Ella se puso seria y le miró—. ¿Te crees que hemos discutido o algo así? Por todos los dioses, David, estoy cansada de que no hagas más que preocuparte por lo que pueda o no decirme Noah. O hacerme, y te estás equivocando con él. Olvida de una vez el pasado y sigue adelante.

—No puedo...

—¿Por qué no puedes? —Zoe vio la desesperación en los ojos verdes de su amigo. Él se quedó en silencio, algo que la incomodaba demasiado—. Vamos, ¿por qué?

—Porque me siento mal al pensar... —David respiró hondo. Sintió cómo su corazón se aceleraba. Sintió el pulso a mil por hora, cerró sus puños y simplemente habló—. Siento que estoy traicionando a Jamie por el simple hecho de quererte...

Aquellos ojos, la mirada de David indicaba algo más que una simple confesión de amistad. Zoe lo sabía. Y aunque lo cierto era que se esperaba aquellas palabras en cualquier momento, no pudo evitar quedarse en silencio. Allí plantada, disfrutando de la suavidad que la brisa dejaba en su piel, odiándose por sentir aquella mirada desesperada y triste en sus propios ojos. ¿Cómo demonios habían empezado hablando de Noah y terminado así? ¿Por qué su vida no podía ser normal por un momento?

—David... —dijo después de unos incómodos segundos—. Tú y yo... somos amigos...

—Lo sé. —Él se acercó a ella y acarició su mejilla con la yema de sus dedos. Con delicadez, como si quisiera guardar ese tacto para siempre en su piel. Le sonrió—. No tienes por qué preocuparte por nada, yo... yo te dije que siempre te iba a cuidar y a proteger. Y pienso cumplirlo, pase lo que pase.

Se acercó para abrazarla. Ella aún no era capaz de decir nada, solo se movió para corresponder aquel abrazo.

—Vamos, no te quedes en silencio por favor —le suplicó David.

—Lo siento, es solo que no esperaba que la conversación fuera a cambiar de forma tan radical. —Zoe se permitió reír un poco y bromear sobre el

asunto.

—Supongo que no he podido resistirlo, me he sentido un poco amenazado.

—¿Amenazado? —Zoe se apartó un poco para mirarle, alzó una ceja.

—Sí, no sé qué me pasa. El solo pensar en que él te puede caer bien... —Si tenía que confesarse, David quería hacerlo de todas las formas posibles—. Lo siento. Es que no puedo mirar a la cara a alguien que ha hecho tanto daño a la persona que más quiero.

Las manos de Zoe se deslizaron por los brazos de su amigo, dio con sus manos y las cogió con fuerza. Negó con la cabeza.

—Al final, él no es el culpable de lo que pasó. Tienes que comprenderlo, David.

—Lo sé...

—Compartiste una cerveza con él, ¿verdad? —Vio cómo David asentía—. Hablaste con él, y seguro que sientes una gran rabia por dentro porque has comprendido que en realidad no puedes odiarle. Por más que quieras, no puedes. Y yo tampoco puedo. Llegará un momento en el que le conoceremos mejor y sabrás que incluso esa es una carga que a Noah le va a acompañar para siempre. Para él tampoco es fácil.

—Pero él no perdió a nadie. Tú sí, nosotros sí. Y... por todos los dioses, como vuelvas a pasar por algo malo juro que seré capaz de matar a cualquiera.

Zoe suspiró.

—Ya soy mayorcita y sé bien qué me hago, sé por qué estoy aquí. Por qué lo estamos los dos, y sé por qué ahora podemos seguir adelante. Sabes que estoy contigo. —Miró a David con fijeza—. Pero no puedo ayudarte a ser mala persona con Noah cuando no se lo merece.

Dejó un beso en la mejilla de David y se separó para entrar hacia el salón.

—Piénsatelo. —Se giró para decir esa última palabra y se marchó de allí.

Abrumada, tal vez esa era la palabra que mejor definía la forma en la que Zoe se sentía en ese mismo instante. Apoyó su espalda en la puerta de su dormitorio cuando la cerró tras ella, el día había sido tan extraño que incluso pensó que estaría soñando. Pero no lo estaba, aquella era su realidad.

Su vida estuvo marcada por momentos de felicidad, tristeza, desesperación, lucha, valentía, recuperación, esperanza y otros miles de sentimientos que ahora chocaban entre sí en su interior. Cerró sus ojos intentando evadirse de sus pensamientos, pero en ellos apareció Noah. Ese agente del FBI valiente

que se había derrumbado delante de ella, entre sus brazos, como si fuera la persona más vulnerable del mundo. El corazón comenzó a latirle de forma nerviosa, se abrazó así misma intentando contener esos nervios que ahora recorrían todo su cuerpo. Él estaría descansando en la habitación de al lado.

¿Estaría despierto? ¿Qué estaría haciendo?

Preguntas a las que deseaba dar respuesta yendo a su dormitorio y sin más, compartiendo el tiempo a su lado. Negó con la cabeza.

—Zoe, deja de pensar tonterías...

Pero ¿lo eran?

Ver esa parte de Noah había despertado algo en ella, lo tenía muy claro.

«Solo te sientes sola —dijo de nuevo para sí misma—. Solo es eso... claro».

Se apartó de la puerta para ir hacia su cama. Juró haber escuchado cómo alguien llamaba a la puerta, no se equivocaba. No era una ilusión por más que hubiera creído que así era. Caminó entre la oscuridad y abrió ligeramente la puerta. Allí estaban, esos cálidos ojos casi del mismo color que la más oscura de las noches.

—Noah... —Su nombre apenas sonó en un susurro.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Zoe asintió y cuando él estuvo dentro cerró la puerta a sus espaldas. La miró en silencio. Apoyó las palmas de sus manos sobre la fría madera. Su espalda bajo aquella camiseta grisácea quedó apoyada también en esta, casi se podía escuchar que el latido de su corazón iba a toda prisa.

La miró.

Ella se acercó hasta quedar a unos pocos centímetros de él.

—¿Qué quieres...? —preguntó en voz baja mientras sus ojos grisáceos miraban a los de su compañero.

—No lo sé —confesó.

Porque lo cierto es que Noah no lo sabía. No sabía lo que quería, ni sabía por qué estaba en el dormitorio de su compañera cuando debería de estar durmiendo. Y tampoco sabía por qué se lanzó a hacer lo que hizo a continuación.

Llevó su mano derecha hacia Zoe para rodear su cuello y enredar sus dedos en aquel maravilloso cabello rubio. Se acercó despacio, en silencio, y dejó que sus labios rozaran los de ella. Ambos se quedaron inmóviles siendo

conscientes de que estaban disfrutando de ese simple gesto. Se separaron unos pocos milímetros dejando sus frentes apoyadas. Sus respiraciones se entremezclaron formando una.

—Noah... —Ella volvió a abrir sus ojos. No podía decir nada más—. Noah...

Volvió a repetir.

Y volvió a besarle, pero esta vez con la pasión y el deseo que había olvidado desde ya hacía años.

Se giró mientras seguía besándole. Llevó a Noah hacía la cama hasta que lo dejó tumbado boca arriba. Le miró mientras se quedaba a horcajadas sobre su cintura, sintiendo la mano de él sobre su mejilla mientras la acariciaba mirándola, en silencio. ¿Qué podían decirse? Ambos estaban seguros de que las palabras sobraban en ese instante. Zoe echó su cabello hacia un lado y se agachó para encontrarse de nuevo con los labios de su compañero.

No podía negarse a ellos.

No podía rechazar las caricias de un hombre que la necesitaba tanto como ella le necesitaba a él. Las manos de Noah caminaron por la espalda de ella dejándola desnuda, poco a poco, hasta que se deshizo de su camiseta. Se movió para quedarse sobre Zoe, dejando una pierna entre las suyas y deshaciéndose de la poca ropa que cubrían sus curvas. Su piel se erizo al notar el tacto de esas manos, unas manos que la hicieron ruborizarse de pies a cabeza mientras él seguía besándola. Desnudó a Noah, desesperada por sentir su cálido cuerpo sobre el suyo. Maravillada, llegó a sentir el latido de su propio corazón.

Él levantó su rostro para mirarla por unos segundos, siguió en silencio sin atreverse a decir nada.

—Solo sigue... —susurró Zoe.

Esbozó una maravillosa sonrisa que llegó directa al corazón de Noah. Con ese gesto había destruido cada una de las barreras que él había construido a su alrededor.

Acarició su cuerpo, llevando poco a poco su mano por este hasta enredar sus dedos en el cabello rubio, rozando con suavidad sus labios hasta que ambos se fundieron en un apasionado beso. Sus lenguas se saborearon una y otra vez, respirando con ansia, sin control. Las manos de ambos acariciaban al otro como si fuera lo último que iban a hacer para el resto de su vida. Los suspiros se convirtieron en gemidos apasionados.

Los besos, las caricias, sus movimientos... todo en Noah era adictivo, seductor y calmado a la vez. Zoe llevó sus manos a la nuca de su compañero para atraerlo hacia ella y sentir con más profundidad sus besos. Acarició con una mano toda su espalda hasta llegar a la zona de sus caderas, donde rozó su piel con suavidad. La piel de Noah se erizó, hundió su rostro en el cuello de Zoe para dejar un delicado beso y varias mordidas, ella rio con delicadeza por las cosquillas que había sentido. Él no pudo evitar seguir maravillado con la mujer que ahora mismo sucumbía a sus deseos.

Todavía no podía explicar cómo había acabado en su dormitorio, pero sí sabía una cosa. No se arrepentía.

En mitad de la pasión que ambos estaban compartiendo, Zoe se movió para dejar a Noah tumbado sobre la cama y quedarse sentada sobre él. Su cabello rubio caía a los dos lados de su rostro dándole una belleza indescriptible. Noah no pudo resistirse, apoyó sus manos sobre la cama y se alzó para besar los labios de la que ahora se había convertido en su amante, una mujer increíble y apasionada. También estaba seguro que era una mujer con un corazón maravilloso. Se lo demostraba en cada beso y en cada caricia, incluso con cada movimiento de caderas que daba, logrando que se sintiera más y más en su interior. Ambos se estaban poseyendo con deseo, ahogando sus gemidos entre sus labios durante aquellos apasionados besos... Noah se aferró con sus manos a la espalda de ella dejando besos por su cuello, hombro, pecho...

Se movieron en sintonía hasta que ambos llegaron a ese maravilloso éxtasis, quedando exhaustos y casi sin aliento. No se sintieron como dos extraños, Noah se alegró de poder rodear entre sus brazos a Zoe en un tierno abrazo mientras sus respiraciones se recuperaban y la sonrisa llegaba a dibujarse en sus labios.

—No sé qué decir... —confesó ella después de lanzar un largo suspiro.

Los dos podrían jurar que aquello había sido lo más extraño que les había pasado en la vida. Cruzaron la línea del odio para acabar haciendo el amor como si se hubieran deseado desde hacía años.

Noah se volvió un poco para poder mirar a los ojos a Zoe.

—Yo... —Sintió cómo su corazón latía con fuerza. Cómo en su estómago ya se encontraban esas mariposas revoloteando por la emoción—. Eres una mujer maravillosa.

«Eres una mujer maravillosa». Zoe no fue capaz de responder aquello antes de que Noah cayera dormido a su lado mientras seguía rodeándola con sus

brazos. Ella no podía dejar de sonreír y de pensar en todo, su mente estaba repleta de cada una de las caricias que Noah le había dedicado, de aquellas escasas palabras que se dijeron el uno al otro mientras no podía parar de sentirse.

Y por primera vez sintió el revoloteo de ese sentimiento que da paso a un miedo aún más atroz. El miedo a empezar algo que no acabe como a ella le gustaría.

Se giró para mirar a Noah, su rostro expresaba tranquilidad mientras dormía. No roncaba, solo se oía una ligera respiración a través de sus labios entre abiertos. Zoe rozó con la yema de sus dedos la mejilla que había estado cubierta con aquella densa barba, y sonrió, de la forma más sincera desde hacía muchos años. Desde que decidió dejar su corazón en el olvido. Una vez más se demostró a si misma que había sido un completo error odiar a Noah.

Se acercó en silencio hacía él para dejar un delicado beso sobre sus labios.

—Duerme bien —susurró.

Dejándose llevar después por la oscuridad de la noche.

Las sonrisas, los gestos, incluso las miradas eran ya tan cómplices entre Zoe y Noah que a veces ya no era necesario que hablaran. Después de aquella fantástica noche él se había levantado más temprano de lo habitual para evitar que fueran la comidilla entre sus compañeros. Preparó algo de desayunar y después se dedicó a hacer lo de todos los días.

Uno tras otro hasta que pasó una semana y comprobaron que era habitual que los miembros de los Wildhunde acudieran a esa cafetería para desayunar.

—Llevad cuidado y procurar que nadie se dé cuenta de por qué estáis allí en realidad.

Noah fue el que se encargó de dar las últimas instrucciones a sus compañeros. Él, junto a David y Zoe, saldría a la calle esa misma mañana para comenzar a darse a conocer por la ciudad y reafirmar su coartada como amigos de los Figueroa.

—Sería genial que lleváramos uno de esos micrófonos que vosotros usáis a menudo —protestó Jeremy—. Tanta preparación y yo siempre tengo que trabajar con las cosas en casa.

—Imagina que se dan cuenta o que pasa algo y os cachean, no queremos tirar toda la misión por la borda casi sin haberla empezado, ¿no?

—Noah tiene razón —interrumpió David—. Ante todo, sigilo. Además, se supone que vosotros no tenéis ningún tipo de contacto con nosotros. Así que procurad hacerlo bien y sobre todo haced ver que vais a tomar un simple café.

—A eso lo llamo yo meter presión. —Danny esbozó una sonrisa y todos se echaron a reír.

Hacía apenas una hora que había amanecido en Berlín y la ciudad ya estaba pintada por el cielo azul y las nubes blancas que se paseaban en sintonía por el este. El reflejo del sol dejaba las sombras de los árboles y las personas sobre el asfalto de la calle, y los pájaros cantaban como si dieran la bienvenida al mejor de sus días.

Danny y Jeremy se habían marchado y los demás decidieron empezar con su trabajo.

«Demonios, deberías de dejar de llevar esa ropa...». Los ojos de Zoe solo

tenían visión para Noah vestido con unos *jeans* ajustados de color gris oscuro y una sencilla camiseta blanca con cuello de pico que se acoplaba a la perfección a su cuerpo.

¿Cómo era posible que todo hubiera cambiado de forma tan radical?

—¿Lista? —David se puso a su lado, no tuvo más remedio que volver a llamar la atención de su amiga al ver que no contestaba. Le golpeó el brazo—. Zoe, ¿lista o qué?

—Oh sí, perdona, estaba dándole vueltas a lo que tenemos que hacer los próximos días.

Noah volvió de la cocina después de beber un poco de agua. Sin saber cómo ese simple gesto había parecido a Zoe de lo más sexy.

—Yo ya estoy, vamos a ello chicos. —Sonrió mirando a Zoe.

Era una sonrisa que ella ya conocía a la perfección.

Todos asintieron y se marcharon de casa. Caminaron en tranquilidad por las calles como si simplemente estuvieran paseando y compartiendo un poco de su tiempo. David metió sus manos en los bolsillos de su pantalón formal, en los últimos años se había acostumbrado tanto a llevar traje que solo se lo quitaba cuando era necesario.

Como era costumbre en él, llevó a Zoe hacia su terreno. Ahora Noah caminaba unos pasos más atrás, observando. Veía en el perfil de ella esa mágica sonrisa, el brillo de esos ojos azules que en la oscuridad se volvían grisáceos. Sintió que quería conocerla a fondo porque tenía la sensación de que solo había conocido una pequeña parte de su ser, y seguro que Zoe tenía mucho más que ofrecer.

«¿Cómo puedo estar haciendo esto?», se preguntó para sí mismo.

Hacía solo tres meses que había llorado por la muerte de la persona más importante de su vida. Porque en el fondo sabía que la había querido incluso cuando ya no era esa mujer de la que se enamoró.

Pero Zoe... era tan diferente... y a la vez tan parecida a él... Desde aquella noche había deseado colarse en su habitación día tras día para besar esos magníficos labios y compartir caricias entre la suavidad de sus sábanas. Y día tras día se odió por no haber tenido la oportunidad de sentir de nuevo aquello. Habían sido pocos los besos y caricias que habían compartido a escondidas de todos. Noah se dio cuenta de que no podía estar un segundo más sin volver a sentirla.

—Deberíamos de ir a un restaurante tú y yo. No sé, como solíamos hacer en

Nueva York. —David miró a Zoe y sonrió—. Después de la otra noche no hemos tenido ningún momento en tranquilidad para hablar.

—¿De qué quieres hablar? Recuerda que fuera de nuestro apartamento eres mi hermano y dentro de él...

—Soy tu mejor amigo, no lo olvido —confesó él con tranquilidad—. Y por eso quiero que vayamos a cenar, te echo de menos, Zoe. Te he echado de menos durante todos estos días.

Noah puso los ojos en blanco, era imposible evitar no escuchar esa conversación. Negó con la cabeza mientras les miraba todavía en silencio.

—David, tenemos trabajo que hacer —protestó ella una vez más.

—Vamos, solo una cena. Me centraré, lo prometo. —David se paró en seco para decir aquellas palabras acariciando los brazos de su amiga.

—Si vais a estar en plan tortolitos mejor iros a casa, descentráis a cualquiera. —Noah pasó por el lado de ambos y siguió caminando sin más.

No se dio cuenta de que había actuado como si estuviera celoso porque invadieran su terreno.

—¿Qué coño le pasa a este? —David vio cómo se alejaba con claro gesto de desprecio.

—No lo sé... déjalo.

Pero Zoe sí que lo sabía.

¿Acaso podían ser celos? Esa reacción solo podía ser provocada por algo así. Puso su mano sobre el hombro de su amigo y siguieron caminando por las calles de la zona este de Berlín. Noah no dijo nada más en toda la mañana, ni siquiera les miró, tan solo se dedicó a hacer su trabajo en silencio. Totalmente concentrado en eso y en nada más. Nada más que no fuera Zoe, claro.

«Maldita sea, no entiendo cómo puede aguantarle», se dijo Noah.

No hacía más que protestar hablando consigo mismo sobre qué podría o no hacer. Tenía claro que a David le gustaba ella, y quedaba claro con cada gesto o palabra que este dedicaba a su amiga. No había más que verle, todo el día preocupado por lo que pudiera o no hacer Zoe. Recordó las palabras que David le había dicho aquella noche, hizo un chasquido con su lengua e intentó olvidarlo.

Pero no podía.

No podía dejar de pensar en cómo se había sentido al lado de esa mujer que había conseguido abrir partes de su corazón que pensó quedaron cerradas para

siempre. La delicadeza de sus labios, de sus caricias. La calidez de su mirada, todo le había impactado hasta niveles insospechados. Le gustaba, adoraba hablar con ella y estaba empezando a amar cada uno de los minutos que pasaba a su lado.

¿Ella pensaría igual? ¿Estaría sintiendo lo mismo?

Cómo le gustaría poder tener algo de privacidad a su lado. Y, sin embargo, ahí estaba, con las dudas de qué pasaría en los próximos días. Estaban en una especie de juego en el que más valía esconderse a decir las cosas con claridad y, para su propia desgracia, Noah sabía que él no era esa clase de persona. Pero todo había pasado tan rápido que no podía imaginarse qué podría ocurrir en los próximos días.

—Noah. —La voz de Zoe aún no había llegado a sus oídos—. ¡Noah!

Dio un sobresalto y se giró.

—¿Qué pasa?

—David y yo vamos a tomar algo, ¿vienes? —Ella estaba parada al lado de su amigo con las manos en los bolsillos, esperando por una respuesta que no parecía llegar—. Es momento de tomar un poco de aire.

—No, gracias —respondió Noah con firmeza, incluso con indiferencia—. Prefiero seguir paseando por aquí a ver si puedo sacar algo en claro. Nos vemos en casa después.

—Está bien...

Noah retomó su camino.

—Este tío puede deprimir a cualquiera. Ni que le hubiéramos hecho algo —David protestó y después le dedicó una sonrisa a Zoe—. Igual mejor así, podemos retomar la charla que te había comentado antes sobre salir a cenar.

—Claro. —Ella asintió.

Giró su rostro para ver cómo Noah se marchaba ya a sus espaldas.

Él acabó yendo a ninguna parte. Se perdió por las calles de la ciudad, caminó y siguió caminando. Como era costumbre en Charles, le llamó antes de ir a dormir y finalizar su jornada de trabajo o comenzarla en mitad de la madrugada. Todo iba bien, los Figueroa seguían colaborando y serían presentados ante la banda en Berlín. Con suerte en unas cuantas semanas habrían obtenido la información necesaria para poder acabar con ellos, al menos si no cometían ningún error.

Aunque él mismo se ocuparía de que no pasara, no después de experiencias

pasadas.

Algo que se le había quedado grabado en la memoria por y para siempre.

Pasaron un par de horas y llegó a casa para encontrarse con Jeremy y Danny compartiendo un par de cervezas y unos cuantos *snacks* que tiempo atrás habían sido imprescindibles para Noah.

—¿Cómo ha ido? —les preguntó nada más llegar.

—Estos tíos se creen que se han hecho con la ciudad —protestó Danny—. Detesto a la gente que se da aires de grandeza, eso sí, para hablar en clave no tienen ni puta idea de las cosas que revelan.

—Y, ¿adivina con quién se han puesto en contacto los pasados días?

—¿Con los Figueroa? —Noah miró a Jeremy y vio cómo este sonreía de oreja a oreja—. Vaya, estoy impresionado.

Noah fue a la cocina para coger un botellín de cerveza. Por su gesto nadie hubiera averiguado que hacía unos pocos minutos atrás sus pensamientos estaban por completo puestos en otra persona. En esos ojos grisáceos, esos labios finos y rozados, esas curvas, la suavidad de esa piel, el brillo de su cabello...

Todo era Zoe.

—Según Jeremy, que es el experto en estas cosas —continuó Danny después de beber un buen sorbo de su cerveza—, van a tomar contacto de nuevo con ellos en los próximos días para que Raúl les dé la información sobre unos traficantes de armas que conoce. Al parecer Charles ya ha presionado a los hermanos para que nos den a conocer. Por todos los dioses, si hubieras visto la emoción de sus caras te habría impactado, colega.

—Eso es bueno, pero no nos equivoquemos. Aun así, tenemos que llevar mucho cuidado con ellos. Cualquier pequeño error puede suponer que fallemos en la misión, y peor aún, que pongamos nuestras vidas en peligro.

—No te preocupes tanto Noah —añadió Jeremy—. Sois agentes expertos y aunque no lo parezca en algunas ocasiones, David es muy competente.

—Por cierto, ¿dónde están él y Zoe? —preguntó Danny.

Noah no pudo hacer otra cosa que suspirar.

—Se han marchado a tomar algo juntos, creo que tenían cosas que hablar.

—No sé por qué, pero creo que David por fin se ha decidido. —Danny miró a sus compañeros—. A declararse quiero decir, lleva años enamorado de ella, creo que incluso antes de que pasara lo de Arizona.

Miró a Noah antes de continuar.

—Supongo que tú no conoces su historia.

—Soy nuevo aquí —añadió este—. Pero la verdad es que no me interesan demasiado esas cosas, prefiero quedarme apartado de las historias sentimentales dentro del ámbito del trabajo.

Mintió. Ni él mismo podía creerse las palabras que acababa de pronunciar.

—Y dime, Danny —dijo Jeremy—, ¿qué teoría tienes para decir eso?

—No es ninguna teoría, David me lo contó hace tiempo. Hace muchos años que nos conocemos, pero el caso es que él siempre ha sido de esos que prefiere proteger a la persona y no arriesgarse para evitar perderla. Claro, que ha pasado ya tanto tiempo que supongo que es difícil para él, y al menos querrá intentarlo.

—Pues ya puede elegir bien las palabras, porque conociendo a Zoe puede que su respuesta sea un puñetazo en la cara. —La cara irónica que Noah puso al decir aquella frase provocó la risa de los demás—. En fin, habéis hecho un excelente trabajo. Habéis llevado cuidado, ¿verdad?

—No te preocupes, de lo único que hablamos en el rato que estuvimos en el restaurante fue de ligues y noches de juerga. Acorde a la edad de Jeremy.

—Vete a la mierda —protestó este mirando a Danny.

—Ya tengo ganas de que empiece la acción.

Aquella confesión por parte de Noah era cierta. Necesitaba sentir la calidez de su arma entre las manos, la excitación de luchar contra alguien o tan solo entrenar. Para él la parte más aburrida de una misión era el comienzo, hasta que no dabas los pasos necesarios para empezar con la verdadera misión. Era un sentimiento que no podía evitar. Y sin saber cómo, su mente volvió a Zoe, preguntándose cómo sería para ella hacer ese trabajo.

—Bueno chicos, creo que será mejor que prepare algo de comer, ya que la cocinera no está... —dijo Noah levantándose del sofá—. Y no me apetece volver a comer pizza.

Cocinar le relajaba, liberaba sus pensamientos.

Ni siquiera se dio cuenta de cuando llegaron David y Zoe, aunque si lo hubiera hecho tampoco tenía ganas de mostrarse simpático con ella, mucho menos con él. Cerró sus ojos con fuerza, había olvidado cuándo fue la última vez que comenzó a comportarse como un idiota. También se dio cuenta de que no podía evitarlo, de que había algo en su interior que le decía que siguiera adelante, que no se rindiera, que terminara por abrir su corazón.

—Tú y yo tenemos que hablar, y da gracias de que ahora mismo no podemos, si no tendrías problemas. —Zoe se acercó a él como si fuera un torbellino.

Noah apenas giró su rostro, pero sabía que ella tenía la misma mirada que aquel día de entrenamiento.

—Cuando quieras... —se limitó a responder él.

Logró que Zoe pusiera los ojos en blanco. Si hubiera sido por ella, le habría dicho a Noah algunas cosas muy claras.

—¿Saldréis a cenar hoy? —Fue después de esa pregunta cuando Noah la miró—. Lo digo para no molestarme en preparar algo de cenar.

—¿De qué vas? —Zoe bajó el tono y miró a su alrededor para comprobar que nadie los veía—. ¿Acaso te molesta?

—Para nada, era una pregunta tan simple como la comida que estoy preparando.

—Muy bien. —Zoe estaba a punto de marcharse, pero lo cierto es que le hubiera gustado quedarse para dejarle unas cuantas cosas claras—. Sí, vamos a cenar, así que no cuentes con nosotros.

—Eso creía, seguro que lo pasáis genial.

«¿Se puede ser más imbécil?, vale Zoe, déjalo. Cálmate y márchate, porque terminarás partiéndole la cara de nuevo. Y no es lo que quieres, ¿verdad? O tal vez sí... porque, por todos los dioses, a veces es insoportable».

No le dijo nada más. Se dio media vuelta y fue hacia el salón donde estaban el resto de sus compañeros. Él se quedó en el mismo lugar donde estaba. Cocinando y maldiciéndose por dentro una y otra vez, aunque no sabía si era por su propia actitud o porque esa misma noche, como ya había previsto, Zoe y David saldrían a cenar.

—Maldita sea... —susurró en voz baja mientras dejaba que el aroma a comida se introdujera a través de todos sus sentidos.

—¿Noah? Bueno, ahora está cocinando.

A última hora de la mañana de Berlín era Zoe la que había recibido una llamada por parte de Charles. Siempre habían sido tan cercanos que casi se comunicaban a diario salvo que estuvieran muy ocupados, y Zoe podía agradecer tener a alguien a quien consideraba su padre de una forma tan

cercana. En la terraza había un sol más que espléndido, y si no hubiera sido por la última conversación que había tenido con Noah, el día habría sido más que perfecto.

—Entonces, ahora os lleváis mejor, ¿no? —le preguntó Charles al otro lado del teléfono.

«Si él supiera...», pensó Zoe.

—Sí, todo está arreglado, no tienes por qué preocuparte. Al final es el tiempo el que pone todo en su sitio, para mal y a veces, por suerte, para bien. Me alegro de que hayamos hablado y aclarado todo.

Y por supuesto, también agradecía aquellos besos, caricias, la forma en la que le hizo el amor... Aunque minutos atrás hubiera sido el estúpido más arrogante del mundo.

—Por cierto, creo que no tengo que informar de ello, pero los chicos consiguieron averiguar que los Wildhunde ya quieren ponerse en contacto con Raúl de nuevo para hacer las presentaciones.

—Estamos informados —añadió Charles—. Todo va según lo previsto y no puedo estar más contento. Pero ya sabéis que es ahora cuando todo se pone más serio.

—No te preocupes, llevaremos cuidado. Hemos estado echando un vistazo a las calles, las zonas y cómo actuar en la ciudad, vamos... cómo hacernos notar, así cuando conozcamos a los de la banda ya seremos un poco conocidos por aquí.

—Ese siempre ha sido un buen plan. Hacerse con la ciudad y los conocidos a través de las calles, para que cuando tomen contacto contigo no crean que has dejado todo de repente y sin apenas haberte preocupado por nada más.

—Aunque no entiendo por qué los europeos funcionan así. Son demasiado complicados —protestó Zoe.

—Todos tienen su forma de actuar. Pero bueno, mientras vaya bien... —Charles sonrió al otro lado del teléfono—. Bueno, Paul ya está preparado para formar parte del equipo de contacto así que pronto tendréis noticias. Cuídame a Noah, a los demás y, sobre todo, cuídate tú.

—Lo haré. Te quiero, Charles.

—Y yo a ti pequeña —respondió este antes de colgar el teléfono.

Zoe sonrió y vio que la mesa ya estaba preparada para comer. Si hubiera sabido la tensión que iba a haber entre ella y Noah minutos después... El agente del FBI no abrió la boca durante toda la comida, ni siquiera para

preguntar qué les había parecido su cocina, como solía hacer.

Ella se dio cuenta de cómo se había comportado él desde que le escuchó hablando con David por la mañana.

Nunca le había gustado que la juzgaran y menos que se creyeran que ella era posesión de alguien solo porque se había acostado con esa persona. Claro que ella sabía muy bien cuáles eran los sentimientos que recorrían su interior y, al igual que Noah, había deseado noche tras noche encontrarse de nuevo entre sus brazos. Miró de un lado a otro antes de cruzarse con la mirada de David, como si quisiera descifrar todo lo que había en su interior. La de él era una mirada sincera, y también enamorada.

Tal vez Zoe sabía ese hecho desde hacía ya muchos años.

«Esta noche lo haré, tengo que declararme, aunque me caiga a una piscina vacía».

David recordó las palabras que le había dicho Zoe aquella noche mientras que la brisa y la oscuridad les cubrían por completo: «somos amigos...», y a pesar de eso creía en sus posibilidades, la conocía mejor que nadie y sabía que podría hacerla feliz.

Sus sensaciones eran maravillosas. Las de Noah no eran tan buenas esa noche, observó a Zoe antes de que David y ella se marcharan de casa. Se vistió con un sencillo vestido blanco de coctel que le llegaba a la altura de las rodillas, con manga hasta la muñeca dejando entrever un poco su escote. Estaba preciosa, más aún con su cabello cayendo sobre los hombros y ojalá hubiera sido él mismo quien pudiera acompañarle a cenar. Celos, celos y otra vez los celos recorriendo sin control todo su interior.

—Pasadlo bien —se despidió Noah, con un tono dulce de voz mirando a su compañera.

David se acercó a él antes de marcharse. Noah tenía que reconocer que el traje y camisa le quedaban de maravilla. El de ojos verdes fue hasta su oído y susurró:

—Deséame suerte, porque hoy espero que sea el inicio de nuestra relación... —Se separó, le miró con una sonrisa dibujada en sus labios y puso su mano en el hombro de Noah—. Buenas noches.

—Adiós...

Se quedó paralizado, completamente paralizado. Noah maldijo a su compañero una y otra vez por permitirse torturarlo. Cerró sus puños con fuerza y deseó gritarle que hacía apenas unas noches atrás él había sido el que amó a

Zoe. El que disfrutó de sus caricias y sus labios.

Pero la puerta del apartamento se cerró dejándole en completa soledad en medio del salón, a pesar de que Danny y Jeremy estaban allí.

—Chicos, voy a salir...

Minutos después se había puesto su ropa deportiva, necesitaba correr y dejar atrás sus pensamientos a pesar de que sabía que no iba a ser posible.

—Ten cuidado Noah, es tarde —le advirtió Jeremy.

—No te preocupes.

Puso su reproductor en marcha, esta vez era *Strip Me*, de Natasha Bedingfield la que inundó todos sus sentidos. Parecía que su vida girara entre un millón de canciones que describían a la perfección su situación personal.

Cada minuto que pasaba corría más y más rápido, dejando que el sudor se presentara en todo su cuerpo y su aliento dejara un vaho que se entremezclaba con el frío de la noche. Recorrió calles, barrios, cruzándose con decenas de personas, coches e incluso animales que vivían su vida sin saber si quiera cómo él se sentía por dentro.

Su mente se imaginaba a David sonriendo a Zoe, cogiéndola de la mano, declarándose, besándola, haciéndole el amor, cumpliendo su sueño... Le dolía, le dolía demasiado la sensación de sentir que estaba perdiendo una batalla que había empezado sin apenas darse cuenta.

El ritmo de sus piernas marcaba el paso de su respiración, su cuerpo se movía a un ritmo increíble y ojalá hubiera logrado cumplir el objetivo de olvidarla durante esa noche. Pero Noah solo podía pensar en una cosa...

Quería ser él quien hiciera todas esas cosas con Zoe, aunque la vida estuviera empeñada en ponerles miles de obstáculos por delante.

El momento que tanto habían esperado durante días había llegado. La noche anterior, justo dos después de que David y Zoe salieran juntos, habían recibido instrucciones para encontrarse con los Wildhunde. Si hubieran dicho que no estaban nerviosos ante tal encuentro, sería una completa mentira. Pero al menos Noah podía agradecer empezar con lo que de verdad le gustaba de ser agente.

Su actitud había cambiado por completo, hacía su trabajo, daba instrucciones y consejos sobre la misión a sus compañeros... Pero ya no había vuelto a hablar con Zoe, al menos de la forma en la que lo había hecho en días pasados.

Decidió que era hora de terminar con eso y dejar de sentirse mal.

«Noah, ¿podemos hablar?», le había preguntado Zoe un par de veces. El trabajo o salir a correr habían sido la excusa perfecta de Noah para negarse, o un simple «no me apetece». Ella era consciente de lo que pasaba y lo odiaba por ello, porque no tenía ningún motivo para sentirse así. David sin embargo parecía la persona más feliz del mundo y quizás eso fue lo que más cabreó a Noah, porque creía con firmeza que todo estaba perdido para él. Solo había que ver la complicidad que había entre él y Zoe, pero no estaba dispuesto a pasar por el mal trago de tener esa conversación con ella.

—Que alguien me explique por qué han elegido este lugar para que nos veamos. —Jeremy bebía cerveza mientras repasaba una y otra vez en el ordenador los planos del lugar donde irían.

—Porque ese día estará repleto de gente. Creo que todos los viernes se organiza una fiesta en el *hall* del hotel —respondió Noah mientras miraba los planos con su amigo.

El lugar en concreto era el Westin Grand Hotel de Berlín. Un lugar repleto de lujo y donde se organizaban veladas dignas de los más altos mandos de la ciudad. También un lugar elegido de una forma más que inteligente, en su propio terreno, sin dar lugar a que Noah y los demás se sintieran libres de hacer lo que quisieran.

—Imaginaos por un momento qué podría pasar si ellos se dan cuenta de que

les estamos engañando. No sería difícil poner en peligro a toda la gente que acudiera a la fiesta del hotel, sean o no importantes en Berlín u otros lugares. —Noah se giró para mirar a todos sus compañeros—. Tenemos que revisar muy bien todos nuestros perfiles, alias, comportamiento... no quiero que se nos escape nada.

—En serio, ¿quién te ha puesto al mando? —protestó David—. Porque no necesito a alguien que sea tan negativo. Sé lo que tengo que hacer.

—Muy bien, David, si eres tan inteligente organiza tú todo, veremos a ver cuánto tardan en matarnos los Wildhunde. Para que te quede claro, no son nuevos en esto.

David iba a volver a protestar, pero Zoe puso una mano sobre su pecho.

—Dejadlo ya y centraos, Noah tiene razón. No han elegido ese lugar por casualidad.

Tuvo que volver a escuchar el chasquido de lengua de David indicando el desacuerdo que había por parte de él hacia Noah. Pero ambos procuraron ignorarse desde ese momento.

—Además, si pensáis un poco en ello, es nuestro primer encuentro con los miembros de su banda. No nos darán la oportunidad de conocernos en un ámbito más tranquilo donde podamos estar seguros.

—Si hasta las invitaciones son pijas. Jamás había visto algo así. —Danny alzó las tarjetas de color beige con letras en dorado—. Ahora os toca elegir un *look* acorde, menos mal que yo no me ocupo de las misiones de campo.

La cara de Danny provocó la risa de todos. Tenían día y medio para prepararse y saber cómo actuar. Día y medio para comenzar con lo más importante de su misión, y para volver a estar lo suficientemente ocupados como para que Noah no se diera la oportunidad de llevar sus pensamientos a otra parte.

Y día y medio también para que Zoe lograra encontrar alguna oportunidad para hablar con él y decirle todo lo que necesitaba decir.

Noah arreglaba su corbata de color gris claro. Para la ocasión había elegido un traje del mismo tono, pero oscuro para acompañarlo con un chaleco y una camisa a juego. Puso un pañuelo en el bolsillo de la chaqueta y por último se calzó con unos zapatos negros. El pelo le había crecido un poco así que lo

peinó hacia atrás con delicadeza y sencillez, no le gustaban esos looks en los que se llevaba el pelo engominado y aplastado. Usó un poco de perfume y dio el toque esencial al traje con unos gemelos que en el pasado habían sido de su padre.

Estaba nervioso, por la misión y por vivir un momento así con Zoe, en el que tendrían que mostrarse con algo más de naturalidad. Una cercanía que habían perdido con el paso de los días.

Se imaginó cómo podría ir vestida y cuando la vio supero todas sus expectativas. Llevaba un vestido no muy despampanante y a la vez pasional, había elegido el rojo para esa noche, un color que resaltaba el brillo de su piel. De tirante ancho y con escote largo de pico, el vestido dejaba ver una de sus piernas. Sencillamente... estaba preciosa.

—Bueno, ¿todo preparado, chicos? —Noah decidió distraer sus propios pensamientos—. Dime que ves todo con claridad, Jeremy.

—Sí —respondió este moviendo su cabeza—. Aunque no podáis llevar micrófonos y tampoco podáis escucharnos estáis totalmente vigilados. Ya sabes que si recibes la llamada de Danny hay problemas. Si no, os dejaremos toda la libertad necesaria para la misión.

—Genial, gracias.

—Vaya, señorita Cassidy, está usted preciosa. —David fue hacia el salón y no evitó sentirse maravillado por la belleza de ella pronunciando su alias—. Eclipsarás a cualquiera que ose ponerse a tu lado.

—No exageres, David —protestó ella.

Noah puso los ojos en blanco. A veces David se ganaba sus deseos de partirle la cara. Él había elegido un sencillo traje negro con camisa blanca y pajarita oscura, las pajaritas siempre habían sido su opción preferida.

—Ahora sí que estamos listos —dijo Jeremy. Se levantó para dar las invitaciones a sus compañeros—. Llevad cuidado.

—No te preocupes —añadió Noah.

Fue a coger su cartera y esperó a que David y Zoe estuvieran listos para marcharse. El tráfico era denso como cada viernes en la ciudad; tardaron unos minutos en llegar, pero cuando por fin lo hicieron observaron el asombroso ambiente que había a las afueras del hotel. Se llevaron el Mercedes negro para aparcarlo y los tres entraron juntos hacia el *hall*. La iluminación se entremezclaba a la perfección con la música, miraron a su alrededor para ver cómo muchos ya estaban bailando y otros disfrutaban bebiendo o simplemente

hablando.

—¿Listos? —Noah se giró para mirar a sus compañeros y ver cómo asentían.

Caminaron hacia la zona del bar, observaron durante unos minutos y vieron a un hombre que se ajustaba a las características que les habían descrito cuando recibieron el informe. Noah fue el primero que se acercó.

—Me vendría bien un poco de vodka, hace una noche estupenda —dijo.

—Totalmente de acuerdo, una copa para el caballero.

El hombre alzó su mirada. Con los ojos de un intenso azul, tenía el cabello castaño claro y barba de unos cuantos días. A simple vista no parecía el delincuente que todos habían descrito. Noah observó su mirada discreta y su sonrisa complaciente, mientras el hombre estiraba su brazo para entregar su mano y saludar.

—Kristoff —le dijo a Noah.

—Charlie. —Noah pronunció el nombre del alias que le habían otorgado para la misión. Miró a sus espaldas para cruzarse con la mirada de sus compañeros—. Ellos son Anna y Michael Cassidy, llevan trabajando conmigo desde hace un tiempo.

El miembro de los Wildhunde los miró y sonrió asintiendo. Después hizo un gesto para que se acercaran y se pusieran a su lado.

—Podéis pedir lo que queráis, invita la casa.

Zoe observó al hombre con traje oscuro, llevaba la camisa del mismo color negro y, al igual que Noah, pensó que no parecía ser lo que era. Aunque la experiencia siempre le había demostrado que no podías fiarte de nadie.

—Raúl me ha hablado muy bien de vosotros. —Con la copa entre sus dedos, Kristoff miró a Noah—. En este trabajo, hoy en día, es difícil creerse que una banda sin tener demasiada experiencia en el mercado de Estados Unidos haya crecido tanto. Pero siempre he confiado en la palabra de los Figueroa, así que, si él dice que sois buenos, seguro que es así.

—A mi jefe no le gusta alardear de los logros que consigue, cree que así es más fácil que alguien no se lleve una decepción —respondió Noah.

—Tu jefe tiene razón. —El de ojos azules le miró con intensidad—. El mío es un poco hipócrita, pero como hasta él mismo lo sabe, no me cortará la lengua por lo que acabo de decir.

Todos rieron.

Kristoff tenía un claro acento alemán en su inglés y su forma de hablar transmitía un gran respeto.

—Vamos al grano —continuó—. Estamos buscando un buen proveedor, últimamente nos han decepcionado muchas personas y la verdad es que estamos un poco cansados. Nosotros vendemos las armas, pero por cuestiones personales nunca nos encargamos de hacerlas. No sé si me explico.

—Supongo que —Zoe fue la que interrumpió—, es mejor vender algo como intermediario a tener que ocuparse del montaje y la compra de piezas por separado a pesar de que salga más caro. Es una opción de seguridad.

Ella sonrió mirando a Noah y vio cómo él asentía.

—La chica tiene razón. —Kristoff alzó su copa—. Brindemos por ello. Supongo que os habéis ganado vuestro estatus por algo, ¿no?

—Nos ha costado, pero créame, señor Kristoff —dijo David—, no tendrá que devolver ni una sola arma.

—Vamos, no me llames de usted, tenemos casi la misma edad. Al igual que la experiencia, pero claro... cabe aclarar una cosa. —El Wildhunde esbozó una media sonrisa—: Si de alguna forma u otra nos falláis o intentáis jugárnosla, os perseguiremos hasta el fin del mundo y perderéis esas bellas cabecitas. ¿Queda claro?

Justo lo que habían pensado, bajo esa sonrisa se encontraba la personalidad de un hombre comprometido con su trabajo, un hombre que no dudaría en destruirles si fuera necesario.

—No tendréis que molestaros —aclaró Noah.

—Eso espero. Dentro de cuatro días nos veremos en nuestras instalaciones para que veáis cómo trabajamos y desde ese momento estaréis comprometidos a trabajar con nosotros al menos por dos años.

«¿Dos años?», David no pudo evitar sorprenderse.

—Así será. —La respuesta de Noah fue firme, tal y como debía actuar para la misión.

Ninguno tenía por qué sorprenderse, todo agente sabía que en esta clase de misiones podías estar años y años infiltrado en una banda hasta conseguir la oportunidad de detener a sus malhechores.

—Y ahora, podéis disfrutar del baile si os apetece. Yo, por desgracia, no tengo pareja.

—Y yo no tengo idea de bailar —dijo David—, así que prefiero tomarme

unas cuantas copas y disfrutar de la noche.

—A mí me encantaría. Charlie, ¿vienes?

Ahora o nunca, esa iba a ser la única oportunidad que Zoe tendría para aclarar las cosas con Noah.

Él no sabía qué responder.

—Anda ve, no te atrevas a rechazar a mi hermana si no quieres vértelas conmigo. —Fue David quien sentenció el ofrecimiento haciendo a la perfección su papel de hermano.

—Disfrutad del vodka —añadió Noah finalmente.

Cogió la mano de Zoe y despacio se dirigieron a la pista de baile. Él sabía muy bien lo que pasaría a continuación.

La música sonaba, apoyó una mano en su cadera y con la que le quedó libre cogió la de Zoe. Ambos comenzaron a bailar, se miraron en silencio, un silencio que ella no iba a tardar en romper.

—¿Ahora me vas a decir por qué de repente me odias tanto? —le preguntó con firmeza.

—No te odio —respondió Noah, esbozó una ligera sonrisa—. Me es imposible odiarte.

—¿Entonces? Porque creo que no te he hecho nada para que te pongas así conmigo.

Ambos se movían de forma delicada. David les miraba en la lejanía de vez en cuando sin poder intuir sobre lo que estarían hablando.

—No, tú no me has hecho nada... —soltó él en apenas un susurro.

—Vaya, el señor está celoso. —Zoe apenas sonrió, pero sabía que tenía toda la razón.

—Déjalo, no me apetece hablar de ello. Será mejor que hagamos nuestro trabajo y listo. —Lanzó un suspiro. Lo cierto era que Noah no quería darle más vueltas al asunto. No cuando podría salir dañado con todo aquello—. No quiero que nada me distraiga.

—Así que ahora ya no vamos a hablar porque tú te sientes así. Qué madurez, me sorprendes.

Aquella respuesta dio de lleno en el orgullo de Noah.

—Entonces no sé ni para qué te preocupas por tener esta conversación conmigo, no va a llevar a ninguna parte.

—Tengo esta conversación porque pensaba que tú y yo teníamos una

conexión, que nos entendíamos y hacía tiempo que no sentía algo así con nadie, a pesar de todas las circunstancias... —Zoe alzó su mirada para cruzarse con los ojos de su compañero.

—Y por eso corres a los brazos de él, ¿no? —respondió Noah con firmeza—. Hacéis una buena pareja, por cierto.

—¿¡Qué!?! —Zoe puso los ojos en blanco, sorprendida, y después se echó a reír—. Él y yo no estamos juntos. La otra noche me dio buenas razones para que saliéramos, pero nunca he sentido nada por el más allá de la amistad, y jamás lo haré.

—Entonces... ¿por qué estáis tan bien?

—Porque él es así, hace mucho que nos conocemos y somos amigos. —Ella sonrió mirando a Noah—. Dijo que era mejor intentarlo y olvidarse de ese sentimiento a sentirse mal todo el rato y acabar perdiendo mi amistad. Yo elegí, él lo aceptó y seguiremos igual que siempre.

Noah se sentía la persona más estúpida del mundo. Había estado celoso durante días, con el claro deseo de marcharse de allí y olvidarse de Zoe para siempre, porque no podía convencerse de cómo en tan pocos días ella había conseguido poner toda su vida patas arriba.

—Lo siento —dijo él por fin. Jamás esa disculpa le había sonado tan sincera ante nadie.

—Me gustas, no sé cómo lo has hecho, pero me gustas —confesó Zoe mirándole a los ojos, agarrando la mano de Noah con fuerza. Sonriendo como nunca—. He estado pensando en aquella noche desde el mismo momento en que te separaste de mí al despertar. Me da igual lo que pase, me da igual lo que haya pasado entre nosotros... solo sé que me gustas. Y no quiero perder la oportunidad de conocer cada cosa que hay en ti.

El eco de una nueva canción llegó hasta sus oídos, la banda que tocaba aquella noche empezó a cantar *Love Someone*, de Jason Mraz. Noah sonrió, no se había equivocado al pensar que toda su vida parecía estar destinada a cada una de esas letras.

—Eres preciosa —le dijo a Zoe.

La hubiera besado en ese mismo instante, y se odió por no estar en un lugar donde pudiera hacerlo, sin tener que preocuparse por nada más.

—No vas a perder la oportunidad porque yo tampoco lo voy a desaprovechar —continuó él—. Me gustas incluso con tu mal carácter, así que a partir de ahora intentaré no enfadarte, prefiero no tener más cicatrices...—

Bromeó.

Ella rio, echó su cabeza hacia atrás disfrutando de la música. Volvió a unir su mirada con la de Noah, él era perfecto en todos los sentidos, perfecto para alguien que había estado perdida durante tanto tiempo.

—Tu hermana y Charlie parecen llevarse bien. —Kristoff dirigió su mirada hacia los ojos de David y sonrió.

—Ya se conocen desde hace mucho, son prácticamente inseparables. —Él sonrió, pero no pudo evitar sentir celos como un día los tuvo Noah al ver a Zoe tan feliz.

—¿Salen juntos? Porque lo parece —volvió a decir el Wildhunde.

—Que va, creo que romperían la magia de su amistad si así lo hicieran. —David estaba poniendo en sus labios las mismas palabras que había compartido con Zoe aquella noche—. Pero sin duda me alegro de que ella tenga a alguien que pueda protegerla, tanto como yo lo haría.

—Eso es bueno. Me gusta la gente que forma equipo, no nos gustan las personas que están constantemente peleándose, no viene bien para el trabajo.

—Y tú, Kristoff, ¿tienes a alguien? —preguntó David intentando pensar en otra cosa.

—Por el momento no, tal vez cuando esté menos ocupado o no tenga tantas preocupaciones podré centrarme en el amor.

David observó cómo sus compañeros se dirigían de nuevo hacia la barra.

—Buen baile —les dijo nada más verlos.

—¿Nos habéis criticado mucho? —preguntó Noah bromeando.

—Soy su preferido —respondió David llevando su mirada hacia Kristoff, este comenzó a reír. Después David negó con la cabeza—. Para nada, no hablamos de trabajo.

—Este es un lugar magnífico —añadió Zoe.

—No habéis visto nada, las suites son fantásticas. —Kristoff les miró—. Tenéis una reserva echa de mi parte, mañana mismo vais a conocer a algunos de mis compañeros antes de conocer las instalaciones cuando esté todo preparado.

—Pero no trajimos ropa ni nada —dijo Noah.

—También me he ocupado de eso. —El hombre sonrió.

Todos sabían que era su enemigo, pero también que tendrían que hacerse cercanos a él para poder llegar hasta el fondo de la organización. Y rechazar aquella invitación no sería bueno para el inicio de sus planes.

—Perfecto entonces, me aprovecharé de este maravilloso hotel. —Zoe hizo un guiño y todos sonrieron. Kristoff observó su belleza una vez más adorando el movimiento de sus delicados labios al hablar—. No voy a tardar mucho en retirarme, llevar zapatos me mata.

—Da tu nombre en recepción y te darán la llave enseguida —le indicó Kristoff.

—Así lo haré. —Ella volvió a mirar a todos y asintió para despedirse—. No bebáis mucho.

Con delicadeza Zoe abrió la puerta de su habitación situada en la última planta del hotel. Ya solo los pasillos estaban llenos de lujo y adornos que indicaban el estatus de este. Lo primero que hizo fue quitarse los zapatos de tacón que acompañaban en color a su vestido. Tiró su pequeño bolso sobre la cama y se echó boca arriba sobre esta. El dormitorio olía a rosas de una forma delicada y maravillosa, todo estaba perfectamente ordenado, incluso la gran televisión de plasma que había en el centro de esta acompañaba el mobiliario de toda la habitación.

Butacas y muebles de color negro, un mini bar, cuadros y adornos modernos, pero con un toque clásico. La suavidad de las sabanas de seda color borgoña, todo era perfecto, y cuando entró al cuarto de baño simplemente deseó quedarse a vivir allí.

—Esto es maravilloso... —dijo en un susurro y suspiró.

Con delicadeza se deshizo de su vestido rojo, abrió el agua caliente de la gran bañera redonda y cuando tuvo listo el baño con espuma y sales metió su cuerpo desnudo en este. Dejó que el agua le llegara hasta la barbilla y se tumbó en la tranquilidad de la noche. Había sido un día duro, pero habían conseguido mucho con respecto a la misión y lo sabía. Aquello le llenaba de orgullo.

Había dejado el teléfono móvil desechable en el taburete que había al lado de la bañera, sabía que a partir de ahora no podrían usar los suyos personales para comunicarse con los demás. Pero la CIA siempre tenía a su disposición teléfonos por completo indetectables.

«Todo ha ido bien, nos quedaremos aquí esta noche, mañana vamos a conocer a los demás. Descansad y nos vemos pronto».

Mandó el mensaje y quitó la batería del móvil dejándolo en el mismo lugar.

Todo había sido perfecto. Perfecto y maravilloso. Los ojos de Noah la estaban mirando de nuevo, en su mente no podía hacer otra cosa que recordar el baile que había disfrutado con él hacía unos minutos atrás. Sus movimientos, su sonrisa, incluso la inocencia de su mirada cuando le pidió disculpas. El corazón comenzó a latirle con fuerza, Zoe sabía muy bien qué significaba aquello. Recordó sus propias palabras y sabía que tenía razón, ya no le importaba lo que pudiera haber pasado años atrás.

En su corazón siempre estaría Jamie, su gran amor. Pero, ¿por qué no seguir adelante? ¿Por qué no intentar abrir su corazón para conocer a alguien que tal vez cambiara su vida para siempre?

Y ese alguien era Noah, un hombre que había sufrido tanto como ella, por más que pareciera una completa locura.

«No vas a perder la oportunidad porque yo tampoco la pienso desaprovechar», Zoe recordó la frase que él le había dicho y sonrió. No pensó en nada más, quería que aquella noche pasara para volver a encontrarse con su mirada a la mañana siguiente. Disfrutó de la calidez del baño, se relajó y por un momento se permitió soñar con que aquello podía ser el inicio de su nueva vida.

Una vida que ya había estado vacía desde hacía mucho tiempo.

Zoe se vio rodeada de la oscuridad de su dormitorio cuando abrió los ojos de golpe. Siempre le había gustado la sensación de creer que era de noche cuando despertaba. Ya habían golpeado su puerta un par de veces y fue otra vez más la que provocó que se levantara con toda la rapidez que pudo.

—Pero, ¿qué hora es? —Miró el reloj de su mesita que marcaba casi las nueve de la mañana—. ¡Joder, qué tarde! ¡Ya va!

Cogió una bata de seda que encontró la anterior noche en el baño y se la puso. Se abrazó así misma antes de abrir la puerta y encontrarse con Noah apoyado en el marco de esta.

—Ya era hora, dormilona, ¿disfrutando de la cama del hotel? —Con una sonrisa en sus labios él la miró de arriba abajo.

Sin quererlo se mordió ligeramente el labio inferior y se quedó en silencio esperando a que ella le respondiera.

—Es que..., no sabía que teníamos que madrugar. —Zoe soltó una delicada risilla enamorando a Noah por completo—. ¿Teníamos que hacerlo?

—Técnicamente no, pero tenemos que estar listos para dentro de una hora. Los demás están en el restaurante pidiendo el desayuno. Así que... —Se quedó de nuevo en silencio para mirar a la mujer y dar un chasquido con su lengua—. En fin, te espero abajo. Hay ropa en el armario.

Zoe se fijó que Noah llevaba puestos unos sencillos jeans con unas Converse y una camisa a cuadros azules. Rezó porque ella pudiera llevar ropa más bien cómoda porque no soportaría otro día más llevando esos malditos tacones.

—Oh —Noah se volvió a girar para mirarla—. Aunque me gustaría encerrarme contigo en esa habitación y aprovechar este momento, te prometo que recompensaré el tiempo perdido. No te olvides de meter la ropa de anoche en una bolsa para llevárnosla a casa.

—¡Noah! Déjalo ya... —Por completo ruborizada Zoe se metió en la habitación y cerró la puerta a sus espaldas.

Él se alejaba por el pasillo con las manos en los bolsillos y sonriendo como nunca.

Las mejillas de Zoe se habían sonrojado tanto que notó cómo le ardía toda la cara. Mordió su labio inferior negando para sí misma, mientras que no podía dejar de sonreír. Noah logró ese efecto en ella pronunciando solo las palabras de aquella frase. Fue hasta el armario y observó que había tres mudas para elegir. Cogió unos jeans oscuros, una camiseta que hacía juego con una chaqueta de cuero marrón y unas botas negras. De vez en cuando, y a veces en su mayoría, le encantaba la sencillez a la hora de vestir. Terminó dándose una ducha rápida y poniendo un poco de maquillaje y perfume.

Antes de salir se cogió el pelo en una coleta dejando algunos mechones rozando su rostro y bajó al restaurante del hotel. El primero que le puso los ojos encima fue el miembro de los Wildhunde, Kristoff.

—Buenos días, señorita Cassidy.

—Anna, por favor —respondió Zoe pronunciando su alias con total seguridad—. ¿Habéis dormido bien?

Todos asintieron.

—Pedimos chocolate caliente y algunos bollos para comer —dijo David—. ¿Te apuntas?

—Claro, aunque con el calor que hace solo a ti se te ocurre tomar chocolate caliente.

—Ya sabes que tu hermano siempre va al revés del mundo. —Noah les miró y todos rieron—. En realidad, está bueno, tiene un toque de canela que te encantará.

Zoe cogió la única silla que había libre en la mesa, quedando sentada al lado de Kristoff.

—Y bien —dijo ella—, ¿dónde vamos a ir?

—Vamos a una cafetería que hay en un centro comercial cercano al hotel. Allí conoceréis a mis dos compañeros, uno de ellos lleva el doble de años que nosotros trabajando en esto y tiene muy mala leche, así que con él es mejor ir al grano. —Kristoff sonrió—. Luego no quiero que se pase el día comiéndome la oreja con sus comentarios.

—Genial —añadió Noah—. Y no te preocupes, tendremos cuidado con lo que decimos.

Pasaron los siguientes minutos de la mañana charlando y tomando el desayuno hasta que todos se fueron en sus respectivos coches hacia el centro comercial. Noah, David y Zoe iban subidos en el Mercedes negro del primero siguiendo al Ferrari rojo de Kristoff. Todavía no entendían cómo nadie se

había preguntado de dónde sacaba el dinero para mantener ese estatus de vida, aunque él les había contado que también tenía negocios en el sector inmobiliario.

—Hasta ahora todo ha ido bien, ¿verdad? —preguntó David que miraba a través de la ventana.

—Sí, pero aun así tenemos que ir con pies de plomo. Esta dedicación por parte de ellos solo puede significar una cosa —añadió Noah—: quieren tener todo controlado, ver cómo actuamos y cómo respondemos con un claro objetivo.

—Tranquilo, llevaremos cuidado. —Zoe sonrió después de decir aquello.

Se cruzó con la mirada de Noah, reflejada en el espejo retrovisor, le hizo un guiño y suspiró. Si dejaba que sus pensamientos controlaran todo su cuerpo lograría volver a ruborizarse con solo pensar en él. Se había prohibido a sí misma abrir de nuevo su corazón y ahora aún le costaba creer que lo estuviera haciendo precisamente con Noah. Sin embargo, no podía estar más contenta por ello.

«Estoy deseando quedarme a solas contigo...», dijo para sí misma mientras seguía mirando como él conducía.

Cuando llegaron se encontraron con los compañeros de Kristoff. Noah se dio cuenta que uno de ellos era el hombre que vio mientras corría por las calles de Berlín por primera vez, además por su semblante serio y los más de cuarenta años que aparentaba supuso que era el más peligroso de ellos. No lo presentaron como el jefe de los Wildhunde, pero todos sabían que era él por la información que les había dado la CIA. Se llamaba Klaus y llevaba casi treinta años trabajando en el negocio. El más joven tenía la misma edad de Kristoff, y sus ojos oscuros dejaban una mirada intimidante hacia cualquiera que se atreviera a cruzarse con ella, respondía al nombre de Adam y llevaba cinco años trabajando en la banda.

—Nuestro jefe os pagará cinco millones por dos años de trabajo, si lo hacéis bien, claro. Algo me dice que cumpliréis con las expectativas. —Klaus había dejado claras sus intenciones con respecto a ellos desde el primer momento.

Noah y los demás se quedaron en silencio, sabían muy bien dónde se estaban metiendo, pero eso no quería decir que no tuvieran que pensar en cómo actuar. Además, les llamó bastante la atención que hablaran sobre ese tema como si nada. Quedaba claro que la banda tenía absolutamente todo

controlado, incluso los lugares donde podían hablar con toda libertad.

—Hecho —respondió Noah alargando su mano para firmar el trato con Kristoff y los demás—. Daré la noticia a Raúl en cuanto pueda.

—Confío en su palabra y en la de su hermano, aunque esté encerrado en esa maldita cárcel, el cabrón es muy inteligente —confesó Klaus. Por primera vez vieron al corpulento esbozar una sonrisa—. Lástima que esté condenado a cadena perpetua.

—Por eso estamos aquí, para servirle en lo que podamos —añadió David—. Gracias a él hemos crecido como banda y desde luego se lo agradecemos con cada trabajo que hacemos.

—Tienes razón, Michael —dijo Kristoff refiriéndose a David con el nombre que este les había dado—. Así que sabrás muy bien que, si somos un equipo, somos un equipo.

La sonrisa de los Wildhunde se desdibujó para formar una expresión más seria en sus rostros. Ahora Zoe y los demás sabían que estaban metidos de lleno en la misión y ya no había marcha atrás hasta que consiguieran su objetivo.

—Vamos, no hace falta que pongáis esa cara. ¿Acaso los Figueroa han traicionado alguna vez a los suyos? —Noah sonrió—. Si estamos aquí es por algún motivo. Y no nos lo tomamos como un juego, eso desde luego.

—Ya lo veremos —dijo Klaus con ese tono serio en su voz—. Ya lo veremos..., por el momento, nos vemos dentro de tres días en esta dirección. Traed un informe sobre vuestros últimos contratos y sobre cómo trabajáis, nos servirá para hacer un presupuesto para los primeros meses, y supongo que también estaréis preparados para viajar, ¿verdad?

—¿Viajar? —preguntó David—. Creía que siempre operabais desde Berlín.

—Claro que sí, pero no todos los clientes son como vosotros y viajan por gusto. Además, los últimos distribuidores que tuvimos se negaron a hacerlo y luego descubrimos que viajaban a nuestras espaldas para conseguir otros contratos —añadió Kristoff. Miró a Zoe y sonrió antes de continuar—. Será un placer conocerlos mejor mientras hacemos negocios.

—Perfecto —contestó ella.

—Muy bien, pues si ya está todo listo, creo que podemos irnos por nuestro lado. Nos veremos el martes —concluyó Klaus.

Él asintió hacia los demás y se despidió de ellos sin darles lugar a una respuesta. Noah, David y Zoe vieron cómo todos se marchaban, los tres

mentirían si dijeran que no se habían quedado algo impactados. Aquello era más importante de lo que parecía aparentar y a partir de ese instante tenían que tomárselo con la seriedad que la misión requería.

—Creo que voy a irme a casa. —David miró a sus compañeros, Zoe sabía que siempre solía necesitar calma cuando empezaban con una misión tan importante, más después de tantos años sin trabajar sobre el terreno—. ¿Venís? Podéis quedaros si queréis, pero estaría muy bien que me dejarais llevarme el coche, no creo que pueda caminar.

—Claro, no hay ningún problema, ve tranquilo.

Zoe miró a Noah, este sonrió levemente y asintió. David se marchó unos minutos después, y lo primero que ellos hicieron fue disfrutar de un buen almuerzo en la cafetería donde habían organizado todo con los que a partir de ese día serían sus aliados.

La música sonaba, apenas era audible, pero daba un toque maravilloso al lugar decorado con butacas y mesas blancas combinadas con rojo.

—Por fin —dijo Noah apenas en un susurro. Desvió su mirada hacia Zoe y sonrió. Estiró su brazo para cogerle la mano—. Te he echado de menos, en casa es imposible quedarse a solas...

—En casa tenemos trabajo que hacer, igual que anoche tuvimos trabajo que hacer... si no... —Zoe se mordió su labio inferior. Apoyó su rostro entre sus manos y miró al frente para encontrarse de nuevo con aquellos maravillosos ojos marrones—. Hubiera compartido contigo cada segundo de mi tiempo, cada centímetro de la cama, de la bañera... No sé qué me pasa contigo, pero dioses, siento que no puedo despegarme de ti.

—¿Eso es una declaración de amor? —preguntó Noah esbozando una sonrisa pícaro. Sus ojos reflejaban la felicidad que sentía en ese instante.

—Tómalo como quieras. —Zoe también soltó una risilla—. Además, tú eres el que has venido esta mañana a mi dormitorio y no niegues que te habrías quedado si hubieras podido.

—Sabes que sí —respondió él con firmeza—. Y no solo porque adore cada una de tus curvas.

Ella alzó su mirada de nuevo y sonrió. Dejó uno de sus mechones detrás de su oreja rozando su rostro con delicadeza. La intensa mirada de Noah lograba dejarla sin aliento.

—¿Sabes? —Él se puso algo más serio, tal vez aquella iba a ser la confesión más dura que había hecho en su vida. Más que la conversación que

tuvieron en la cocina de su apartamento—. Hace mucho tiempo, cuando Alice estaba enferma, ambos decidimos dejar nuestro matrimonio. Ella dijo que sería más fácil para mí hacerme a la idea de que iba a perderla, no fue así, pero lo acepté. Mi condición fue estar a su lado hasta el final, aun así... ambos sabíamos que seguíamos queriéndonos.

Zoe escuchó con atención cada una de las palabras de Noah. No quiso interrumpirle, sabía que si lo hacía él no terminaría por confesar todo lo que había en su corazón.

—Eso fue hace más de un año. Los meses pasaban y ella empeoró, yo jamás acepté que iba a morir —continuó. Cogió su cadena y sacó los anillos para acariciarlos—. Cuando pasas toda la vida con alguien, crees que vas a envejecer a su lado y cuando una enfermedad se la lleva... te convences a ti mismo de que no volverás a amar. De que no volverás a dar la oportunidad al destino de que te arrebatte a esa persona. Hace tres meses, cuando murió decidí dejar mi casa y venir aquí, aceptar el trabajo que nos había ofrecido la CIA y seguir adelante. En Boston todos me miraban con tristeza, se compadecían de mí y me recordaban a todas horas que había perdido a Alice, que había perdido todo. Ni siquiera he ido a nuestro apartamento para arreglar todo. No puedo... —Noah cogió la mano de Zoe con fuerza cuando ella se la ofreció—. Y entonces... Llegaste tú. Con tu odio hacia mí, haciéndome ver que yo no era el único al que le habían destrozado el corazón, y me di cuenta de que tú habías pasado por lo mismo que yo.

—Sí... —susurró Zoe.

—No sé cómo ni cuándo, pero en este poco tiempo has despertado algo que había perdido en mi interior. Una parte de mí, esa parte que desapareció de mi alma cuando decidí no volver a amar y no sé cómo, pero... —Noah se cruzó con los ojos azulados de ella. La luz lograba ese efecto en Zoe—. Simplemente te quiero, y quiero que tú recuperes eso que también has perdido... conmigo.

Ella se quedó en silencio, acariciando la mano de Noah y mirándole a los ojos. Hacía mucho tiempo que nadie le dedicaba unas palabras tan importantes para ella, unas palabras que le habían llegado al corazón. Aquella era una confesión que sintió en lo más profundo de su alma, porque Noah había logrado que su sonrisa creciera día a día, que su ilusión por la vida no fuera solamente un espejismo...

—Quiero hacerlo —dijo al fin—. Quiero recuperar la vida que perdí,

contigo Noah. Yo tampoco sé cómo ha pasado, pero ya no puedo imaginarme un día sin ver tu sonrisa... simplemente, no puedo.

Ambos se quedaron en silencio, dedicaron el tiempo a sonreírse.

—¿Crees que nos vigilarán? —volvió a preguntar ella bajando un poco su voz.

—Puede ser, pero no me importa. Ya no me importa nada más. Aunque espero que no estemos aquí tantos meses como ellos quieren, va a ser un poco agobiante, estoy demasiado hecho a mi vida en América.

Ella rio ante el comentario de Noah.

—Nos gusta demasiado Nueva York. —Zoe se puso algo más seria y agarró de nuevo la mano de su compañero con fuerza. Le miró a los ojos con la mirada más sincera que él había visto jamás—. Te acompañaré a tu casa, para que recojas todo. No es justo que no cierres esa puerta, no solo por ti, también por ella. Se lo merece.

—Lo sé, es solo que no soportaba estar allí y ver en todas partes todo lo que había perdido. Pero si así lo deseas, iremos juntos.

—Lo deseo —Zoe asintió.

Algo tan simple como ir a comprar algo de ropa se había convertido en el mejor de los días después de mucho tiempo tanto para Zoe como para Noah. Sabían que estaban a solas y debían de aprovechar ese momento. Sus dedos estaban entrelazados mientras caminaban yendo de la mano, ¿les vería alguien?, no lo sabían. Pero, ¿qué les importaba? Nada.

Ella era feliz, él también, nada podría romper ese momento, un momento que guardarían en su memoria para siempre.

La risa de Noah cuando Zoe posaba con la ropa que se estaba probando. El gesto de asco que ella hizo cuando él se probó unas camisas que jamás se habría atrevido a llevar. Momentos tan simples que a la vez se convertían en los más especiales. Noah grabó en su memoria el momento en que ella empezó a gritar cuando se coló en el cambiador de la tienda para dejarle un beso inesperado en los labios.

«¡Lárgate de aquí!», le gritó tirándole la ropa en la cara.

Noah miró a su alrededor, todos le miraban como si se trataran de un par de adolescentes, pero no le importaba. Ese era su momento con ella y nada ni

nadie iban a nublar aquellos magníficos momentos.

—No vuelvas a hacer eso, Noah... —Las mejillas de Zoe seguían con ese tono rosado cuando salieron de la tienda cogidos de la mano—. Eres malo.

—Seguro. —Él volvió a reír.

—¡Borde! —Zoe golpeó con su puño el brazo de él.

La respuesta por su parte fue pararse en seco y besarla mientras toda la gente pasaba por su lado. Pero allí no había nadie más que ellos dos, disfrutando el uno del otro. Hasta el momento en que llegaron a casa y tuvieron que volver a ser los que eran, Noah y Zoe, simples compañeros de trabajo.

Al menos hasta que reunieran el valor para contárselo a sus compañeros...

—¿Dónde está David? —preguntó Zoe.

Jeremy y Danny estaban revisando las grabaciones del hotel.

—En la terraza —respondió el menor—. No sé qué le pasa, pero no ha hablado en toda la mañana. ¿Fue todo bien?

—Sí. —Zoe asintió y dejó la bolsa con la ropa de la noche anterior en el sofá—. Se pone así cuando se da cuenta de la importancia de la misión. ¿De verdad que no ha dicho ni una palabra?

—Nada de nada —añadió Danny.

—Iré a hablar con él.

Zoe miró a Noah, este asintió y sonrió. Cuando ella pasó a su lado dejó una delicada caricia en su brazo; si él supiera cómo estaba deseando que se quedaran a solas...

Pero ahora no podía hacer más que ir a ver cómo estaba su mejor amigo, cogió un botellín de cerveza, un refresco para ella y fue hacia la terraza. Dio un toque en su espalda y David se giró, su rostro serio cambió a una sonrisa que nunca dejaría de dedicar a la persona más importante de toda su vida.

—Nervioso, ¿eh? —preguntó ella.

Noah observaba con atención, ahora estaba más tranquilo, y también orgulloso por ver cómo ella era capaz de reconfortar cualquier corazón lleno de dudas.

—Un poco —respondió David—. Te mentiría si no fuera así. No sé por qué, pero...

—Tienes miedo a que vuelva a pasar lo de Arizona, lo sé. Yo también. —Ella le miró a los ojos antes de dar un sorbo a su cerveza—. Pero ya te dije que todo iba a ir bien, ¿no? Debes confiar un poco en mí.

—Jamás dije que no confiara en ti. Es solo que creo que no me equivoco en decir que son más peligrosos de lo que parece. Ese Kristoff tendrá cara simpática, pero estoy seguro de que en su interior se esconde otra persona. — David dio un largo trago a la cerveza fresca—. Es solo una observación.

—Y seguro que tienes razón. Es más, estoy segura de que es así, pero no por ello debes preocuparte. Aquí tenemos el apoyo de Jeremy y Danny, en Nueva York están Paul y los demás. Estoy segura de que no dejan de presionar a los Figueroa para tener todo bajo el control que merece. —Zoe dejó su refresco en la mesa de madera que había al lado de unas sillas de jardín. Se acercó a David y le abrazó—. Todo irá bien, lo prometo.

Pero, ¿cómo podían estar seguros de que todo iba a ir bien? ¿Cómo podían seguir adelante sin tener en su memoria aquel día en que todo falló en un solo gesto? David tenía razón, y estaba en lo correcto al estar asustado.

Los Wildhunde eran peligrosos, y tendrían que ir con pies de plomo si no querían que les descubrieran. Pero Zoe estaba segura de que no se equivocaba al pensar que ninguno de ellos quería formar parte de esa misión durante meses, y tal vez eso era lo que David más temía... acercarse tanto a esos criminales hasta creer que eran sus compañeros de armas, sus amigos...

Y acabar con un tiro en la cabeza como acabó su mejor amigo, Jamie.

Zona centro de Berlín, agosto 2016

Las teclas de los ordenadores resonaban en la estancia construida con piedra gris donde Kristoff y los suyos estaban, unas instalaciones que formaban parte de un gran edificio en el que se alojaba la empresa inmobiliaria Holz. En las pantallas de los ordenadores de sus trabajadores estaban los perfiles de Noah, David y Zoe. Para ellos conocidos como Anna y Michael Cassidy, y su jefe de operaciones, Charlie.

El día en el que se reunirían había llegado, pero como era costumbre en la banda querían comprobar una vez más que todo estaba más que correcto.

La CIA y el FBI habían hecho un buen trabajo con los perfiles de sus agentes. Varios años de cárcel, unos cuantos negocios que salieron mal y otros tantos que salieron bien eran las credenciales de sus agentes para presentarles como la banda amiga de los Figueroa.

El de ojos azules acariciaba su barba mientras estaba apoyado de espaldas sobre la pared de cemento grisáceo. A diferencia de cualquier instalación del gobierno, los Wildhunde no se había preocupado por darle un tono colorido al lugar, simplemente se preocuparon por la comodidad de ellos mismos y sus trabajadores con algunas salas de descanso y juego, además de un bar para obtener entretenimiento y algo de distracción. Kristoff sonreía de oreja a oreja y sus pensamientos solo fueron interrumpidos cuando su compañero Adam le golpeó en la espalda.

—Tú estás más sonriente de lo habitual, ¿no? —preguntó entrecerrando sus oscuros ojos—. ¿Qué mujer has conocido para que estés así?

—¿Das por hecho que es una mujer? —Kristoff rio, se cruzó de brazos y siguió observando las pantallas de plasma que había en las paredes.

Los perfiles de Noah y los demás seguían apareciendo en imágenes. No había lugar al error, incluso las cosas malas eran tan perfectas que se podrían equivocar al pensar que ellos venían con malas intenciones. Aunque para Kristoff ya era algo habitual tener todo bajo control al cien por cien antes de enseñar sus instalaciones a sus futuros colaboradores.

—Puede ser... —respondió cuando pasaron unos segundos.

—¡Lo sabía! —Adam choco sus manos y sonrió, algo realmente difícil en él—. Como me digas que es esa chica me harás el día.

Adam señaló hacia la pantalla.

—¿Me vas a decir que no es preciosa?

—Tío, estás muy mal de la cabeza. —Vio cómo Kristoff alzaba una ceja—. En serio, lo estás.

—Me da igual lo que pienses —protestó el de ojos azules—. Ya veremos a ver dónde lleva esto.

—No jodas los planes de Klaus o sabes cómo se pondrá, más te vale que vayas con pies de plomo si no quieres que rompan el trato y a ti te dejen sin dientes —le advirtió Adam—. Por más que me duela decirlo, no quiero mirarte a la cara y que te falte media dentadura.

Adam se marchó dejando a Kristoff entre sus pensamientos.

Cuando rozaban las diez de la mañana Noah llegó junto a David y Zoe al edificio. Les invitaron a ir hacia el sótano a través de un ascensor que a primera vista estaba fuera de servicio, una práctica muy común también en las instalaciones del gobierno. Venían un poco agobiados porque el tráfico había sido intenso en el centro de Berlín, además, el calor se estaba convirtiendo insoportable al no ser demasiado común en la ciudad.

Se abrió la puerta del ascensor y David no pudo evitar quedarse más que sorprendido.

—¿Tenéis todo esto montado aquí abajo? —Miró a su alrededor sonriente.

Logró convencer a los demás de que no había visto unas instalaciones así en toda su vida. Aunque sus compañeros sabían que en realidad estaba fingiendo.

—Buenos días, Kristoff —Zoe se acercó para entregar su mano.

—Buenos días, señorita Cassidy. —Él le correspondió con una sonrisa, observando que llevaba la misma chaqueta de cuero que dejó en su habitación de hotel—. Me han dicho que el viaje ha sido cansado.

—Un poco, el tráfico es mortal.

—Y lo dice alguien que viene de los Estados Unidos. —Kristoff negó con la cabeza riendo—. En fin, podéis coger un refresco del bar mientras tanto. Klaus llegará en unos minutos.

—Gracias —dijo Noah que aún miraba todo a su alrededor.

Con el paso del tiempo, había aprendido a analizar a las personas con solo echar un vistazo a sus pertenencias o el lugar donde trabajaban. Incluso había

visto sus imágenes en las pantallas antes de entrar en la sala y que ellos las quitaran.

Él y Zoe fueron hacia la zona del bar para tomarse un pequeño descanso y beber un par de refrescos.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Michael?

—Claro. —David se acercó hacia Kristoff para entregarle su mano antes de continuar con la charla.

—¿Tu hermana tiene a alguien o algo así?

Aquella pregunta dejó a David casi sin palabras. Kristoff se acercó aún más a él poniendo una mano sobre su hombro.

—Y, ¿bien? —volvió a preguntarle.

—No, no tiene a nadie, ya te lo dije el otro día. ¿Recuerdas? Cuando me preguntaste si ella y Charlie estaban juntos —respondió David negando con la cabeza.

Kristoff asintió. Una vez más, quiso estar seguro.

—Mejor —continuó Kristoff—. Claro que no hubiera importado demasiado que tenga a alguien. ¿Sabes? Yo soy de esos hombres que se encapricha con facilidad con algo y claro está, siempre obtiene lo que quiere. Y tu hermana es toda una delicia, no me vendría mal conocerla a solas. ¿Qué te parece?

Por primera vez, David vio en los ojos de su enemigo el verdadero peligro de la persona a la que se estaban enfrentando. Miró al frente para ver a Noah y Zoe mientras tomaban su refresco y hablaban en absoluta tranquilidad.

—Como gustes, Kristoff —respondió David al final.

—Veo que has entendido muy bien cómo vamos a trabajar. Si fuerais con malas intenciones seguro que me habrías dicho un no rotundo, ¿verdad?

«Esto es un maldito juego psicológico, maldita sea», pensó David para sí mismo.

—No lo sé, creo que no tiene que ver una cosa con la otra, pero tienes razón. Aunque como te dijimos, no tienes nada que temer con nosotros —respondió mirando con fijeza a Kristoff.

Este asintió, fueron a reunirse con los demás justo cuando Klaus hacía su entrada en la sala. David seguía en silencio, no podía decir nada después de escuchar aquellas palabras entre los labios de su enemigo, quiso advertir a Zoe... pero sabía muy bien que aquel no era el lugar ni la ocasión para hacerlo.

—Empecemos con la reunión. —Klaus fue directamente al grano—. Hay mucho trabajo que hacer. ¿Habéis traído lo que os pedí?

—Desde luego. —Noah cogió el maletín que habían traído y lo abrió encima de la mesa que había en el centro de la sala—. Puedes consultar todo lo que te apetezca y te sea útil.

Apenas le llevó unos minutos ver los logros y los fracasos que ellos habían tenido como traficantes de armas, pero sin duda Klaus quedó encantado con lo que había visto. A cambio, sacó un maletín y unos cuantos documentos, los tres agentes sabían en ese momento que tendrían que firmar.

—Dijimos dos años, ¿cierto?

—Sí, Klaus, dos años. —Kristoff miró a su jefe y asintió. Desvió su mirada hacia la rubia, sin duda iba a estar encantado de estar con ella tanto tiempo. A continuación miró al resto de sus compañeros—. ¿Estáis de acuerdo?

—Ya dijimos que sí. —Noah cogió un bolígrafo y firmó los documentos con su alias para la misión. Después entregó los papeles a Zoe y David—. Os toca.

Esbozando una pequeña sonrisa, ambos firmaron los respectivos papeles con la identidad falsa que la CIA les había entregado. David seguía asustado y no solo por entender en el lío en que se estaban metiendo. Por primera vez, pudo sentir el peligro en el que su mejor amiga se vería involucrada si Kristoff iba con las intenciones que se temía.

—Muy bien, entonces dentro de una semana nos vemos aquí. Queremos el equipo completo de estas armas. —Kristoff les cedió un papel—. Y después viajaremos todos juntos al norte de Arizona para hacer la entrega.

«Ja, esto es increíble. ¿Acaso el mundo quiere mofarse de nosotros?», se dijo David.

—Así lo haremos. —Zoe asintió y dedicó una sonrisa a sus compañeros—. Gracias por confiar en nosotros.

—Oh no, el placer es sin duda mío. —Ella vio cómo Kristoff se acercaba más de lo que se lo hubiera permitido en otro tipo de ocasión, giró su rostro y fue hacia su oído—. Tú y yo nos vamos a llevar bien...

Zoe se quedó sin palabras.

«¿Tú y yo nos vamos a llevar bien?», ¿de qué vas?, se dijo. Sin embargo, a ella no le quedó más remedio que sonreír y asentir, no podía hacer más que eso cuando estaban en territorio hostil y cualquier error podría hacer peligrar la misión.

Incluso sus vidas.

—Bueno. —Kristoff volvió a dirigir su mirada a los demás—. Ahora os vamos a enseñar un poco cómo trabajamos aquí. Aunque no os ilusionéis demasiado, la decoración es así de simple en los dos departamentos del sótano. Pero el lugar de descanso tiene su encanto.

—Charlie, espera. —Noah fijó su atención en Klaus cuando escuchó como este le llamaba con su nombre en clave. Se acercó a él mientras los demás acompañaban a Kristoff—. Tengo algo importante que decirte.

—Claro, dígame —respondió el.

—Tutéame, al fin y al cabo, vamos a trabajar juntos. —Klaus esbozó una leve sonrisa poco común en el corpulento. Cogió a Noah del brazo y lo llevó a un sitio más privado—. Sé que son tus trabajadores y no dudo de su capacidad, pero espero que los tengas bien controlados. Son jóvenes y sabemos muy bien qué pasa con la gente joven, al final, siempre busca trabajar por su cuenta.

—No te preocupes, ellos nunca me han fallado.

—Que no te hayan fallado nunca, no significa que no lo vayan a hacer. —El jefe de los Wildhunde volvió a sonreír—. Mi jefe siempre piensa que todo el mundo le puede traicionar, por eso siempre anda con pies de plomo.

«Claro, tu jefe. Como si no supiera que eres tú», se dijo Noah mientras sonreía mirando a Klaus.

—Y, por cierto, como incentivo por nuestros próximos logros, si hacéis bien vuestro primer trabajo tendréis un apartamento en el que vivir cerca de esta zona.

Noah negó.

—Me temo que en ese aspecto no vamos a estar de acuerdo. —Sonrió y puso su mano en el hombro de Klaus—. Llevamos ya unos días viviendo en un apartamento de la zona este, nos hemos acostumbrado y Michael es muy especial en ese sentido, si ya está bien en un lugar no hay quien lo lleve a otro. Y créeme, cuando se pone pesado con algún tema, no hay quien lo soporte.

—Creo que él y Kristoff se van a llevar bien entonces —Klaus asintió—. Muy bien, entonces quedamos así. Ahora, vamos a ver el resto de las instalaciones.

Como les había dicho Kristoff, los sótanos de la base de operaciones estaban teñidos de cemento gris por todas partes. El suelo estaba hecho del mismo material y la única diferencia fuera del tono lúgubre eran los muebles

de tonos marrón oscuro y negro. Noah observó que estaban a la última en cuanto a tecnología al igual que en la agencia de la CIA y sus oficinas del FBI, lo que no se esperaba ver allí era el lugar que todos tendrían el *honor* de ver a continuación.

—Por supuesto, no nos andamos con chiquilladas cuando alguien nos falla. —Adam entró justo detrás de ellos—. Y para que os quede claro, esta es mi sala favorita de todo el edificio, pero no por ello deseo que me acompañéis.

—Ya os dijimos que no íbamos a fallar, ¿por qué tanta insistencia? —preguntó David algo exasperado.

Adam se acercó a él, no se lo pensó dos veces antes de cogerle por el cuello de la camisa y llevarlo hacia la pared, dejándole apenas sin poder respirar.

—No es la primera vez que los Figueroa son engañados por los americanos, así que perdóname si estamos más pendientes de lo normal. —El de ojos oscuros miró a David con firmeza. Vio cómo el miedo se instaló en sus ojos verdes—. No he dicho que no os crea, simplemente os digo que más os vale que no nos engañéis, si no, visitaréis esta pequeña sala y, créeme, desearéis estar muertos. ¡¿Entendido?!

—Sí...

—¡No te oigo! —gritó Adam.

—¡Que sí! —David se zafó de las manos de su enemigo, recuperando poco a poco la respiración.

Noah y Zoe se miraban el uno al otro, perplejos. No dijeron nada, se limitaron a comentar los demás lugares y agradecer que el *tour* terminara apenas unos minutos después.

—Aquí, el último lugar de la visita —dijo Kristoff señalando hacía un gimnasio que había al otro lado del sótano—, para que os pongáis en forma si algún día tenemos más trabajo de lo normal y tenemos que quedarnos por aquí. En el edificio contiguo hay habitaciones que se pueden ocupar si es necesario, y también está el hotel claro, por algo logran mantenerse gracias a nosotros. ¿No?

Kristoff rio a carcajadas. No podía más que mostrar lo encantado que estaba con todo.

—Como veis, en esta ciudad hay tanto político corrupto como en los Estados Unidos —continuó diciendo Kristoff aún con esa sonrisa dibujada en sus labios—. Bueno, ha sido un placer. Me temo que ahora tenemos que volver

al trabajo y vosotros ya tenéis instrucciones. No os olvidéis del pedido para dentro de una semana, estaremos en contacto.

Con un deje de desprecio, Kristoff hizo una señal para que algunos de los guardias acompañaran a Noah y los demás hacia la salida del edificio. Su coche ya estaba preparado y los tres subieron para ir camino a casa.

—David, ¿estás bien? —Noah sabía que era imposible manipular su coche para poner algún tipo de micrófono y que desde luego nunca lo harían, así que tenía toda la libertad de actuar como quisiera—. Te dije que llevaras cuidado.

—Vete a la mierda, Noah, ni yo sabía que iba a responder así... joder, será hijo de puta... —protestó este—. Como si ese fuera nuestro único problema...

—¿Qué quieres decir? —Volvió a preguntarle el de ojos marrones. Fijo su vista en la carretera sin dejar de preguntarse a que se refería su compañero.

Todos compartieron miradas de dudas hasta que David se animó a volver a hablar.

—El cabrón de Kristoff se ha interesado por Zoe.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Lo que oyes, me preguntó si tenías pareja, yo le dije que no, claro. ¿Qué más podía hacer? —aclaró David—. Pero luego dijo que aun así no le importaba, que tenía que aprovechar tu belleza o algo así. Maldita sea, ya ni siquiera recuerdo bien sus palabras.

Asustado, volvió a tocarse el cuello. Zoe intentó no darle más importancia.

—Bueno, no te preocupes. No creo que tenga más intención que esa, después de todo sabe que tanto por nuestra parte como por la suya este trato saldrá bien, si no... ambas partes podrían salir perdiendo.

—Supongo —respondió David.

Noah sin embargo comenzó a preocuparse. Sabía muy bien cómo trabajaban ese tipo de personas y si Kristoff se había insinuado no lo hacía por simple interés y desde luego, no se olvidaría de la petición que había hecho. Condujo en silencio al igual que el resto de sus compañeros. En el momento en que llegaron a casa, Danny y Jeremy se percataron de que algo había ido mal.

Mientras David se fue directo al sofá para hablar con ellos, Noah hizo un gesto a Zoe para que le acompañara. Entraron al dormitorio de él y este cerró la puerta a sus espaldas.

—No deberíamos de encerrarnos así cuando están los demás en casa, Noah —dijo Zoe.

—Escúchame bien, no voy a permitir que ese cabrón te toque un pelo.

Zoe no pudo evitar esbozar una sonrisa. Nunca se había sentido tan afortunada al escuchar cómo alguien a quien quería la protegía de esa forma. Se acercó a él, Noah estaba apoyado en la puerta del dormitorio, le sonrió e incluso notó cómo su corazón se aceleraba con rapidez. No se lo pensó dos veces antes de besarle.

Sus labios rozaron los de Noah con delicadeza. Apoyó su mano en el pecho de él, quería sentir el latido de su corazón mientras le besaba, quería transmitirle la tranquilidad que sentía estando a su lado también.

—No te preocupes —le dijo cuándo se separó un poco de él. Acarició su mejilla y le dedicó la mejor de sus sonrisas—. Sé cuidarme sola, pero sé que tú también lo harás y no sabes lo feliz que me hace eso.

—Tengo miedo, por primera vez en mucho tiempo tengo...

—Shhh. —Ella puso un dedo sobre los labios de Noah. Negó con la cabeza—. No te preocupes por nada. Todo irá bien, te lo prometo.

—Está bien.

Ella volvió a dejarle un delicado beso en los labios. Le apartó para abrir la puerta de su dormitorio.

—Se preocuparán si ven que no salimos —le dijo, sonrió de nuevo y mordió su labio inferior—. Esta noche vendré a hacerte una visita.

Cuando Zoe cerró la puerta, Noah apoyó su espalda y cabeza en la madera, disfrutó de ese aroma y aquel beso como si hubiese sido el último. Sonrió, como nunca lo había hecho. Puso una mano en su pecho y sabía que ese nerviosismo que le recorría por dentro no podía significar otra cosa que amor. Amor por una mujer que le había vuelto loco en apenas unas semanas.

Había conocido de nuevo la felicidad, pero también todo lo que ello conllevaba. Celos, momentos de tristeza, añoranza. Todo parecía formar parte de un círculo en el que solo quería estar con Zoe.

Para no salir jamás.

—Vamos, David, si empiezas así te va a ser imposible estar en esta misión. —Jeremy le miró con firmeza—. Ya sabíamos que esto no iba a ser fácil.

—Tú no has estado ahí, si hubieras visto la mirada de ese cabrón. Prácticamente me decía que estaba deseando tenerme en esa sala de tortura

para hacerme cualquier cosa. —David dio un golpe seco en la mesita que había delante del sofá.

—David, para, así lo único que conseguirás es ponerte peor —Él se dio la vuelta para ver cómo Zoe aparecía por el salón—. Tenemos que tener nuestros nervios controlados, sobre todo eso. Si dejamos que se den cuenta de cómo nos está afectando esto, van a terminar por descubrirnos a todos. Y eso es lo que menos queremos.

Se acercó para sentarse a su lado y puso una mano sobre la de su amigo.

—No te olvides del camino que has recorrido, de lo orgulloso que estás de tu trabajo y de todo lo que te queda por conseguir —volvió a decirle.

—Te juro que la sangre me hirvió cuando le escuché hablar sobre cómo ya habían engañado a los Figueroa. Hubiera deseado decirles que fuimos nosotros quienes lo hicimos y ponerlos en su lugar. —David sonrió por primera vez desde que habían vuelto a casa—. Son tan estúpidos que ni siquiera se han dado cuenta de que están trabajando con esas personas.

—Eso es porque todo fue eliminado en su día, nosotros también sabemos hacer bien nuestro trabajo —interrumpió Noah—. También después de lo que pasó... bueno, en esas ocasiones todos los archivos e información suelen borrarse de las bases de datos universales.

—Puedes decirlo claro, después de que te cargaras a un agente tuvisteis que arreglar la mierda que tú y los tuyos habíais provocado.

—¡David! —le gritó Zoe.

Él ni siquiera se había dado cuenta de las palabras que había pronunciado. El enfado había logrado que hablara por sí solo. No le dio tiempo a disculparse con Noah, este desapareció sin más, cerrando la puerta del apartamento a sus espaldas.

—Joder, David, ya tiene suficiente como para que se lo vayas recordando —le recriminó Zoe.

Jeremy y Danny no podían hacer más que permanecer en silencio.

—Y ahora, ¿por qué lo defiendes? —David levantó su vista—. Yo solo he dicho algo que era cierto y tampoco quería ofender.

—Pues a veces lo haces. —El gesto de Zoe hacia su amigo era de enfado total. Le dieron ganas de darle un puñetazo por bocazas, sin embargo, se giró y fue hacia la puerta—. Voy a buscarle, lo último que quiero es que esta pelea termine en algo peor. Sois estúpidos.

Cuando Zoe salió del apartamento fue hacia el ascensor, sin embargo, se

encontró a Noah sentado en las escaleras del piso inferior. Estaba agachado, con la cabeza entre sus brazos. Se sentó a su lado y puso una mano sobre su espalda.

—No se lo tomes en cuenta, está cabreado por lo de hoy —dijo apenas en un susurro.

Noah levantó la vista, ella vio que estaba a punto de llorar. Sus ojos cristalinos no podían indicar otra cosa. Le dio un vuelco el corazón y no pudo hacer otra cosa que abrazar al hombre que había conseguido que recuperara su felicidad.

—Lo siento —le dijo.

—No tienes la culpa, Zoe, nadie la tiene excepto yo. —La voz de Noah sonaba débil, cansada—. Estoy cansado de que todo el mundo me recuerde que maté a alguien inocente. Nadie lo sabe más que yo, nadie sabe que la mayoría de las noches sueño con su mirada asustada segundos antes de que apretara ese gatillo que acabó con su vida. Recuerdo sus ojos abiertos cuando murió tirado en el suelo y envuelto en su propia sangre, incluso recuerdo como casi morís David y tú... lo recuerdo todo, y jamás me olvidaré...

—Tranquilo... —Zoe le abrazó con más fuerza. Obligó a Noah a que dejara su rostro entre sus brazos, tuvo la sensación de que estaba consolando a un adolescente totalmente perdido—. Sé que jamás te vas a olvidar de ello porque eres una magnífica persona y no pudiste hacer más.

Aquello... Zoe supo al instante que tenía que confesar sus sentimientos con respecto a lo que le pasó a Jamie. Había perdonado a Noah, le quería, pero él necesitaba saber que jamás se lo reprocharía.

—También te engañaron, nadie te dio la oportunidad de rectificar —continuó ella mientras acariciaba el cabello de Noah—. Sé muy bien que si hubieras sabido mucho antes que Jamie era de la CIA hubieras hecho algo para evitarlo, pero tuviste que elegir entre él y tu vida, y aunque creas que es egoísta incluso yo podría haberlo hecho.

—Pero... —Noah alzó un poco su mirada—. Maté al hombre al que amabas.

Ella cogió su rostro entre sus manos para alzarlo y que le mirara con fijeza.

—Y ahora te amo a ti, ¿me oyes? —le dijo a Noah con firmeza—. Por más rebuscado que parezca creo que el destino actuó como lo tenía que hacer. Yo he aprendido muchas cosas en estos años y ahora... solo sé que quiero estar contigo y que, por algún motivo, tenemos que estar juntos... ¿está claro?

—Sí... —Noah apenas sonrió, pero lo hizo con sinceridad.

Zoe dejó un beso en su frente y volvió a abrazarle.

La visión de David se cruzó con la imagen de la pareja desde lo alto de las escaleras. Su intención de disculparse le había llevado a ver algo que jamás en la vida hubiera deseado, y menos creído. Cerró sus puños con fuerza, en silencio y volvió al apartamento sin poder creer aún cómo Zoe había sido capaz de traicionarse incluso a sí misma y acabar consolando a un hombre que había acabado con todo lo que había tenido en la vida.

Noah alzó la mirada, él y Zoe habían estado sentados en aquellas escaleras cerca de una hora, prácticamente en silencio y sin romper ese momento de confesión por parte de ambos. Se levantó y le dio la mano para subir hacia el apartamento. Sus compañeros miraron a Noah y asintieron, él sabía muy bien que siempre iba a contar con el apoyo de ellos, y aunque era cierto que no odiaba a David, jamás iba a poder llevarse bien con él si seguía tratándole así.

—¿Dónde está David? —preguntó Zoe mientras iba a beber un poco de agua.

—Se ha ido a dormir un rato, dijo que estaba agotado —aclaró Jeremy—. Si os parece, nosotros podemos mirar las grabaciones que tomamos del hotel.

Ambos asintieron. Al menos Noah podía agradecer no tener que cruzarse con David en ese momento, estaba demasiado dolido como para dirigirle la palabra y si le hubieran dado la oportunidad seguramente habría acabado peleándose con él. Aunque no fuera hombre de usar la fuerza, sin pensárselo dos veces habría actuado de esa forma después de tanto maltrato por parte de su compañero.

—¿Habéis visto algo raro? —preguntó Zoe nada más sentarse en el sofá.

—En realidad no, pero eso es lo más curioso de todo. —Danny señaló a la pantalla del ordenador—. Han querido actuar tan normal que ni siquiera se han dado cuenta de su error. Mirad esto.

Danny abrió otro documento en el que aparecían unos planos.

—¿Eso es del hotel? —Zoe soltó un silbido—. Así que ahora resulta que tienen mucho más que esconder de lo que parece.

—No estamos seguros —aclaró Jeremy—. Pero mirad, en las grabaciones se muestra a Kristoff antes de que llegais, iba hacia una sala que no tenía cámaras, según los planos en esa sala se aloja un ascensor que está oculto. Lo que me hace pensar que o bien abajo tienen escondido parte de sus mercancías o, puede ser que al igual que su base de operaciones ese hotel tenga más que esconder de lo que parece.

—Según los informes que nos mandaron de la CIA el Westin Grand tiene

unos ingresos impresionantes y, además, cosa que nunca me ha extrañado, a él acuden muchos corruptos o gente que quiere pasar desapercibida —dijo Noah.

—De ahí que cada viernes haya una fiesta especial. Y podéis estar seguros de que todo forma parte de una tapadera bien montada.

Todos asintieron mirando a Zoe.

—Muy bien, creo que tenemos que ganarnos su confianza. Tal vez así logremos averiguar qué esconden ahí abajo. ¿No os parece? —Ella bebió un poco de agua y sonrió—. Y creo que ya sé cómo puedo hacerlo.

—Ni se te ocurra, ¿me has oído? Es muy peligroso. —Noah la miró con firmeza.

—No tiene por qué, además ya oíste a David esta mañana, Kristoff no es de esos que se anda con tonterías y yo tampoco lo soy.

—Ya lo sé, y jamás dije que lo fueras, pero no estoy de acuerdo —volvió a protestar él con firmeza.

—Un momento —interrumpió Danny—. Me estoy perdiendo, ¿alguien me puede explicar qué demonios intentas hacer?

Noah suspiró. Se echó hacia atrás para apoyar su espalda en el sofá y cruzarse de brazos. Por más que intentaran convencerle no lo conseguiría, bastante estaban poniendo en peligro su vida en esa misión como para hacer alguna locura que empeorara aún más la situación en la que se encontraban.

—Digamos que Kristoff me ha puesto los ojos encima —aclaró Zoe mirando a sus compañeros.

—Y ¿piensas dejarte seducir para descubrir qué hay en el hotel? —Jeremy puso los ojos en blanco—. Creo que en esta ocasión estoy con Noah, no creo que debas jugar con esas cosas.

—Vamos, chicos...

—En mi opinión no es mala idea —añadió Danny—. Pero creo que no debes ser tú quien imponga eso, mejor espera a ver qué es lo que él realmente quiere. Además, no debéis olvidar que seguro ahora mismo aún estáis a prueba. Es demasiado arriesgado que des ese paso desde el primer momento.

—Gracias, Danny —dijo Noah—. Al menos hay alguien más cuerdo aquí.

—Aguafiestas —Zoe se burló de Noah, le miró y al final consiguió sacarle una sonrisa.

—Claro, seguro que soy todo eso pero, aun así, sigo teniendo razón.

Después de aquella charla, de trabajar y aclarar algunas cosas sobre cómo

tendrían que hacer las cosas, todos tuvieron la sensación de que las horas pasaban más rápido de lo normal dando paso a la noche...

—Explícame por qué demonios se te ha pasado por la cabeza querer hacer eso. —Noah tenía sus manos apoyadas en la pared de su dormitorio, acorralando a Zoe contra esta. Su mirada firme podría intimidar a cualquiera, pero él seguía esperando una respuesta—. Estás un poco loca, ¿sabías?

—Sí, loca por ti —respondió ella esbozando una delicada sonrisa—. Y lo sabes. ¿Acaso otra vez estás celoso?

Zoe mordió su labio inferior. La luz en el dormitorio era tenue y solo alcanzaba a ver parte del rostro de Noah, pero estaba segura de que sonreía de oreja a oreja.

—Cuando alguien más sugiere que quiere besar estos magníficos labios... —Noah se acercó despacio y dejó sus labios pegados a los de ella sin llegar a besarla—. Sí, la verdad es que sí que me pongo celoso.

—Ya veo... —susurró Zoe.

Ella llevó sus manos hacia las muñecas de Noah. Él seguía ahí parado en silencio, jugueteando con su respiración sobre los labios de ella. Zoe sonrió antes de lanzarse a por los labios de su hombre, no soportaba más estar separada de él.

Noah bajó sus manos y agarró a Zoe por la cintura mientras seguían besándose. Apenas se movieron, ella seguía entre la pared y el cuerpo de Noah, disfrutando de sus caricias, de su tacto... del sabor de su boca. Elevó una de sus manos hacia la nuca de este para atraerlo más hacia sus labios. Él acarició su mejilla, la miró fijamente cuando se separaron por unos segundos, y sonrió, como nunca le había sonreído. La cogió de la mano y la llevó hacia la cama.

Las manos de ella se deshicieron de la camiseta de Noah cuando tuvo su cuerpo cerca. Mordió su labio inferior, sus manos acariciaron el cuerpo semidesnudo de él sin dejarse siquiera algunas de las cicatrices que descansaban en su costado izquierdo y pecho. Se alzó para rodear el cuello de él con sus brazos y volver a besar esos magníficos labios.

—Eres maravilloso... —le susurró pegada a estos.

Noah no respondió, esbozó una sonrisa y volvió a besarla. La desnudó notando cómo toda su piel se erizaba bajo el tacto de sus manos. Se dedicó a acariciar su piel y a regalarle decenas de besos por su cuello, pecho, brazos, costado... cada centímetro de piel desnuda. Las manos de Zoe fueron hacia el

pantalón de Noah y lo desabrochó bajándolo un poco, se aferró a su cuerpo mientras él seguía pegado a sus labios. Su respiración ya se había vuelto entrecortada, nerviosa, excitada.

Él podía notarlo, más cuando paseaba la punta de su lengua por el cuello de Zoe haciéndola estremecer y gemir de placer.

Jamás había deseado tanto a una persona como la deseaba a ella, y se juró que también creía que jamás había amado a nadie como Zoe estaba consiguiendo que se enamorara. Quería descubrir cada parte de su cuerpo, de su alma y de todo su ser.

«Haz lo que quieras con mi cuerpo...», a Zoe no le hacía falta hablar con palabras, miró a Noah y su expresión dijo mucho más de lo que pudiera pedir con sus labios.

Los movimientos de él eran apasionados y tranquilos a la vez. Marcó un ritmo suave con sus caderas mientras que sus labios y manos hacían el resto. Con besos y caricias estaba explorando el cuerpo de Zoe mientras seguía moviéndose una y otra vez en su interior. Las manos de ella se habían aferrado a la espalda de Noah, clavando sus uñas, le besó con pasión, susurró un «te quiero» en su oído y sus gemidos se entremezclaron en cada uno de los besos que ambos se entregaban. Zoe echó su cabeza hacia atrás, rodeó con sus piernas la cintura del agente, solo quería sentirle todo lo que pudiera. No podía permitirse rechazar ninguna parte de su cuerpo, ningún beso, ningún movimiento... se estaba haciendo adicta a Noah en cada movimiento que él daba, a cada segundo que pasaba.

Le amaba, simplemente le amaba.

Jamás pensó que nadie pudiera rescatarla de la oscuridad donde ella estaba. Y ahora, en medio de la luz tenue del dormitorio del agente, había recuperado la felicidad que perdió muchos años atrás. Podía notar como él también la amaba con cada beso y cada movimiento, con cada caricia en su piel. Acarició las cicatrices de Noah, él sonrió. Nadie había tenido nunca ese gesto con él. Zoe había logrado convertir los dolorosos recuerdos en algo maravilloso. Sabía que ella amaba todo de él, sin reproches, sin resentimientos, tal y como era.

Acarició su rostro, la yema de sus dedos quedaron mojadas por las lágrimas que empezaron a brotar de los ojos de ella. Era la primera vez que le pasaba

algo así.

—Perdona... —susurró ella entre gemidos.

—Te amo —respondió Noah y sonrió mirándola a los ojos.

Puede que apenas se conocieran desde hace unas pocas semanas, pero la amaba. Besó cada parte de su piel donde las lágrimas habían dejado su marca. Siguió moviéndose en su interior, mientras la besaba, acariciaba... y ella solo pudo seguir llorando mientras se aferraba a su cuerpo hasta que ambos se dejaron llevar por la pasión, explotando en ese maravilloso éxtasis que tanto habían echado de menos.

—Nadie me había hecho llorar... —susurró Zoe.

Permaneció entre los brazos de Noah mientras seguía acariciando las cicatrices de su cuerpo.

—Nadie había logrado que algo tan doloroso como esto, recobrar un significado más que maravilloso —respondió él llevando su mano hacia la cicatriz que ella acariciaba en su costado—. No quiero que nada ni nadie nos separe, Zoe. Tienes que prometerme que llevarás cuidado, por favor.

Ella asintió, se movió un poco para quedar echada sobre el cuerpo de Noah. Lo miró y sonrió.

—Lo prometo —le dijo antes de sonreír.

Mordió el labio inferior de Noah y entrecerró los ojos. Él conocía bien esa mirada.

—¿Nunca te cansas? —preguntó él.

—No cuando haces que me vuelva tan loca. —Zoe se colocó a horcajadas encima de su cuerpo, dejó que su cabello le hiciera cosquillas en su pecho y se agachó para besarle apasionadamente—. ¿Acaso tú quieres dormir?

Lo miró, se levantó para quedarse sentada y mordiendo su labio inferior le pidió que se uniera a su cuerpo una vez más.

¿Acaso podían evitar no acabar en las garras del amor? Se dejaron llevar. Dos almas que durante muchos años habían sufrido, dos personas que habían perdido la esperanza por encontrar la felicidad que tuvieron una vez en sus manos. Y ahora, eran dos personas unidas descubriendo que siempre había lugar para las segundas oportunidades.

La madrugada llegó, se abrazaron con fuerza y durmieron unas cuantas horas

hasta que la mañana resplandeció hacia el interior del dormitorio de Noah. Zoe se giró desperezándose, aún con el sabor de sus labios sobre los suyos. No pudo evitar sonreír. Podía permitirse ser feliz y lo sabía. Miró el despertador y la sonrisa se borró de sus labios de golpe.

—Noah, son las once de la mañana. ¡Mierda! —Le movió—. Nos hemos dormido, vamos... despierta...

Él apenas se movió. Se permitió abrir los ojos poco a poco y mirar el rostro alterado de Zoe.

—¿Y? —le preguntó ya con esa característica sonrisa en sus labios.

—¿Cómo que y...? —Zoe volvió a moverle—. Se supone que yo no estoy aquí, ¿recuerdas?

Zoe negó con la cabeza, puso los ojos en blanco cuando vio sonreír a Noah y él simplemente le pedía que besara de nuevo sus labios. La dejó escapar para que se vistiera sin perder ni una sola vez la visión de su magnífico cuerpo desnudo.

—Te voy a matar —le dijo.

—¿Por qué? ¿No fuiste tú la que quería estar así una y otra vez? —Noah la miró con firmeza. Apoyó sus manos sobre el colchón y se incorporó mordiendo su labio inferior.

Zoe se sonrojó al segundo.

—Vale, no lo voy a negar...

—Y aunque quisieras, no puedes... —Él se encogió de hombros—. Así que, admite que eres increíblemente feliz y ya está.

—Lo soy, no me hace falta admitir nada. Pero aun así tengo que salir de aquí. —Se vistió a toda prisa y se acercó para besar los labios de Noah.

Él se tiró sobre la cama mientras veía cómo Zoe salía de su habitación.

La casa estaba en silencio, caminó despacio hasta su dormitorio observando que la puerta del de Jeremy y Danny estaba entreabierta. «¿Estarán durmiendo?», no se permitió mirar, se fue hacia su habitación para darse una ducha y cambiarse de ropa. No dejó de pensar en Noah en todo momento, en cómo sería su vida con él cuando terminaran aquella misión y volvieran a casa.

Sonreía como una tonta enamorada, pero sabía que lo hacía porque eso era lo que sentía por ese maravilloso hombre. Fue a la cocina y bebió un poco de agua, sus compañeros estaban como siempre en el salón, repasando cosas de

la misión. Notó que el único que faltaba era David.

—Zoe, ¿puedo hacerte una pregunta? —Jeremy se giró y miró a los ojos de su compañera.

—Claro, dime. —Ella arregló su cabello mojado y empezó a prepararse el desayuno.

—¿Podríais ser Noah y tú menos escandalosos? —dijo con firmeza—. Es que las paredes no son de hormigón y bueno, uno no puede dormir...

Zoe se quedó paralizada. No sabía qué responder, ni siquiera podía respirar... sus mejillas comenzaron a arder. Apenas unos segundos después Noah apareció por la puerta.

—¡Mirad, si es el semental! —bromeó Jeremy.

Noah alzó una ceja, vio la expresión de Zoe y se echó a reír sin poder evitarlo.

—Lo sabéis —admitió mirando a sus compañeros.

—Es que con esos gritos es imposible no enterarse. Seguro que se escuchan en el último edificio de la calle —añadió Danny.

Zoe seguía muerta de la vergüenza. Tanto que siguió preparando todo en silencio, mientras sus compañeros la miraban con una sonrisa. Noah se acercó para abrazarla por la espalda.

—Estás preciosa cuando te sonrojas, ¿sabías? —le susurró al oído—. Es mejor así, sabes que vamos a tener su apoyo y yo no quiero reprimirme a la hora de darte un beso o abrazarte.

Ella se giró, apoyó su cintura en la encimera de la cocina y sonrió. Acarició la mejilla de Noah para besarle con delicadeza.

—Te amo —dijo antes de que su expresión se volviera algo seria—. Es solo que...

—Él lo entenderá —interrumpió Noah—. Después de todo es tu mejor amigo, ¿no? Estoy seguro de que solo quiere lo mejor para ti.

—Lo sé.

Zoe volvió a sonreír, él se acercó para besar sus labios.

—Si vais a estar así todo el día, idos a la cama —dijo Jeremy—. *Puaj*, ahora sí que hemos hecho un buen viaje. Casi todo el día encerrado y aguantando a los tortolitos.

Todos rieron ante la broma del joven, pero lo cierto es que tanto él como Danny estaban encantados de ver cómo dos personas que habían sufrido tanto

habían decidido darse una segunda oportunidad.

—¿Dónde está David? —preguntó Noah mientras ayudaba a Zoe.

—Dijo que quería despejarse un poco —respondió Danny—. Quería echar un vistazo también a las calles, supongo que no tardará mucho en llegar.

Zoe asintió, conocía muy bien a David. Aún tenía que pensar las palabras que escogería para hacerle entender lo que sentía por Noah. Porque sabía que le odiaba y que seguramente terminaría por odiarla a ella misma por ello. Estaba nerviosa, no podía evitarlo, sin embargo, en apenas unos minutos había experimentado de nuevo lo que significaba la felicidad, a pesar de haber destrozado el corazón de alguien que había estado a su lado durante años.

El de ojos verdes miraba al cielo intentando encontrar las palabras suficientes para consolarse así mismo después de lo que había visto. Sabía que Zoe y Noah estaban juntos, lo sabía, ¿cómo había sido tan estúpido como para no darse cuenta antes? Caminando con sus manos en los bolsillos se maldijo cuando el recuerdo de aquella noche le llegó a la mente. Se había declarado a la única persona que había amado de verdad, y una vez más había aceptado que no serían más que amigos. La sonrisa de Zoe, su mirada, sus gestos, todo le maravillaba. Sin embargo, ella había elegido a Noah.

—Precisamente a Noah... —dijo para sí mismo en apenas un susurro.

«Si supiera cuánto la necesito, si solo se diera cuenta...». Había estado despierto toda la noche, paseándose por el apartamento y maldita la hora en la que decidió comprobar que efectivamente Zoe no se encontraba en su dormitorio. La había escuchado amar a ese hombre mientras apoyaba la frente en la puerta de la habitación de Noah, odiándole con toda su alma. Odiando a los dos.

Odiándose incluso a sí mismo por ser tan estúpido, por haber permitido que su corazón sufriera durante tanto tiempo. Sentía que no había nada a su alrededor, estaba caminando por las calles de Berlín en silencio sin percatarse de todo el que estaba a su lado, porque en realidad ahora se sentía más solo que nunca.

Y siempre iba a ser así.

—¡Michael! —David escuchó una voz conocida, pero siguió adelante entre sus pensamientos—. ¡Michael!

Kristoff fue a su encuentro. Golpeó a David en el hombro.

—Ey —le dijo mirándole a los ojos—. ¿Estás sordo o qué?

—Hola, Kristoff, no me había dado cuenta de que me llamabas.

Lo cierto es que David aún no se había acostumbrado a que le llamaran por su alias.

—¿Estás bien? —volvió a preguntarle el Wildhunde—. Te noto distraído.

—Sí, sí... —David le miró y sonrió—. Solo estaba dando un paseo, para despejarme, ya sabes. Eso de estar encerrado cuando una ciudad nueva tiene tanto que ofrecer no es lo mío. Y tú, ¿dónde ibas?

—A tomar algo como los compañeros, hay una cafetería cercana por aquí. De vez en cuando me gusta desviarme del centro de la ciudad, es un poco agobiante.

Mientras Kristoff caminaba a su lado, David recordó que cerca de esa zona estaba la cafetería donde todos se reunían algunas mañanas.

—¿Puedo acompañarte? —le pidió David mirándole a los ojos.

—Claro, además, iba a pedirlo yo mismo.

Llegaron a la cafetería. En esta estaban Klaus y Adam, además de dos hombres que recordó haber visto cuando fueron al lugar donde la banda trabajaba. Saludó a todos y sonrió, al menos por unos minutos dejaría de ser el desdichado David para convertirse en alguien que no tenía nada a lo que aferrarse.

—Un *cappuccino*, por favor —pidió a la camarera cuando se acercó a él.

—¿Cómo va el pedido? —le dijo Klaus mirándole con su característica seriedad.

David giró su rostro para encontrarse con la mirada de Adam, aún podía recordar su *maravilloso* encuentro.

—Viento en popa, todo llegará según lo previsto —respondió David mirando a los que eran sus compañeros durante esa misión—. Podéis estar tranquilos.

—Tranquilo, chico, lo estamos. —Fue Adam el que le dirigió la mirada y sonrió con malicia.

Sabía que eso ponía nervioso al de ojos verdes y le encantaba. Para su fortuna, todos comenzaron a hablar y ya no hubo más palabras intimidatorias hacia él.

—Dime, Michael, ¿cómo están los demás? —preguntó Kristoff mirándole.

—Bien, estaban en el apartamento, ultimando los detalles —respondió David—. Les mandaré saludos, están locos por empezar a trabajar.

—Puedo imaginarlo, ojalá durante estos días tengamos alguno libre. Me

gustaría invitar a tu hermana a cenar —confesó Kristoff hablando solo para David—. Estos no están de acuerdo, pero la verdad es que me apetece muchísimo. ¿Te parece?

David se quedó en silencio, pensativo. Hablar de Zoe en ese momento llegaba incluso a enfadarle, tanto que las palabras salieron de su boca por sí solas sin saber muy bien por qué.

—¿Por qué no me iba a parecer bien? —Miró a Kristoff y sonrió—. Ella es una chica maravillosa y la verdad es que siempre se está quejando de que nadie quiere salir con ella por ahí. Estoy seguro de que le va a parecer perfecto que se lo pidas, así que, no vas a perder nada por intentarlo.

David sonrió.

—Genial, entonces le pediré salir. Gracias por el apoyo.

—De nada —respondió David—. Por mi parte, tienes carta blanca para salir con ella cada vez que lo desees.

«Y ahora, ¿qué, Noah? Quien ríe el último ríe mejor». David se dijo a sí mismo aquellas palabras sin ser consciente de las consecuencias que iba a acarrear lo que le había dicho a Kristoff. En lo único que podía pensar era en el odio que sentía hacia el agente del FBI, pero tampoco era consciente de que en medio de su odio estaba la persona a la que juró proteger desde el primer momento en que se conocieron.

En ningún momento fue consciente de que iba a ser Zoe quien pagara todas las consecuencias.

David volvía a casa observando en su mano derecha la invitación que Kristoff le había entregado para Zoe. El Wildhunde, después de su charla con él, decidió aprovechar la primera oportunidad que tuviera delante. Aún podía recordar lo agradecido que se había marchado del restaurante cuando él le dio su permiso para que la invitara a cenar ese mismo viernes. Pensar en cómo se iba a sentir Noah al escuchar la noticia logró que el agente sonriera como nunca lo había hecho.

«Ahora aprenderás...», volvió a decir para sí mismo mientras sus ojos se fijaban en el horizonte. No se percató en ningún momento de que estaba poniendo en peligro la misión por culpa de sus celos, y aún peor, poniendo en peligro la vida de alguien a quien quería por el simple hecho de vengarse de Noah. Sí, había perdido en el amor contra un hombre que odiaba, pero como siempre solía decirse para sí mismo... «Quien guarda los últimos ases en la manga siempre tiene las de ganar».

Y así lo había creído siempre.

—Ya estoy en casa —dijo nada más abrir la puerta del apartamento, después de unos minutos más de caminata.

—Bienvenido —respondió Danny que aún seguía repasando las grabaciones del hotel intentando averiguar algo más de lo que ya sabían—. ¿Todo bien?

—Perfecto.

David miró a su alrededor. Noah estaba en la terraza revisando algunos papeles y Zoe estaba en la cocina preparando la comida para todos. Podría haberse enfadado, haberle reprochado muchas cosas, pero no lo hizo. Sin duda, la satisfacción que iba a obtener al entregarle la invitación de Kristoff iba a ser suprema.

—¿Qué llevas ahí? —Noah entró de la terraza y vio cómo David sonreía.

Después de todo, y ojalá fuera así, la reacción al saber lo suyo con Zoe no iba a ser tan mala.

—Oh, es solo algo para ella —dijo mirando hacia la cocina—. Os alegrará saber que la señorita tiene una cita el viernes por la noche.

—¿Qué? —preguntó Jeremy con asombro, miró a David y no daba crédito a las palabras que este había pronunciado—. Será una broma.

—Para nada. —David negó con la cabeza y alzó la invitación para la fiesta del hotel—. Kristoff me la ha dado, así que...

Se acercó hacia la cocina para hablar con Zoe.

—Para ti, disfrutarás de una magnífica velada. —Sonrió mirándola cuando ella se giró mientras se limpiaba las manos con un paño—. Y Kristoff está encantado. Además, los chicos me contaron que tenías intención de averiguar que hay en el hotel así que... esta es tu oportunidad, ¿no?

David le hizo un guiño. El rostro de Zoe se volvió completamente serio.

—En realidad no, ya he decidido que no quiero poner nada en peligro. Si tenemos que descubrir qué hay en el hotel será mejor descubrirlo cuando ellos quieran mostrarnos algo —le dijo ella, cogió la invitación y la miró—. Y ¿a qué viene esto? No creo haber hablado con Kristoff para acordar cualquier tipo de encuentro con él.

—Ha hablado conmigo, esta mañana me lo he encontrado dando una vuelta. Hemos ido a la cafetería donde suele quedar con los demás de la banda y bueno, me ha preguntado...

—Te ha preguntado ¿qué? —Noah apareció detrás de ellos con claro gesto de pocos amigos.

—Que si me parecía bien que mi hermana saliera con él —respondió David con firmeza. Sonrió mirando a Noah—. Y no creo que haya ningún problema en que ella salga con Kristoff.

Zoe le miró en silencio, desvió su mirada hacia Noah y podía intuir qué es lo que estaba pensando. Se acercó a David, no sin dejar de mirar a su novio, y sonrió.

—Iré —dijo sin pensárselo dos veces—. Después de todo no creo que pase nada por concederle la oportunidad de salir conmigo. Y tal vez, si tenemos suerte, podamos averiguar algo, ¿no?

Ella esbozó una enorme sonrisa. Pero a Noah el tema seguía sin hacerle gracia.

—No creo que debas hacerlo —le dijo.

—Y yo no creo que sea algo que se pueda rechazar, ¿vale? —David le miró con firmeza—. Todos estamos jugando a un juego después de todo, y si esto tiene que formar parte de ese juego, debemos aceptarlo y punto.

—¡Pero tú eres gilipollas, David! —Noah alzó la voz sin apenas ser consciente de ello—. ¿Acaso no te das cuenta del peligro en que la pones?

Hizo el amago de acercarse a él, pero Jeremy se metió entre ambos para evitar la pelea que podría haberse dado en cualquier momento. Zoe se acercó al agente y le dio la mano para llevárselo hacia la terraza, mientras David no pudo evitar pronunciar sus últimas palabras:

—Vete a la mierda, Noah, estoy harto de tener que hacer siempre lo que tú dices... ¡¿Me oyes?!

Nada más salir, Noah no pudo evitar dar una patada a la mesa de madera que descansaba sobre el suelo de terrazo. La rabia le consumía por dentro.

—Es un inconsciente, Zoe, un inconsciente... maldita sea. —Noah se movió de un lado a otro hasta que ella le cogió de las muñecas y le obligó a mirarla.

—Déjalo, es un imbécil, lo sé. Pero seguro que ni siquiera ha pensado en lo que ha hecho. Sabes que estas cosas pueden pasar y si fuera Kristoff quien me lo hubiera pedido, seguramente tampoco le hubiera rechazado. —Ella sonrió y acarició la mejilla de Noah con sus dedos—. No si eso hubiera puesto en peligro la misión, lo sabes.

—Pero... —Noah negó—. No creo que lo haya hecho por eso, le conoces y sabes que me odia. Seguro que lo ha hecho a conciencia.

—Vamos, Noah, no creerás ahora que todo esto es por celos... David nunca ha sido así.

—¿Ahora lo defiendes?

—No lo estoy defendiendo, te estoy diciendo que no creo que ese sea el problema. Te prometo que llevaré cuidado, Noah, solo es una salida, ni siquiera te lo tomes como si fuera una cita porque no lo es. Saldré con él, hablaremos e intentaré averiguar toda la información que pueda sobre sus actividades en el hotel. —Ella volvió a mirarle con una enorme sonrisa—. Y cuando vuelva... te prometo que estaré a tu lado como cada noche, ¿está bien?

¿Cómo iba Noah a enfadarse cuando la mirada de ella demostraba todo el amor que sentía por él?

Noah afirmó con un movimiento de cabeza, las palabras no fueron necesarias. Zoe levantó sus talones para llegar a la altura de él y poder alcanzar sus labios en un dulce y delicado beso. Ya no le importaba que sus compañeros pudieran verles, ni siquiera que David lo hiciera, porque ya no podía reprimir más el amor que sentía hacia ese hombre.

Por más que hubiera personas en desacuerdo con ella. Y por más que

intentaran ponerle trabas o las cosas difíciles, estaba segura de que jamás conseguirían separarle de él. Entregó de nuevo su mano a la de Noah y ambos entraron en el salón. David no dijo nada, permaneció en silencio revisando los papeles de la misión y los últimos informes que les habían mandado desde Nueva York.

Al parecer los Wildhunde no solo estaban empezando a controlar el tráfico de armas en la mayoría de Europa, sino que la banda también tenía tratos con algunos miembros del gobierno de Alemania.

—Este sí es un tema delicado —dijo Danny mirando a su compañero—. Por eso vemos a tantas personas importantes en el hotel cada viernes en sus celebraciones, es posible que estén aceptando sobornos por parte de la banda. Tal vez, al contrario, no lo sé. Pero estoy seguro de que han conseguido unos buenos tratos, si no, no puedo comprender cómo se han expandido tan pronto en el mercado.

—Aquí hay algo que no cuadra. —David habló con la serenidad que no había tenido en los minutos anteriores mientras hablaba con Noah—. Desde luego tenemos que averiguar de qué se trata. Tal vez así encontremos una forma más rápida de revelar todas sus cartas y poder acabar con ellos cuanto antes. Si tengo que estar así dos años...

—Tranquilo, no lo estarás. —Jeremy supuso lo que David iba a decir, por eso le interrumpió lo más pronto posible—. Después de todo, somos un equipo y tenemos la ayuda de Langley y del FBI, así que... podemos estar tranquilos.

—Seguro —protestó David.

—Deberías dejarlo ya —le advirtió Danny. Él no iba a andarse con evasivas como Jeremy. David le dedicó una mirada nada agradable—. Lo siento, pero sabes que tenemos razón, no hay motivo para que te pongas a la defensiva. Cuanto más te quejes peor saldrán las cosas, y más tiempo estaremos aquí, se supone que tenéis que entregar las armas a la banda en menos de cinco días, ¿no?

—Sí, pero no veo qué tiene que ver con esto...

—Que te pongas a trabajar, así de simple. Las armas no pueden llegar aquí como si nada y que ellos se den cuenta, así que tienes que ir a esta dirección para recibir todo y subirlo al todoterreno. —Danny se levantó para darle una tarjeta a su compañero—. Esta es la dirección.

Todos habían notado que aquella conversación no había sentado nada bien a David, sin embargo, no protestó. Cogió la tarjeta y se la guardó en el bolsillo.

—Llegan mañana, ¿verdad? —La sonrisa irónica que David esbozó entre sus labios no gustó a sus compañeros. Pero aquello ya se estaba volviendo demasiado habitual en él—. Haré mi trabajo como siempre, mejor que bien. Así que no os preocupéis. Voy a ver cómo va la comida.

Después de recibir la *magnífica* noticia, no iba a ser el mejor día para Zoe. Tenía que admitir que no le apetecía nada ir a la fiesta y mucho menos con Kristoff. Pero aun así intentó mostrar la mejor de sus sonrisas hacía Noah y todos sus compañeros, incluido David. Seguía pensando que aquello había sido un paso inocente por su parte, sin nada de premeditación, pero aquello era algo en lo que sin duda estaba equivocada.

Noah bebía cerveza apoyado en la encimera de la cocina mientras miraba cómo ella cocinaba. Con esa mirada que delataba amor a cada momento.

—¿Cómo va la comida? —David se acercó a su amiga por la espalda y le dejó un beso en la mejilla—. Por las molestias.

Ella esbozó una sonrisa mientras que Noah ponía los ojos en blancos. No podía soportar la falsedad que David mostraba a todas horas.

—No te disculpes. —Ella se giró para mirar a su mejor amigo—. Todo va a ir bien, así que no me preocupa qué pueda o no pasar.

«A mí sí que me preocupa», pensó Noah.

—Lo sé. Igual no está de más decir que tendrás todo nuestro apoyo desde aquí.

Zoe asintió. Sin más fue a coger una cuchara de madera para dar de probar a David el guiso que había cocinado.

Todos terminaron de comer su plato en un santiamén una vez que todo estuvo listo. Los días de charlas animadas se habían convertido en conversaciones cortantes y con pocas palabras en un día que no había sido extraordinario para ninguno de ellos.

Podía notarse la tensión entre Noah y David, el desacuerdo de Jeremy y Danny con este último y en medio siempre estaba Zoe intentando poner paz entre todos sus compañeros para que su filosofía de trabajo no se viera afectada. Aunque en ciertas ocasiones era prácticamente imposible, y lo único que podía hacer era rezar porque las cosas no fueran a peor con el paso de los días.

Al día siguiente, ella decidió salir con Noah para pasear por la ciudad. Todavía era martes y tenía algunos días para pensar en cómo actuaría cuando se viese con Kristoff en la fiesta del hotel.

—¿Crees que esta me quedará bien? —Ella mostraba con orgullo una camiseta blanca de tela fina que había encontrado en una de las tiendas que visitaron—. Vamos, Noah, necesito tu opinión, si no seré capaz de llevarme cada prenda que encuentre aquí y créeme... no es nada bueno.

—Si quieres mi opinión sincera, para mí estás mejor desnuda, pero supongo que eso no te vale.

—Noah... —De nuevo, con ese simple gesto, había conseguido que se sonrojara. Se acercó a su novio para besar sus labios mientras dejaba una mano en su pecho—. Eres maravilloso.

Volvió a mirarle y no pudo evitar sentir esa felicidad ya reconocida día tras día.

—Solo digo algo que es cierto. Pero sí —Noah señaló hacia la camiseta—, te queda bien. Así que cómprala.

—Tú deberías mirar algo para ti.

Noah negó.

—Me gusta el simple hecho de que vengas aquí a divertirme, no te preocupes por eso. Además, solo tenemos unas cuantas horas para volver a casa y no quiero pensar si quiera en si...

—Si nos están vigilando, que lo hagan. —Zoe volvió a acercarse a él y le miró con firmeza—. Te amo y si tiene que verme el universo entero, que lo hagan. Además, así será más fácil para Kristoff, ¿no?

Ella hizo un guiño, pero la verdad es que no se le podía restar importancia al asunto. No cuando Kristoff y su banda eran un verdadero peligro.

—Vamos, no pongas esa cara. Bastante tengo con que estéis todos peleados en casa —protestó ella.

—No estamos peleados, tan solo... —Noah hizo una mueca—. David no se está comportando bien, y lo sabes. No hace falta que vaya de hipócrita por la vida y que se crea que es el mejor, cuando todos sabemos que es bueno en su trabajo. Últimamente está demasiado a la defensiva y sabes que tanto a mí como a los demás no nos está gustando su actitud.

—Tal vez sea porque yo no he hablado con él y lo merece.

Sí, David se merecía una explicación por parte de Zoe. Al menos eso era lo que ella pensaba, pero aún no podía evitar que Noah estuviera en desacuerdo con el comportamiento del agente. Como ya le había dicho cuando llegaron a Berlín, incluso el más mínimo error podría ponerles en peligro a todos.

—Yo lo haré. —Aquella respuesta hizo que Zoe abriera los ojos de par en par, vio cómo negaba con la cabeza—. Será como esa típica charla de hombre a hombre que tanto odio, pero sin violencia. Lo prometo.

—Sabes que no puedes prometer eso —le aclaró ella.

—Pues te prometo que lo intentaré. Tú dijiste que David lo entendería, así que no sé por qué tiene que actuar así. Y creo que nadie mejor que yo podría lograr que entendiera el por qué estamos juntos.

—Entonces habla con él. Cuando llegemos a casa, no pierdas el tiempo en nada más. Estas cosas son peores cuando se deja que el tiempo pase y los pequeños engaños se convierten en grandes mentiras.

—Tranquila. —Noah acarició la mejilla de Zoe y luego le entregó su mano para seguir caminando por el centro comercial—. Iremos a comer, después de todo es imposible no querer pasar más tiempo contigo.

—Eso sí que me convence, una cita en toda regla con el maravilloso y apuesto señor White. —Ella rio ante su propio comentario, miró a Noah y se enamoró una vez más de esa maravillosa sonrisa.

¿Cómo iban a suponer que en tan solo unos pocos días todo cambiaría de repente? Mientras caminaban de la mano ambos seguían soñando con un futuro que creían posible, con su vuelta a Nueva York fuera en el momento que fuera, para seguir compartiendo su vida y su trabajo. Ambos se habían encontrado en mitad del peligro que ya formaba parte de sus vidas. Y, sin embargo, ahí estaban, juntos.

Aún resultaba irónico pensar que todo aquel odio de hacía más de un mes, se había convertido en amor.

Noah seguía dándole vueltas al tema. En los momentos de silencio entre él y Zoe se preguntaba cómo le diría a David aquello. Disfrutaron de una comida en un restaurante turco que había en el mismo centro comercial. Acabaron comprando algo de ropa para él y algunas cosas para la casa, también hicieron juntos la compra general y no podían más que desear que aquello no terminara jamás. Que esas cosas tan sencillas de la vida siguieran acompañándoles con el paso de los días, de los meses e incluso de los años. Ni siquiera eran conscientes del lugar donde se encontraban, solo estaban juntos, caminando de la mano deseando que ese amor no se acabara nunca.

Ambos desearon poder pasar todo el día fuera como el resto de parejas que disfrutaban de su tiempo libre sin preocuparse por nada más. Pero Noah tenía algo serio que afrontar, y debía ser ahora o nunca...

Llegaron al apartamento y lo primero que hizo fue buscar a su compañero.

—David, ¿das una vuelta conmigo? —Noah se acercó a él. Vio cómo negaba con la cabeza.

Miró al resto de sus compañeros. Jeremy y Danny asintieron, se levantaron de sus asientos para marcharse a otro lugar donde no les molestaran.

—Vamos, no me jodáis —protestó David. Alzó su mirada y giró su rostro para encontrarse con la mirada de Zoe, ella sonrió. Comprendió que así lo quería y por más que intentara odiarla, a ella no podía negarle nada—. Hablemos aquí. ¿Qué quieres?

—Tomemos un par de cervezas al aire libre.

—Oh, claro, hagamos lo que hacen los hombres de verdad. Aunque no estoy seguro de que tú lo seas, amigo. —David tiró la primera piedra. Hizo un guiño y puso en su cara esa sonrisa insolente que su compañero no soportaba.

Noah prefirió no decir nada. Cogió los botellines y fue con él hacia la terraza. Los demás prácticamente se habían escondido para evitarles ser una molestia, aunque a Zoe no le hubiera molestado en absoluto escuchar lo que tenían que decirse las dos personas más importantes de su vida.

—Bueno, ves al grano, porque en el momento en que se acabe esta cerveza me voy y no voy a darte otra oportunidad para que intentes explicarte o justificarte —le dijo David.

El de ojos verdes miró fijamente a Noah. Estaba poniéndole a prueba a cada segundo.

—No tengo que justificarme por nada, para que quede claro —respondió Noah—. Pero si prefieres tomártelo así, bravo por ti. No sé por qué siempre crees que yo soy el malo de la película, no tenía pensado que esto ocurriera así, pero ha ocurrido y ya está. Lo único que debes saber es que yo quiero a Zoe y deberías estar feliz por ella, al menos si dices ser su mejor amigo.

«Cabrón», pensó David. Ahora había sido el contrario quien le había golpeado en lo más bajo.

—¿Sabes cuál es el problema? —David le miró con fijeza—. Que Zoe es tan buena persona que acaba encariñándose con todo el mundo. Y tú, amigo mío, has sido muy inteligente, porque por más que lo piense todavía no me puedo creer que a ella le gustes. Después de lo que hiciste...

—¿Sabes qué, David? Estoy cansado de que siempre te estés justificando con lo que hice o dejé de hacer. Olvídate de eso de una vez, yo no fui con la intención de matar a Jamie.

—Pero lo hiciste, y me da igual que te tendieran una trampa o que lo hicieras sin querer, queriendo o vete tú a saber por qué. Lo mataste, dejaste destrozada a Zoe durante años, ¿lo sabías? —David apretó el botellín de cerveza con todas sus fuerzas—. ¿Sabes quién ha estado siempre con ella? ¿Sabes quién la ha consolado? Yo, he sido el único que se ha preocupado por ella, el único que ha dormido a su lado secando sus lágrimas. El único que la ha abrazado. Siempre he estado a su lado y llegas tú... joder, llegas tú y me quitas lo único que he querido en toda mi vida.

David alzó su mano y apuntó a Noah con ella.

—Yo no tengo la culpa de que ella haya elegido quererme. —Noah bajó el brazo de David—. Estas cosas pasan así y punto. Acéptalo y deja de ser un celoso de mierda.

—¿Un celoso de mierda? —repitió David antes de reírse—. No vas a volver a hacerle daño, Noah, no pienso permitirlo.

—No hace falta que permitas absolutamente nada porque no pienso hacerlo.

—Oh, lo harás. Como ya lo hiciste, los tipos como tú siempre logran hacer daño a quienes menos lo merecen y no pienso quedarme aquí sentado viendo cómo la vuelves a destruir. Así que te sugiero que te apartes de ella —le aclaró David.

—Así que ahora estamos jugando a eso, ¿eh? —Noah fue el que rio en esta ocasión—. Que te quede claro que no pienso hacerlo, ¿me oyes?

Noah dejó su cerveza sobre la mesa de madera. Cogió la camiseta de David con su mano derecha y lo atrajo hacia él.

—Escúchame. —Lo acercó todo lo que pudo a su rostro y bajó un poco la voz sin perder el tono que quería dar a cada una de las palabras—. Mientras estemos aquí voy a soportarte y voy a trabajar contigo porque ambos sabemos que somos buenos profesionales, pero no pienso permitir que interfieras entre Zoe y yo. ¿Entendido? Así que baja tus humos de mejor amigo enamorado y celoso, y apártate. Por tu bien y sobre todo por el de ella. Actúa como lo que eres, es lo único que tienes que hacer.

Soltó su mano dejando caer a David hacia la pared de ladrillo que había justo al lado de él.

—Estas advertido. —Noah se marchó de allí llevando su cerveza en la mano.

David le siguió con la mirada, bebió de su botellín y sonrió.

—Pienso destruirte Noah, lo juro. Tú sí que estás advertido.

Si había algo en realidad peligroso cuando un corazón era destrozado, eran los celos. Jamás habían humillado tanto a David como acababa de hacerlo el que sería su compañero de batalla durante los próximos meses. Hacía años que le había quitado a su mejor amigo y ahora le había quitado a la única persona a la que podría amar. Apoyó sus manos en la piedra que le separaba a él del asfalto que podría acabar con su vida en apenas unos segundos. Sus nudillos comenzaron a enrojecerse al recordar cada una de las palabras que Noah acababa de dedicarle.

«Juro que voy a acabar contigo, Noah White. Vas a suplicarme por tener un día más a solas con Zoe... y sin que te des cuenta...».

Esperó a que cayera la noche. Todos dormían, su tortura continua era comprobar cómo Zoe ya no dormía en el dormitorio que ella había elegido nada más llegar al apartamento. Los ojos de David estaban hinchados por la rabia y las lágrimas desesperadas que había conseguido derramar en la soledad de su habitación. Pasó junto al dormitorio de Noah y apoyó su mano en la puerta, por completo en silencio.

—Perdóname por lo que voy a hacer, Zoe —susurró en un sonido apenas audible—. Pero esto es lo mejor para ti, él terminará por destrozarte el corazón...

Sabía que en Nueva York aún era por la tarde, así que se sentó delante del ordenador en el que Jeremy trabajaba e hizo una llamada con su teléfono móvil.

—John, necesito que me ayudes con una cosa. —David estaba en la página principal de la CIA, donde todos elaboraban sus informes y conseguían información sobre misiones pasadas—. Necesito unos documentos, pero no tengo acceso de nivel tres.

Una voz grave sonó al otro lado del teléfono.

—Al menos podrías decir «por favor», o un «hola, ¿cómo te va todo?».

—Perdón, es que estamos ocupados y es urgente, no sé por qué ponen información clasificada que es necesaria para realizar una misión. ¿Me puedes conseguir una clave de acceso temporal?

David recostó su cabeza en la butaca donde estaba sentado, durante unos cuantos y largos segundos rezó porque la respuesta fuera positiva.

—Te la mando en un rato al móvil. El departamento de analistas está a tope, así que más vale que te des prisa si no quieres que me pillen haciéndote el favor, ya sabes que no está permitido, David —le dijo su amigo.

—Tranquilo, hace mucho que me conoces, será un segundo y no tendrás que preocuparte por nada.

Colgó el teléfono después de que su compañero se despidiera y esperó con paciencia a que ese mensaje llegara. Sonrió cuando por fin obtuvo lo que quería. Ahora, iba a empezar el juego de verdad...

El sonido de la impresora obligó a David a cerrar la puerta del salón para evitar que sus compañeros se despertaran. Entre sus manos ya había algunos papeles con el perfil de Noah que el FBI había entregado a la CIA. Como ya sabía, la misión en Arizona había sido catalogada con la etiqueta de confidencial para evitar que aquello manchara su carrera como agente. El texto en su mayoría estaba cubierto de negro, pero para fortuna de David había encontrado información de otras misiones en las que Noah había atrapado a decenas de bandas terroristas.

—Eres un tipo con suerte después de todo —dijo David en voz alta—. Pero tu suerte se acaba aquí, esta noche.

Se cercioró de que en ninguno de los informes había información que pudiera comprometerle a él y los demás en la misión. Y sobre todo que pudiera poner en peligro a Zoe, que era lo que más importaba.

También, el motivo de su venganza hacía Noah.

En ningún momento se paró a pensar en cómo acabaría él en el momento en que entregara aquellos papeles a su enemigo.

—Mañana llamaré a Kristoff... —dijo después de meter todos los documentos en un sobre marrón claro.

Apagó el ordenador después de eliminar la clave temporal tal y como tenían por costumbre hacer en la agencia, apagó el ordenador y fue hacia su dormitorio. Por un segundo se preguntó a sí mismo si lo que estaba a punto de hacer era lo correcto, metió el sobre en el cajón de su mesita y sonrió, estaba seguro de que lo único que quería era destruir a Noah.

Lograr que se separara de Zoe, fueran cuales fueran las consecuencias.

Al día siguiente, cuando todos estaban levantados, fue hacia la terraza para entregar su mano a Noah. Sonrió amplio, incluso fingiendo que nada había pasado.

—¿Tregua? —le preguntó.

Noah no era capaz de creer en las palabras de David, pero no le quedó más remedio que aceptarlo. Entregó su mano y la apretó con fuerza.

—Bueno, ahora que los señoritos ya han firmado la paz, ¿me ayudáis con el

próximo viernes? —Zoe fue al encuentro de los dos para llevarlos a la reunión que ya habían organizado en el salón.

—Mi teoría sigue siendo que Kristoff y los demás tienen tratos con el gobierno. Sigue sin cuadrarme este despilfarro a la hora de hacer fiestas. Jamás he visto que una banda actúe tan... —Jeremy no encontraba las palabras correctas.

—¿Cómo si no les importara nada de lo que pudieran pensar sobre su trabajo? —preguntó Danny mirando a su amigo y este asintió.

—No es oro todo lo que reluce —aclaró Noah—. Pensar que el gobierno está trabajando con ellos es como buscar una aguja en un pajar. Pero está claro que obtienen dinero de muchas partes, si no, ¿por qué iban a tomarse la molestia de gastarse millones en contratar armas? Siempre ha sido más barato tener tu propio laboratorio, por no hablar de la droga. Sin embargo, aquí estamos, el significado de un intermediario es que el que te paga no tiene por qué preocuparse por el dinero que gasta. Y es obvio que ellos tienen mucho más de lo que parece...

—Tal vez no solo se dediquen al mercado de armas —insinuó Zoe—. ¿Y si eso es una tapadera para otros fines? No es la primera vez que lo vemos. Danny, dame el plano del hotel.

Él se levantó para extender el papel que había impreso sobre la mesa del salón. Zoe lo miró a conciencia, sonrió después de unos segundos.

—El hotel tiene demasiados lugares cubiertos, sin uso —continuó y señaló hacia las salas del sótano—. Aquí tiene que haber algo más y ahora, ya sé por dónde empezar a trabajar el viernes.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Noah. Su expresión era seria, pero a la vez tranquila. Confiaba en ella plenamente.

—Lo que hace una mujer. La mayoría estamos locas por las joyas y las cosas caras, ¿no? Estoy segura de que haciendo una simple insinuación hacia esos gustos Kristoff se irá de la lengua. Mi intuición me dice que tenemos que empezar a buscar por ahí.

—Bueno, él parece la clase de hombre capaz de complacer a la mujer que desea en todo momento. —David hizo aquel comentario sin darse cuenta del sentido de sus palabras.

Jeremy le miró y negó con la cabeza.

«Maldita sea, no se calla una...», pensó el joven. La expresión de Noah cambió por completo, si ya no le gustaba la idea, menos todavía que Kristoff

tuviera la intención de seducir a su novia. Sin embargo, tenía que comportarse como el profesional que era.

—Si esa es tu sospecha, tal vez tengas razón, cariño. —Noah entonó con más delicadeza la última palabra. Sus compañeros no pudieron evitar sonreír.

Él y David parecían estar jugando a un juego que jamás iba a terminar.

—Solo tienes que llevar cuidado, ¿vale? —Cogió la mano de Zoe con fuerza—. No me alejaré mucho de la zona. Me va a ser imposible quedarme en casa, pero no dejaré que me vean y si tienes algún problema, ya sabes que solo tienes que llamar.

—Lo sé, no te preocupes. Pero como te dije, todo va a salir bien —Zoe le hizo un guiño y luego lanzó un suspiro—. Jamás pensé que tendría que hacer de chica sexi en una misión después de tantos años sin hacer nada. Esto es todo un reto.

Rio, al menos para quitar importancia al asunto a pesar de que aquello era mucho más serio de lo que parecía.

—En realidad —Jeremy alzó su vista y sonrió—, a veces os envidio, porque formáis parte de un círculo en el que podéis tomar la vida de otra persona y actuar como tal sin ningún problema.

—El peligro viene cuando pasan cosas inesperadas y te descubren —bromeó Noah—. Pero para esos casos hay tres claves. Cerrar la boca, sonreír y correr. En fin, creo que será mejor que nos pongamos en marcha para ir a recoger las armas.

David se había olvidado por completo que tenían que completar esa parte de la misión para seguir adelante. Lamentó no poder encontrarse esa mañana con Kristoff, pero se iba a tomar la molestia de no malgastar un día más dando la oportunidad a Noah para que fuera feliz.

—¿Vamos los tres? —preguntó él mirando a los demás.

—Sí, sería ilógico que nuestro jefe no fuera a comprobar todo. Estoy segura de que los Wildhunde nos están echando el ojo. Además, es otro motivo para estar más involucrados en la misión y comprobar que todo está saliendo bien. Hace un par de días que no hablo con Charles, y eso llega a desesperarme.

—Seguro que está ocupado, Zoe, te recuerdo que no somos los únicos que estamos en una misión. —Danny la miro y ella asintió.

—Sí, ese es el problema de considerar a alguien como tu padre. Siempre quieres que te preste su atención. —Sonrió y después se levantó para ir a guardar el plano y los papeles que había por la mesa—. Dedicaos a salir un

poco, Danny. Jeremy y tú no habéis salido del apartamento en días.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer si veis algo sospechoso —les advirtió Noah.

—No te preocupes, se nos da bien eso de fingir que somos un par de jovencitos de vacaciones en la casa de sus padres. —Jeremy sonrió de oreja a oreja, a veces parecía el más responsable de todo el grupo—. Podéis estar tranquilos. Llevad cuidado.

Durante la mayor parte del camino en coche hacia las afueras de Berlín el trayecto fue en completo silencio por parte de los tres. David estaba en los asientos de atrás mientras que Noah y Zoe iban el uno al lado del otro, compartiendo miradas y sonrisas de afecto. Todos sabían la importancia que tenía lo que iban a hacer y sobre todo de cómo eso iba a afectar a la misión que estaban realizando.

Zoe miró por el espejo retrovisor y vio a David con un teléfono móvil.

—¿Qué haces? —preguntó mientras se fijaba de nuevo en la carretera.

—Nada en particular, navegando por la red.

Sus dedos volaban marcando las palabras que quería decirle a Kristoff. Había segundos en los que se quedaba paralizado, pensando en todo aquello.

Pero al final llegaba a la misma conclusión. Estaba seguro de lo que hacía, porque quería hacerlo. Era así de simple.

Kristoff, esta tarde necesito que nos veamos en la cafetería donde siempre vas a desayunar. Es importante.

Esperó unos segundos por la respuesta y sonrió cuando esta llegó al teléfono.

Nos vemos a las seis. No te retrases. Tráete también el comprobante de las armas.

«No deja escapar nada...», pensó David para sí mismo. Pero lo más importante era que por fin iba a cumplir con su deseo de acabar con Noah de una vez por todas. Su cabeza no dejaba de dar vueltas, había revisado una y otra vez todos los papeles para comprobar que no había ni rastro de él y de Zoe. Se dijo una y otra vez que todo iba a salir bien, y desde luego así lo creía, porque el simple motivo de dañar al del FBI, ya era suficiente para él.

El silencio seguía en el interior del coche mientras que el sol ya comenzaba

a calentar la mañana de Berlín. Zoe miraba a David de vez en cuando, pero sabía que no podía olvidar el hecho de que le había partido el corazón.

—He pensado, que tal vez podríamos ir todos juntos a algún lado el fin de semana —dijo ella intentando llamar la atención de los dos.

—¿No deberíamos llevar cuidado con eso? La última vez que salimos todos juntos casi dejamos ver que vivimos en el mismo lugar. —David no estaba convencido de ello.

—Seguro que podemos arreglarlo. —Noah volvió un poco su cabeza para mirar a su compañero—. No hace falta que salgamos juntos de casa, pero podemos hacer turismo en algún pueblo cercano o una casa rural. Después de todo no es mala idea tomarse un descanso. Un lugar donde nadie pueda molestar y muchos menos, vigilarnos.

—Como queráis. —El de ojos verdes sonrió de oreja a oreja—. Si podéis arreglarlo yo no voy a ser el que se niegue a salir de esta ciudad. Parece mentira que sea más pequeña que Nueva York y me agobie tanto.

—Todos nos sentimos así —añadió Zoe—. Por eso lo había sugerido.

La sonrisa de Zoe se desapareció cuando después de casi una hora conduciendo llegaron hacia el lugar acordado.

Había una especie de almacén y justo delante se encontraba un hombre vestido completamente de negro al lado de una furgoneta oscura. Cuando Noah y los demás bajaron comprobaron que era uno de sus compañeros de la agencia, pero como era de esperar, en mitad de una misión las formalidades quedaban lejos de lo que podían demostrarse.

—¿Está todo? —preguntó Noah.

El hombre asintió.

—Todas las armas, incluyendo granadas y los misiles de corta distancia que pedisteis. —El hombre entregó un papel y después su mano—. El pago se realizará bajo lo previsto y desde luego puede confiar que todas las armas están puestas al día y perfectamente documentadas.

—Tal y como siempre hemos hecho. —David metió sus manos en los bolsillos y se acercó hacia el coche para comenzar a sacar las cajas—. Imagino que todo estará siendo controlado, ¿me equivoco?

—No, ya sabe que no somos novatos en esto señor Cassidy.

—Muy bien. —Después de colocar una de las cajas en su coche, David se acercó y levantó las gafas de sol que llevaban puestas—. Felicita a los trabajadores por su labor tan rápida en esto, sin duda es agradable tener una

mano de obra así.

Todo había ido con normalidad. Las armas ya estaban camino a casa para ser entregadas a Kristoff y los demás en unos pocos días, y ellos habían obtenido la satisfacción y documentos suficientes para seguir demostrando que eran fieles a su trabajo.

Claro que Noah y Zoe no podían esperar que David tuviera otra clase de planes que realizar.

Rozaban las cinco y media de la tarde. Hacía más de veinte minutos que David había llegado a la cafetería donde quedó con Kristoff tan solo unas pocas horas atrás. La mañana había terminado bien con el trabajo, sin embargo, llegar a casa era otro tema... tener que soportar la complicidad entre Noah y Zoe a veces se volvía insoportable para él. Le odiaba tanto que estaba deseando que todo terminara cuanto antes. Solo tenía que mostrar la mejor de sus intenciones hacia los Wildhunde para que ellos no sospecharan absolutamente nada de él.

—Michael, has llegado pronto. —La mano de Kristoff tocó la espalda de David logrando que se sobresaltara.

—Sí, no tenía mucho que hacer... —David esperó a que se sentara para entregarle el comprobante de las armas, recordó que había tenido que esperar horas para que nadie le viera haciendo las copias de los papeles—. He hecho una fotocopia, en teoría los demás no saben que he venido a reunirme contigo.

—Lo imaginaba, tu mensaje no podía indicar otra cosa. —Kristoff alzó su mano para llamar al camarero. Apoyó su rostro en las manos y le miró—. Pero dime, ¿qué es tan urgente?

Había una parte de David que pedía una y otra vez que no hiciera lo que estaba a punto de hacer. Sin embargo, sacó el sobre marrón y lo puso sobre la mesa. Ya no había marcha atrás.

—Veamos. Antes de ver lo que hay aquí, dime... ¿por qué lo haces? No sé por qué puedo intuir a qué viene todo esto Michael.

—Porque odio que le hagan daño. —David respondió con firmeza antes de mirar al que era su enemigo—. Y no pienso permitirlo.

—Puedo imaginar que hablas de tu hermana, ¿no? —Kristoff fue el que sonrió después de preguntar aquello—. Entiendo, tienes un instinto protector que es maravilloso, pero la verdad es que te entiendo. Si yo fuera hermano de

Anna procuraría cuidarla por encima de todo, aunque para mi fortuna no lo soy... Pero bueno, vamos al grano.

Los nervios de David seguían a flor de piel. Se quedó en silencio mirando cómo él ojeaba cada uno de los papeles.

—Así que, estas tenemos...

—Me temo que mi hermana está teniendo demasiada cercanía con alguien que es un maldito impostor. Nos está utilizando como quiere y no pienso permitirlo. Cuando nos hicieron firmar los contratos de forma anónima y empezamos a trabajar para él debí suponer que nos iba a utilizar para su beneficio. Tantos años... Lo que no supuse jamás es que era un maldito agente detrás de la pista de nuestras organizaciones. —Sin duda, David sabía mentir muy bien. Kristoff le miró y sonrió.

Él podría haberse creído otra cosa, pero sin duda los documentos hablaban por sí solos.

—Pensaba que Raúl Figueroa era más inteligente que su hermano. —Kristoff negó con la cabeza—. El inútil también fue descubierto en una misión encubierta de un agente. Nadie sabe quién fue porque dijeron que algo salió mal por aquel entonces, pero dioses... esa familia está maldita.

Kristoff comenzó a reír. Se levantó un poco para calmar con una palmada al que era su compañero y volvió a sentarse.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó David, no podía evitar sentir la incertidumbre de una posible equivocación. Sintió cómo su corazón latía con fuerza, estaba nervioso y también atemorizado.

—Actuaremos, es lo único que podemos hacer. No podemos permitir que por alguien así se vaya a la mierda todo nuestro trabajo. —Volvió a mirar a David—. ¿Sabías? Desde el primer momento en que os conocí sabía que había algún problema con ese tipo. Se nota que vosotros sois unos magníficos trabajadores, pero Charlie... Noah... es un tipo listo. De los mejores que he conocido. Vaya, vaya... nos ha tomado el pelo.

David sonrió. Se sentía aliviado y feliz, feliz porque sus planes habían salido a la perfección.

«Estás acabado, Noah. Acabado».

—Por el momento actuaremos como lo establecido —volvió a decir Kristoff—. Seguí con vuestro descanso hasta que tengáis que entregar las armas. Por ahora solo quiero preocuparme por el viernes, estoy deseando que llegue el momento de la fiesta.

—Mi hermana está contenta, se quedó maravillada con el hotel. Si me dejas admitirlo. —David sonrió y siguió con su actuación—. Y creo que le vendrá bien separarse un poco de ese desgraciado.

—Lo hará, no te preocupes. ¿Nos harás un favor Michael?

—Claro, puedes pedirme lo que quieras.

—Logra de alguna forma que el viernes él también se presente en el hotel. He cambiado de opinión. —Kristoff sonrió—. No pienso dejar que ese maldito hijo de puta se presente ante Klaus y los demás siendo un traidor, para mí esto es un trabajo de verdad y mi error no va a pasar desapercibido. Pero si le pongo solución todo irá bien, créeme.

—Así lo haré, puedes confiar en mí.

—Oh, ya lo hago. —Él le hizo un guiño. David sonrió, al menos podía dar gracias a que el plan había salido bien—. Me alegro porque sé que puedo confiar en tu hermana y en ti, no sabes cómo sentiría tener que... bueno... pensar en qué tendría que hacer con vosotros si me traicionarais.

La sonrisa que Kristoff le dedicó no hizo demasiada gracia a David. El último sabía qué clase de peligro implicaba traicionar a alguien así, pero estaba demasiado seguro de cómo habían ido las cosas. Y, sobre todo, confiaba en que lo que le había entregado fuera suficiente para demostrar que no tenía nada que temer de él y Zoe.

Tomaron café con tranquilidad. El de ojos verdes descubrió que Kristoff era una persona totalmente normal a pesar de ser uno de los delincuentes más peligrosos que había en Europa.

—Créeme, si alguna vez tenemos unos cuantos días libres, tenéis que venir a disfrutar conmigo de Italia. Es un país fantástico, pero Klaus y los demás querían tener su base aquí, en Berlín. —Kristoff se encogió de hombros—. Así que, como ves, no tenía mucho donde opinar.

—Suele pasar. A mí tampoco me hacía mucha gracia trabajar fuera de los Estados Unidos. No estoy tan acostumbrado a la vida por estos lugares, pero creo que al final puede llegar a gustarme.

—Tendrás que acostumbrarte, Michael. —A David aún le parecía raro escuchar su alias en vez de su verdadero nombre—. Yo cuento con vosotros para un largo tiempo así que...

—Tranquilo, mientras esté con mi hermana no voy a tener ninguna queja. Hubo una época en la que estuvimos separados unos cuantos meses, nos distanciamos mucho. —Aquello era una realidad. Después de lo que pasó en

Arizona, él y Zoe habían estado algo alejados en su proceso de rehabilitación. Jamás la había echado tanto de menos, hasta que él volvió a ser su consuelo y su mejor amigo—. ¿Sabes esa sensación de ser tan cercano a alguien que ni siquiera puedes estar un día separado de esa persona?

—Juro que si no fuerais hermanos creería que te gusta. —Aquello hizo levantar la vista de David.

Soltó una pequeña risotada. Después negó con la cabeza.

—En realidad me dicen que la sobreprotejo demasiado, pero no sé, supongo que es algo que ya viene en mí. —David le sonrió.

—Y dime, ¿qué pensarías si me atreviera a ir más allá con tu hermana?

«No te lo permitiría. Jamás permitiré que nadie haga infeliz a Zoe. Nadie».

—No lo sé, yo solo quiero que ella sea feliz por encima de todo. Lo demás no me importa, pero créeme es una mujer de armas tomar. —Eso David lo sabía muy bien—. Y el viernes, por más que vaya a salir contigo, no te creas que lo tienes todo ganado.

Miró como Kristoff le sonreía.

—Bueno, no está de más intentarlo —respondió él finalmente—. En fin, gracias por esto.

Kristoff cerró el sobre marrón y lo cogió entre sus manos. Miró al de ojos verdes, parecía tan orgulloso de su trabajo que no tuvo más remedio que levantarse y acercarse a su oído para decirles unas últimas palabras:

—Espero que esto no sea una equivocación por mi parte —susurró Kristoff—. Porque como haya estado tan equivocado como con ese cabrón... no serás tú quien sufra más en todo esto...

Dio una palmada en el hombro a David y se marchó de allí. El último se quedó en silencio, sentado en aquella silla, apoyando sus codos sobre la mesa de la cafetería. Había llevado sus manos a la cara intentando ocultar el miedo que delataban sus ojos, aquellas últimas palabras habían sido una advertencia y David lo sabía.

«¿Qué he hecho?».

No podía evitar preguntarse aquello. Se había tirado a una piscina vacía, la cuestión sería ver si con el paso de los días había sobrevivido o no a la caída. Sus manos temblaban, estaba claramente asustado, sin embargo, no podía delatarse ante sus compañeros. Se dedicó a beber su *cappuccino* en tranquilidad y después de pagar se marchó de la cafetería. ¿Sería capaz de mirar a Zoe y no confesar lo que había hecho en su contra? Había sentenciado

a muerte a Noah, aun sin saberlo, pero el orgullo que sentía en su interior había borrado todo el miedo de su cara.

Llegaría el viernes por la noche y mientras Zoe disfrutaba de una velada magnífica junto a Kristoff, Noah quedaría fuera de sus vidas para siempre.

—Por fin... —susurró mientras caminaba hacia su apartamento.

La sonrisa que esbozaban sus labios era la más radiante que había esbozado en meses, tal vez en años. Odiaba a Noah y sin dudarlo habría hecho aquello mil y una veces. Por más que eso significara destrozar el corazón de Zoe para siempre... por más que ella ya hubiera sufrido la pérdida hacía muchos años atrás...

Pero no le importaba, porque al final, él mismo sería quien la consolara. Tal y como había hecho siempre. Y eso era lo más importante para David, que sería el único que estaría a su lado para siempre.

La noche empezaba a caer en Berlín. Zoe iba de un lado a otro intentando convencerse a sí misma de que no estaba nerviosa, o aterrada... porque nunca había tenido tanto miedo como lo tenía en ese momento. Todos estaban preparándose para hacer la vigilancia en el hotel y los alrededores. Los chicos habían pinchado todas las cámaras de las calles contiguas a este. No querían perderse absolutamente ningún detalle.

Pero sin duda, el que más estaba sufriendo por aquello, era Noah.

—No deberías ir —dijo cuando ambos estaban en la tranquilidad del dormitorio de Zoe—. Me da igual cuáles puedan ser las consecuencias, pero hay algo en todo esto que no me gusta..., sé que Kristoff es peligroso y seguro que no se anda con tonterías.

—¿Qué harías si de tu elección dependiera la protección de todo el equipo? —Zoe se acercó a su novio. Llevó sus manos hasta las mejillas de él—. Tengo que ir, Noah, y lo sabes.

Dejó un delicado beso en sus labios y se giró.

—Anda, ayúdame con el vestido.

Para la ocasión había elegido el color negro, solo porque necesitaba la seguridad que este le aportaba. Sensual, pero discreto a la vez, era un color que no denotaba la desesperación que sentía en su interior, y aunque pareciera una tontería, aquello también le ayudaba.

—Estás preciosa. —Noah le abrazó por la espalda y besó su cuello—. Odio que tengas que ir a hacer esto. No soporto la idea de pensar que ese cabrón te tocará.

—Mírame. —Ella se giró para fijar los ojos en él. Su cabello estaba recogido en una coleta al lado derecho de su rostro—. No va a pasar absolutamente nada. Te amo, sabes que te amo y esto solo es... trabajo.

—No dudo que me ames, Zoe, lo sé. —Noah acarició su mejilla—. Pero tengo miedo, miedo a que te obligue a hacer algo que no quieras hacer.

—Bueno, piensa que si quiere que nuestro contrato siga adelante no puede obligarme a hacer nada, porque me negaré. Es solo un baile, una fiesta, una invitación que no perdurará para siempre. Nada más.

Ambos escucharon cómo alguien llamaba a la puerta. Jeremy la abrió despacio.

—Todo está listo —dijo con una sonrisa en sus labios.

La pareja asintió. Noah esperó a que el joven cerrara la puerta de nuevo para besar los labios de Zoe. Recorrió su espalda con la caricia de sus manos y la atrajo más hacía él dejándolas en su nuca.

—Vamos. —Le dio la mano y ambos salieron del dormitorio hacía el salón.

—Toma. —Danny se levantó para entregar un teléfono móvil a su compañera—. Lleva un rastreador imposible de detectar. Ya sabes cómo funciona el teléfono. En cuanto salgas de allí puedes deshacerte de la tarjeta y la batería, pulsa el uno si crees que estás en peligro y no tardaremos en ir.

—No te preocupes, todo irá bien. —Ella le sonrió. Guardó el móvil en su pequeño bolso y lo último que hizo fue ponerse perfume—. Espero averiguar algo sobre lo que esconden en el hotel.

—Pero no te precipites —le aclaró David levantándose del sofá—. Solo actúa como creas conveniente y si es necesario, no des pie a que Kristoff sospeche de ti. ¿Está bien?

Se acercó a su mejor amiga y la abrazó.

—Ten cuidado —añadió.

—Lo tendré.

—Te acompaño. —Noah asintió mirando a sus compañeros y salió del apartamento de la mano de Zoe.

Caminaron despacio hacia el ascensor. Abajo ya esperaba un taxi que la llevaría hacía el hotel. Habían cuidado hasta el último detalle en ese sentido. Subieron juntos y cuando salieron hacia la puerta del edificio Noah la atrajo hacía él para volver a besarla.

—Te amo —le dijo una vez sus labios se habían despegado un poco—. Ten cuidado.

—Lo tendré, no te preocupes. Cuando menos lo esperes estaré de vuelta en casa.

Noah asintió viendo cómo ella iba hacia el taxi y se marchaba. Esperó allí hasta que perdió de vista las luces del coche en medio de la oscuridad de las calles. Estaba nervioso, y ¿por qué no admitirlo? también aterrorizado.

Cuando subió al apartamento sus compañeros estaban ya trabajando sobre el terreno a través de los ordenadores. Jeremy se giró para mirarle.

—No te preocupes, lleva muchos años en esto, es una mujer totalmente capaz.

—Lo sé Jeremy, es solo que tengo la sensación de que algo va a ir mal esta noche.

«Para ti amigo, para ti», se dijo David mientras alzaba la mirada y sonreía.

—Esto era necesario —dijo ya en voz alta—. No por ello tiene que salir mal.

Noah no respondió. Se sentó al lado de Jeremy para mirar a través de la pantalla de ordenador. Se giró para mirar unos segundos a David y sonrió.

—Lo sé —le dijo con toda la tranquilidad del mundo.

No quería demostrar ante él la realidad de cómo se sentía por dentro. Pasaron minutos entre nervios y desesperación hasta que vio cómo el taxi llegaba hacia el hotel. En la puerta de este Kristoff ya esperaba para recogerla, los ojos de Noah se clavaron en la pantalla sin perderse ni un detalle.

Zoe salió del taxi con firmeza y una enorme sonrisa. Miró al Wildhunde, Kristoff llevaba un traje liso color gris oscuro acompañado de una camisa del mismo color y una corbata fina marrón claro. Él extendió su mano para coger la de Zoe y dejar un delicado beso en ella. La invitó a pasar entre el gentío que ya se agolpaba entre las afueras del hotel y el *hall*. Una vez más, Zoe observó la gran alfombra roja que descansaba en las escaleras que iban hacia la primera planta. La gente se movía entre la barra y la pista de baile montada en la zona izquierda justo al lado de la escalera.

—Estás preciosa —le dijo ofreciéndole su brazo mientras entraban uno al lado del otro—. Aunque no es algo que me sorprenda.

—Gracias. —Zoe sonrió—. Tú también estás muy guapo, te ves muy apuesto cuando vistes de traje. Nunca dejo de sorprenderme cuando un hombre viste tan formal. Y supongo que también debo de agradecerte la invitación.

Kristoff la miró mientras iban hacia la barra.

—Soy yo el que tiene que agradecer que hayas aceptado. No estaba muy seguro, incluso pedí permiso a tu hermano. —Él sonrió.

—Me lo dijo, pero no veo por qué debería de rechazar una invitación para venir aquí. La primera vez que vine me enamoré de este hotel y se organizan unas fiestas fantásticas, supongo que el anfitrión debe estar muy orgulloso de algo así.

—Lo estoy, créeme. —Kristoff llamó al camarero para pedir una copa de

vodka—. Aunque no se puede decir que yo sea el jefe principal de este lugar. Me lo tomo como si fuera un simple encargado. Pero por lo visto a todos les gusta creer que yo soy el que me encargo de todo por aquí. Míralos, felices bebiendo y bailando sin preocuparse por nada más.

Zoe desvió su mirada hacia la pista de baile. Cruzó sus piernas después de sentarse en uno de los taburetes y, como era usual en ella, pidió una tónica con un toque de limón.

—Si tengo que admitir algo, hacía tiempo que no iba a un lugar así. —Ella miró de un lado a otro y sonrió—. No sé, no es que sea una mujer a la que le encante estar siempre rodeada de lujo, pero créeme... cuando algunas pisamos un lugar como este, es como si sintiéramos que queremos todas las joyas del mundo.

No le sorprendió la forma en la que Kristoff le miró.

—Entonces hay un lugar en este hotel que te va a encantar. —La miró con firmeza, esbozando una sonrisa. Él bebió un poco de su copa—. No tenía pensado enseñártelo todavía, pero creo que tengo la confianza suficiente como para hacerlo. Sin duda te va a sorprender.

—No me dirás de que se trata hasta que me lo enseñes, ¿verdad?

—Las sorpresas nunca se desvelan antes de tiempo, señorita Cassidy. —Kristoff le hizo un guiño.

—Cierto —ella le devolvió la mirada con una sonrisa.

Sus compañeros seguían mirando a través de la pantalla del ordenador. Ojalá hubieran podido escuchar la conversación de ambos, pero no podían arriesgarse a poner un micrófono sin que fuera detectado por las ondas de sonido que había en el hotel. Noah y los demás estaban seguros de que la banda vigilaba cada rincón de este e incluso podían escuchar a cada uno de los asistentes a la fiesta.

David no hacía más que sonreír al ver los gestos nerviosos de Noah. Estaba encantado del sufrimiento que este dejaba ver incluso con una simple mirada.

Los minutos parecían pasar más lento de lo normal. Vieron cómo Zoe y Kristoff compartían un par de copas más y bailaban mientras que los celos de Noah crecían con cada gesto que su enemigo tenía para ella. Pero no solo los celos, también el miedo porque un futuro acercamiento pudiera provocar un peligro tanto para ella como el resto de sus compañeros.

Y David había visto la oportunidad perfecta para cumplir su promesa hacia Kristoff.

—Noah, luces demasiado nervioso. Vas a conseguir que yo lo esté también.
—Le miró con firmeza—. Y no solo yo, también ellos.

—David, no pasa nada, déjalo —respondió Jeremy.

—Me gustaría estar allí. No me siento nada bien dejándola sola —protestó Noah.

«Esto es increíble, ¿acaso me lo puede poner más fácil?», David sonrió.

—No puedes ir al hotel, lo sabes. Aunque si yo fuera tú me quedaría cerca de la zona, para vigilar cómo va todo. Eso sí, si lo haces no te olvides de llevar cuidado, no puedes permitir que te vean.

Todos miraron a David, después a Noah. No sabían si aprobar o no el plan.

—Iré. Aquí no hago nada y aunque allí no logre hacerlo tampoco, al menos me sentiré más cerca de Zoe. Y también más tranquilo.

—Entonces —David volvió a sonreír—, no pierdas el tiempo.

Jeremy no dijo nada, pero mirando a su compañero podía intuir esa clase de mirada orgullosa que siempre había conocido en David. Algo tramaba, estaba seguro. Tal vez quisiera darle más celos a Noah.

«Seguro que es eso», se dijo Jeremy. Sabía que David quería hacerle sufrir hasta ese extremo. Sin embargo, el joven no podía intuir cuáles eran los verdaderos planes del que hasta ese momento podía considerar su amigo.

—No perdáis de vista a Zoe, ¿entendido? —Noah se puso su chaqueta de cuero y arregló un poco su cabello—. Volveré en un rato, no quiero levantar demasiadas sospechas.

—Tranquilo —añadió Danny mirándolo—. Estaremos pendientes de todo.

—A cada momento. —David fue el último que habló.

Miró a Noah, él no respondió. Asintió con firmeza y se marchó para ir hacia el hotel. En el momento en que se cerró la puerta David fue hacia la cocina, bebió un poco de agua y mando un mensaje.

Va para allá.

Guardó su teléfono y volvió hacia el salón como si nada hubiera pasado.

Mientras Noah iba de camino hacía el hotel, Zoe y Kristoff seguían disfrutando de una velada tranquila, entre baile y música. Con cada movimiento que daba pegada a él, Zoe era capaz de guardar en su memoria detalles y las caras de la gente que había acudido a la fiesta esa noche.

Kristoff estaba más que encantado. Solo se había apartado por unos segundos cuando notó cómo su móvil vibraba. Sonrió; unos pocos minutos más

y por fin Noah sería capturado.

—Bueno, creo que es hora de que disfrutemos de un poco de tranquilidad. Vamos a enseñarte eso que tanto estoy deseando. —Kristoff le dio la mano. Ella sonrió y ambos caminaron en silencio hacia el ascensor que había oculto en uno de los pasillos—. Espero que te guste.

—Las sorpresas en sí me encantan, así que estoy segura de que no me defraudarás. No lo has hecho en toda la noche.

Ella sabía que tenía que sonar cómplice con la sencillez que requería, sin ser demasiado exagerada. Actuando y dando todo por la misión, haciéndole comprender a Kristoff que ella estaba de su lado.

—Debe de ser importante cuando vamos por un ascensor privado —le dijo nada más entrar a su lado hacia el interior de este.

—Desde luego. —Kristoff la miró y asintió—. No todos tienen acceso a esta zona, digamos que cuidamos demasiado lo que hay aquí.

Atravesaron un largo pasillo. Zoe observó la perfecta decoración que incluso esa zona tenía. Paredes pintadas de color borgoña, suelos de color gris, jarrones y cuadros que combinaban a la perfección. Era como si estuvieran en un lugar totalmente apartado pero que sin embargo daba a la zona la misma presencia de lujo que el hotel tenía.

—Es por aquí. —Él le indicó que fueran hacia la izquierda, justo al final había una enorme puerta que se abría con un código—. ¿Preparada?

—Sin duda, pero antes dime una cosa —Zoe se paró a su lado y lo miró a los ojos—: ¿Por qué me enseñas esto? Algo tan privado..., solo han pasado unos pocos días desde que nos conocimos.

—¿Por qué no debería? —respondió él con otra pregunta—. Mira, yo soy de esa clase de hombres que siempre ha confiado en su instinto, y si mi instinto me dice que debo enseñarte este lugar... no sé por qué no debería de hacerlo. Además, te darás cuenta de que no es nada del otro mundo, solo una parte más del trabajo que realizamos.

—Entonces vamos, ya me mata la curiosidad. —Vio cómo Kristoff sonreía y ambos fueron hacia la puerta.

Como era de esperar, Zoe levantó la vista cuando él marcó los números. Se encendió una luz verde y con esto las luces del interior de la sala al abrir la puerta. Zoe se quedó asombrada al ver la cantidad de cosas que había en aquel lugar. Miró a su alrededor: reliquias de oro, joyas, cuadros, adornos, armas antiguas, armaduras, incluso monedas de diferentes épocas.

—Esto parece un museo de antigüedades...

—Antigüedades y algo más... —Kristoff le entregó su mano para llevarla hacia un estante lleno de joyas preciosas—. Esto sí merece su peso en oro.

—Vaya... ¿Puedo preguntar cómo conseguís todo esto?

—Compramos secretos, lo máspreciado del mundo para la mayoría de la gente. Ese es nuestro gran trabajo. —Él sonrió de oreja a oreja, con orgullo—. Cuando guardas secretos como nosotros lo hacemos, tienes el mundo a tus pies.

—Ahora lo entiendo, no podía imaginar por qué venía tanta gente importante por aquí. —Ella se cruzó de brazos y alzó una ceja sonriente—. Aunque imagino que estos sobornos tendrán un precio, no creo que solo nos llevemos esto a cambio.

—¿Nos llevemos? Me gusta cómo hablas. —Kristoff asintió—. Digamos que no nos falta dinero para subvencionar nuestro trabajo. Todo esto que ves aquí es el pago del préstamo y al final de mes obtenemos un pequeño ingreso. Los políticos o quien lo deseé pueden pedirnos lo que quieran, a cambio nosotros exigimos algo de un valor equitativo que se iguale a ese secreto y el pago por mantenerlo todo listo. Este hotel no se paga solo.

—Increíble.

Zoe caminó por la sala, había incluso piezas robadas que reconoció de algunos casos de la CIA. Lo que no podía imaginar es que estuvieran en manos de los Wildhunde; tenía que reconocer que Charles estaba en lo cierto, no se les podía considerar una simple banda terrorista. Iban más allá de eso. Podían controlar lo que quisieran con solo pedirlo. Rozó con la yema de sus dedos el blanco de los muebles donde estaba segura se escondían decenas de esas maravillas.

«Va a ser complicado acabar con ellos...», solo el sonido del teléfono de Kristoff logró sacarla de sus pensamientos.

—Dime. —Él levantó un dedo para disculparse ante Zoe. Ella sonrió y siguió echando un vistazo—. Id a las instalaciones, nos veremos allí en unos minutos.

Zoe se giró al escuchar aquello.

—Tengo que marcharme, pero no te vayas —le dijo—. Disfruta de la noche en el hotel, mañana quiero que me acompañes. Si te parece bien, claro.

La mirada de Kristoff era tan insistente que no supo muy bien si debía rechazar aquella invitación. Finalmente, Zoe decidió quedarse, después de

todo en su habitación iba a estar segura.

—Avisa a los demás para que estén en las instalaciones a las diez de la mañana, vamos a adelantar la entrega de las armas. —Kristoff volvió a entregar su mano a Zoe y la besó con dulzura.

—Así lo haré, gracias por todo.

Subieron hasta el *hall* del hotel y Kristoff se despidió de ella con un par de besos y una enorme sonrisa.

—El deber me llama, pero te aseguro que te lo recompensaré. Disfruta de lo que queda de noche y nos vemos mañana.

—Igualmente. —Zoe asintió y vio cómo él se marchaba.

Dirigió su mirada a una de las cámaras y asintió dibujando una enorme sonrisa. Solo esperaba que Noah estuviera más tranquilo. Hizo lo mismo que la última vez, subió a su habitación, mandó el mensaje para informar a sus compañeros y fue directa a darse un baño. Como último detalle antes de ir a dormir no se olvidó de dar las buenas noches a Noah a través de un mensaje en clave.

Un mensaje que él no iba a recibir.

—Muy bien... —Kristoff caminaba de un lado a otro por la sala apenas iluminada.

Se había quitado la corbata y había desabrochado un poco su camisa. La habitación era pequeña, de piedra oscura y tan temible como cualquier otra sala de tortura.

Noah estaba sentado en una silla de hierro con las manos atadas a su espalda. Su camiseta estaba ensangrentada, la brecha que había en su frente cubrió de sangre su visión y en su labio ya había un corte considerable que no dejaba de gotear el líquido rojizo. Respiraba de forma lenta y tranquila, más de lo habitual para estar en el lugar donde se encontraba. Debió reconocer algo, Noah no esperaba ser el que visitara aquella sala de nuevo en tan diferentes circunstancias.

Kristoff se acercó a él y volvió a golpearle en la cara. Noah tosió escupiendo más sangre.

—Te lo voy a preguntar una vez más. —El Wildhunde levantó la barbilla de Noah para que le mirara—. ¿Eres el único?

Noah no había respondido a ninguna pregunta en toda la noche. Había soportado un golpe tras otro sin importarle el daño que pudieran hacerle, no pensaba abrir la boca.

—He dicho... ¿que si eres el único que trabaja para el gobierno de los Estados Unidos?! —La voz de Kristoff hizo eco en la sala. De nuevo, golpeó a Noah con fuerza y le miró fijamente mientras él seguía en silencio—. Muy bien, veremos a ver qué piensas mañana cuando desfiguré la bonita cara de Anna.

Giró sobre sí mismo, Kristoff estaba dispuesto a marcharse hasta que el del FBI le llamó:

—Espera... —dijo por fin—. Ellos no tienen nada que ver en esto.

—Vaya, y yo que creía que se te había comido la lengua el gato. Y dime, ¿cómo puedo estar seguro? Porque, ¿sabes? —Kristoff volvió a acercarse para quedar a la altura de aquellos ojos oscuros que ahora estaban cubiertos de sangre—. Tu querido Michael tuvo la sabia idea de delatar a un maldito traidor como tú, pero claro, ahora no puedo fiarme de nadie... entonces, puedo imaginar que o bien ellos también están implicados o que simplemente sean igual de ambiciosos como yo para querer formar parte de esta organización para siempre. ¿Tú qué crees, Charlie? —El Wildhunde esbozó una sonrisa, enredó sus dedos en el cabello del agente y le levantó el rostro—. Perdona, había olvidado que eres Noah.

Él no podía creer en las palabras que le había dicho Kristoff.

«David... ¿cómo has podido?». ¿De verdad era esa su venganza por haber conseguido tener el corazón de Zoe?

—Michael es tan estúpido que lleva años trabajando para el gobierno sin saberlo. Igual que su hermana —respondió Noah con firmeza. Si había alguien a quien no podía poner en peligro era a ella, su amor—. Una lástima..., me hubiera encantado poder tener algo con ella.

Alzó su vista y miró a Kristoff. Su mirada era firme, lo más sincera sobre la que podía trabajar. Para su suerte vio en los ojos de su enemigo cómo le creía.

—Una pena, sí —le dijo, se apartó de él y secó sus manos manchadas de sangre en su traje—. Era carísimo, pero por fortuna tengo más.

—Supongo que ahora me mataréis —dijo Noah—. No pienso deciros nada más, si he dicho esto ha sido...

—Oh, lo sé, lo sé. No tiene sentido mentir para traicionar a alguien de quien estás enamorado, ¿no? —Kristoff sonrió—. Ese fue el motivo por el que su

hermano te delató, sabía que ibas detrás de su hermana. Suerte para mí, ahora tengo carta libre.

«Al menos se lo ha creído...». Noah exhaló un largo suspiro.

—Pero —continuó Kristoff—, aún tengo algo que hacer contigo. Michael y Anna se merecen ver cómo acabamos con tu vida. Además, será una buena advertencia para futuras traiciones, solo para cuidarnos a nosotros mismos. Duerme bien... Noah.

Él no respondió. Vio cómo Kristoff se alejaba y cerraba la puerta a sus espaldas dejándole a solas. Dolorido, ensangrentado, apenas sin poder respirar, en medio de una oscuridad que odiaba.

Y con el temor de saber que en apenas unas horas iba a morir.

Las horas pasaron de forma lenta y dolorosa. Noah no había pegado ojo en toda la noche, el miedo a caer en una profunda oscuridad hizo mella en todo su cuerpo. Nadie le visitó durante aquellas horas tortuosas, tenía los labios secos, pero apenas notaba la sed en su cuerpo, solo podía preocuparse por una cosa. Pensaba en ella a cada segundo, y ojalá todo saliera bien para evitar que Zoe sufriera, porque Noah sabía que eso sería incluso peor que su propia muerte.

Ella salía del hotel, la mañana era resplandeciente y estaba deseando encontrarse de nuevo con su novio, aunque no pudiera compartir un beso o una caricia con él. Pero a pesar de todo, se sentía feliz porque iba a verle ya fuera trabajando o no.

En su móvil Kristoff había dejado un mensaje de buenos días, recordándole que tenían que encontrarse a las diez de la mañana en el lugar donde ellos tenían su base de operaciones. Allí también se encontraría con David y esperaba que su amigo estuviera de mejor humor, o al menos le diera la oportunidad de compartir una charla cercana como siempre habían hecho a lo largo de los años.

—A veces odio el tráfico de esta ciudad... —Zoe miraba a través de la ventanilla del taxi.

La ciudad estaba ajetreada. Algo que era normal para un sábado por la mañana. Supuso que David conduciría la furgoneta donde se encontraban las armas que habían encargado para la banda, y tenía que reconocer que a todos les pareció raro que quisieran adelantar la entrega.

Comprobó aquel pensamiento quince minutos después cuando ambos se encontraron en la entrada del edificio. Bajó del taxi con una sonrisa y le saludó con la mano.

—Mirad quién ha llegado. —David sonrió al verla bajar del taxi, se acercó a ella y la abrazó—. Sin duda la mujer más preciosa del universo.

«Vaya, está de buen humor», se dijo para sí misma. Sonrió amplio y dejó un beso en su mejilla mientras permanecía en sus brazos.

—No exageres, solo llevo tus genes, ¿no? —Ella le miró y sonrió, sabían

muy bien que bordaban su papel como hermanos—. Aunque tus ojos son más bonitos, debo admitirlo.

—Y que lo digas —respondió David con una sonrisa.

Zoe no podía siquiera imaginar a qué venía la felicidad extrema de David.

—¿Todo bien? —le preguntó mientras caminaban hacia la furgoneta que él había conducido. Buscó con la mirada a Noah, pero no lo encontró—. ¿Cómo es que has venido solo?

—Bueno...

David no había pensado cómo le diría a Zoe dónde estaba Noah. Con sus compañeros fue más fácil, le sirvió la simple excusa de «estará despejándose» para convencerles. Y la verdad es que agradecía que tanto Jeremy como Danny no hubieran hecho más preguntas al respecto. Todos conocían a Noah y cómo actuaba por lo que esa excusa había sido la perfecta.

—Chicos, habéis llegado. —Kristoff salió a su encuentro. Justo en el momento oportuno—. Vamos, quiero enseñaros algo, ellos se ocuparán del coche.

Zoe y David vieron cómo dos hombres se subían en la furgoneta para conducirla hacia la parte trasera del edificio.

Como siempre, el Wildhunde les acompañó hacia el ascensor que iba a los subsótanos donde todos parecían estar ya reunidos. Minutos después se abrió la puerta del garaje que había al final y la furgoneta entró hasta llegar al centro de la sala. Y Zoe seguía sin ver a Noah.

Klaus y Adam no tardaron en llegar a su encuentro, ambos les saludaron con un cálido abrazo y una sonrisa. Todo parecía ir normal.

Parecía...

—Los anfitriones están aquí. —Kristoff sonrió y miró tanto a David como a Zoe—. Pero falta alguien importante, así que, vamos a su encuentro, si no, no podremos empezar con la reunión.

Kristoff les invitó a caminar, ella había recuperado la sonrisa mientras que David mantenía su mirada firme a sabiendas de lo que posiblemente se encontrarían.

El corazón de Zoe latía con fuerza. «Tal vez esté revisando algo para ellos», se dijo mientras caminaban sala tras sala atravesando los pasillos. Su mejor amigo iba en silencio al igual que los demás, pero ella parecía mantener su sonrisa, al menos hasta que llegaron al lugar donde el agente del FBI se encontraba.

La puerta de la sala se abrió, todo estaba iluminado, no había nada salvo un cristal en la pared y la imagen de Noah totalmente destrozado tras este.

Zoe no pudo dar crédito a lo que vieron sus ojos.

Jeremy caminaba de un lado a otro por el salón del apartamento. Algo iba mal, lo sabía, no podía entender por qué Noah no había regresado y desde luego, le era imposible creer a David.

—Dioses, Jeremy, deja ya de moverte, me estás poniendo de los nervios.

—Más me estás poniendo tú, ¿cómo puedes estar tan tranquilo? —El más joven miró su teléfono—. Seguro que ha pasado algo, estoy seguro.

Y entonces escuchó el teléfono del apartamento que sonaba. Lo cogió escuchando la voz de Charles al otro lado.

—Explícame por qué demonios descargaste el otro día los archivos del perfil personal de Noah. —Su voz era grave, seria y dando una clara advertencia.

Pero Jeremy no sabía nada de eso.

—Charles, yo no he descargado nada. ¿Para qué iba a querer hacer algo así? —dijo el más joven. Danny se sentó a su lado para escuchar con atención cuando el primero puso el teléfono en altavoz.

—Hace unos días alguien entró con una clave temporal a los expedientes de nivel tres —continuó su jefe—. Lo he comprobado y fue desde tu ordenador, si no has sido tú, ¿quién iba a hacerlo? Y más importante, ¿por qué?

—Un momento... —Jeremy fue hacia su ordenador, dejó el teléfono sobre el escritorio y accedió a la información de red temporal. Cuando encontró la información no pudo dar crédito a lo que vieron sus ojos—. David... viene a nombre de David Smith...

—¿Cómo? —preguntó Danny.

—¿Qué has dicho? —Charles fue el siguiente sorprendido, alzó su voz al otro lado del teléfono—. ¿Quién le cedió la clave?

Las teclas sonaron mientras Jeremy comprobaba la fuente de donde había sido dada de alta la clave. Por más que David hubiera borrado todo cuando descargó los datos, el más joven sabía cómo obtener el rastro de información a través de su ordenador.

—Fue John.

Y entonces fue cuando Jeremy comprendió todo. El porqué Noah no había vuelto la pasada noche, el por qué David había cambiado tanto su actitud. Y sobre todo sabía muy bien los motivos que podrían haber impulsado a su compañero a hacer eso, descargando toda la información sobre Noah... poniéndole en un serio peligro.

—Charles, hay algo que tienes que saber —dijo Jeremy. Danny no podía hacer otra cosa que permanecer en silencio—. Las cosas aquí entre Noah y David no han ido muy bien. De hecho, han ido peor de lo que podríamos esperar.

—Explícate, pero hazlo rápido porque quiero saber cuáles van a ser las consecuencias de esto. —Charles también se había puesto nervioso, sin embargo, como jefe debía mostrarse lo más firme que pudiera.

—No sé cómo pasó, pero Noah y Zoe empezaron a salir juntos. Eso enfadó a David, lo volvió loco, incluso puedo decir que le odia. Es la única razón que se me ocurre para que haya podido hacer eso. Además —Jeremy lanzó un suspiro antes de continuar—, anoche ella había quedado con Kristoff en un hotel donde suelen organizar fiestas. Noah salió porque no soportaba la idea de estar vigilándola desde casa, pero no ha vuelto... y lo peor de todo es que David le animó a que fuera.

—Un momento, ¿estás diciendo que David está tan celoso que ha delatado a Noah ante nuestros enemigos? —Fue Danny el que habló—. Eso es demasiado surrealista.

—Chicos —al otro lado del teléfono sonó la voz de Charles—, comprobad las cámaras de seguridad del hotel y las de la zona. Si no podéis acceder introducir la clave que os voy a mandar al teléfono, es difícil pinchar las cámaras para ver grabaciones pasadas. Quiero que averigüéis qué le ha pasado a Noah, y en cuanto lo hagáis actuaremos. Pero una cosa, daos prisa.

Charles colgó el teléfono. La clave llegó en pocos segundos al móvil de Jeremy. Apenas unos minutos después, estaba accediendo a las cámaras de la ciudad yendo a las grabaciones de la noche anterior.

Pasaron imágenes y minutos sin ver nada hasta que algo les llamó la atención. Noah caminaba en lo que parecía ser su vuelta a casa cuando alguien que ya habían visto le atrapó por la espalda y lo llevó hacia el interior de un coche negro. Fue muy rápido, en apenas unos segundos y sin que nadie a su alrededor se diera cuenta de aquello. Jeremy pasó de nuevo las imágenes hasta que el detector que tenían en el ordenador abrió el perfil de Adam, uno de los

compañeros de Kristoff.

—Llama a Charles ahora mismo y dile que prepare una misión de rescate. Tienen a Noah y tal vez estemos todos en peligro.

Danny cogió el teléfono a toda prisa para informar a su jefe de operaciones. Todo había sido tan rápido y extraño que aún no podían creer que aquello estuviera pasando. Y, desde luego, menos todavía que David fuera el primer implicado.

—Tendremos el equipo listo en treinta minutos —contestó Charles a través del teléfono—. Estad preparados para marcharos de allí, van a ir directamente al lugar donde los demás se encuentran.

—Te informaremos de todo, Charles, gracias —dijo Jeremy antes de despedirse.

—Llevad cuidado, espero que todo vaya bien.

Pero dada la situación todos sabían el peligro que tanto ellos como sus compañeros, y sobre todo Noah, podían correr. No podían siquiera imaginarse qué estarían haciéndole en esos momentos, lo único que sabían es que tenían que prepararse para marcharse de allí y dar la misión por terminada.

Y Jeremy no podía hacer más que rezar por que nada fuera mal o peor de lo que con seguridad ya estaba yendo.

Adam entró a la sala donde Noah estaba semiconsciente aún sentado en aquella silla. Llevaba en su mano un cubo de agua que echó sobre el agente para que este se despertara y recuperara la conciencia al completo.

Zoe estaba paralizada, a punto de llorar. Había llevado las manos a su cara, horrorizada, mientras que sentía cómo su corazón se disparaba en un sinfín de sentimientos. ¿Qué le había pasado a Noah? Y, sobre todo, ¿cómo había acabado en esa situación? Miró de reojo a David, su mirada era firme, ella pensó que tal vez sería porque se había sorprendido tanto como ella. Sin embargo, no podía estar más equivocada.

—Gírale. —Kristoff se acercó a un interruptor que había al lado de aquel cristal para dar su petición a Adam—. Quiero que le vean bien.

Su compañero siguió sus órdenes y puso a Noah de frente al cristal. Le agarró del pelo y levantó su rostro.

—Despierta de una vez. —Adam le soltó antes de golpearle en la cara.

Noah volvió a escupir sangre. El agua caía a través de su cara, estaba derrotado, casi rendido. Obedeció para abrir poco a poco los ojos. Kristoff se encargó de que él pudiera ver a través de ese cristal. Al agente se le partió el corazón viendo a Zoe en la sala de al lado, destrozada, casi al borde de las lágrimas.

—Y os preguntaréis... ¿qué demonios le ha pasado? —Kristoff sonrió—. Pobrecito. ¿Sabéis cuál es el problema de mentir? Que muchas veces la mentira supera a la realidad y acabas por descubrirte a ti mismo. O en su caso, logrando que otros te descubran, ¿verdad?

Kristoff dirigió su mirada a David. Él seguía mirando a Noah con firmeza, pudo dar gracias porque Zoe apenas era consciente de lo que estaba pasando. Solo era capaz de mirar a su novio y temer a cada segundo que pasaba más por su vida.

—Creo recordar que cuando nos conocimos os dije cuáles serían las consecuencias si nos engañabais o intentabais tomarnos el pelo —continuó Kristoff—. Lo que no sé es cómo el señor Noah White, un sabio agente del FBI con años de experiencia, ha podido cometer tal error.

—Error... —Aquella fue la primera palabra que Zoe pudo pronunciar.

—Sí, error. —El Wildhunde se acercó a ella y puso una mano sobre su hombro para mirar a Noah después, esbozando una sonrisa—. ¿Sabías que está enamorado de ti? Pobre, no quería dejarte marchar, se preocupó tanto por ti en el interrogatorio que incluso nos dijo que mantendría este engaño con tal de tenerte a su lado. ¿No es romántico?

La cabeza de Zoe daba vueltas, era obvio que Kristoff no sabía que ella también era agente del gobierno estadounidense por la forma en que estaba contando todo.

—Os ha estado engañando todo el tiempo —continuó diciendo Kristoff—. Pero claro, yo no podía dejar escapar esta oportunidad para dejar claro qué hacemos con los que intentan engañarnos. Es un buen regalo para cerrar nuestro trato, ¿no crees Anna?

Él se puso justo delante de Zoe para mirarle a los ojos. Pudo ver cómo los de ella estaban a punto de estallar en lágrimas.

—Oh, no me digas que también estás enamorada de él. —Kristoff sonrió—. Pero si es un farsante. Pobre chica...

David miró a su mejor amiga de reojo, pudo ver el dolor en los suyos, incluso en el latido de su corazón se podía escuchar cómo estaba sufriendo al

ver a Noah así en la sala contigua. Pero nadie se atrevía a hablar. Él no quería y ella, no podía.

«Noah, perdóname...», se dijo, porque tendría que defenderle, pero estaba tan paralizada que ni siquiera podía pronunciar palabra.

—Vamos a hacer una cosa. Para que veáis que no soy alguien tan cruel como parece, os voy a dejar que paséis unos últimos minutos juntos. — Kristoff se giró para mirar a Noah y luego devolvió su vista hacia los ojos grisáceos de ella. Le hizo un guiño—. Aprovecha bien el tiempo porque en apenas una hora estarás llorando su muerte y nosotros tenemos un avión que coger. Hay trabajo por delante.

¿Que no era cruel?

Klaus sonreía al otro lado de la sala donde todos estaban. Había entrenado bien a su discípulo, era tanto o incluso más sanguinario que él y eso le gustaba. Kristoff podía considerar su error bien recompensado hacia los suyos.

—Tienen quince minutos, después haz lo que tengas que hacer y nos marcharemos hacia el aeropuerto —dijo el jefe de los Wildhunde.

Todos salieron de la sala en silencio, incluido David. ¿Qué podía decir cuando el mundo de su mejor amiga estaba desmoronándose de nuevo? Adam la obligó a ir a la sala contigua y después cerró la puerta a sus espaldas para dejarla a solas con Noah.

Con el hombre de su vida...

Con ese maravilloso hombre que estaba a punto de morir.

—Noah... —susurró. Ya no tenía sentido fingir que no se llamaba así, fueran cuales fueran las consecuencias para ella.

Él le pidió silencio con un leve silbido entre sus labios.

En apenas unos segundos Zoe estaba llorando rota por el dolor, cayó de rodillas justo delante de Noah. Llevó sus manos a la cara magullada y ensangrentada de este. Incluso así, él logró ofrecerle una sonrisa.

—Supongo que ahora no me ves tan guapo... —bromeó antes de volver a toser.

—Cállate... —le suplicó ella entre lágrimas—. Cállate... solo, tiene que haber alguna forma...

—No —respondió Noah con firmeza—. Lo único que tienes que hacer es procurar que no te pase nada. ¿Me oyes? Promételo.

—No puedo prometerte algo cuando sabes que si te pierdo... se acaba

todo...

Él quiso abrazarla. Zoe miró las cuerdas que ataban las manos y pies de Noah, ya no le importaba si aquello le pondría en algún tipo de riesgo, solo quería poder abrazarle. Se levantó mientras las lágrimas seguían cayendo una tras otra y desató sus cuerdas. Las muñecas de Noah estaban llenas de sangre y quemaduras por culpa del roce de estas. Pero no le importaba, ya nada más lo hacía.

Y aunque el cuerpo le dolía, incluso hasta lo más hondo de su alma, alzó una de sus manos para rozar la mejilla de Zoe, llevar la mano hacia su nunca y atraerla hacia sus labios para besarla con dulzura.

—Te amo —le susurró cuando se separó apenas unos pocos centímetros—. Gracias por haber logrado que crea de nuevo en el amor.

—No te despidas de mí por favor, no puedo permitir que te despidas de mí...

Ella volvió a llorar. Abrazó a Noah y este se levantó, a pesar del dolor, solo pensando en la protección que los brazos de ella podían entregarle. Se quedó en silencio hundiendo su rostro en su cuello. Una de las manos de Zoe se enredó en el cabello de él, solo quería sentirlo cerca, darle su calor, su protección y rezar por que todo pudiera arreglarse.

—¿Puedo pedirte algo? —preguntó él aún pegado a su oído. Su voz sonaba débil, más que nunca—. Y prométeme que lo harás.

—Dime... —respondió Zoe.

—Ten cuidado con él. —Noah se separó un poco de ella—. Y no me refiero a Kristoff.

Habló en voz baja. El nombrado miraba con orgullo las imágenes que las cámaras de seguridad dejaron en las pantallas de la sala principal. Era emocionante ver aquella escena de amor previa a la muerte anunciada del agente. Una muerte que personalmente le iba a llenar de orgullo.

—No te entiendo. —Ella meneó la cabeza, le dolía tanto que no tenía claridad para poder pensar.

—Piensa, solo piensa... —le suplicó Noah—. Piensa en todo lo que ha pasado y por qué razón puedo estar aquí. Solo hay algo que es más peligroso que el amor.

Acarició la mejilla de Zoe y se acercó despacio hasta quedar pegado a su oído.

—Los celos —susurró en un tono apenas audible.

«Los celos...», se recordó ella. Abrió los ojos de par en par y su corazón volvió a paralizarse. «David... ¿David?».

Miró fijamente a Noah, él sabía qué decirle incluso con una mirada. ¿Por qué iba a mentirle en aquello? Durante aquellas semanas Zoe había visto la peor parte de su mejor amigo, sabía que él odiaba a Noah y todo había pasado tan precipitadamente que solo podía haber una explicación.

—Ha sido él... —susurró ella pegando su frente a la de Noah—. Ha sido él...

Su voz sonaba entre susurros mientras sus labios estaban pegados a los del agente. El asintió antes de besarla. Los minutos parecían pasar con lentitud, como si aquel momento pareciera ser eterno. Pero ese momento se rompió cuando escucharon la puerta a sus espaldas.

—Es la hora —la voz grave de Adam irrumpió en la sala.

—¡No! —gritó Zoe.

Dos hombres más entraron para cogerla por los brazos y sacarla de allí a la fuerza.

—¡Dejadlo en paz! —volvió a gritar mientras la sacaban a rastras de la sala—. Noah... ¡Noah!

Él agachó la cabeza, el alma se le rompió en dos viendo cómo ella se marchaba destrozada. Lo último que Zoe vio fue como Adam atestaba un puñetazo a Noah dejándolo casi inconsciente y tirado en el suelo.

La puerta se cerró delante de sus ojos. A través de esta se escucharon los gemidos del agente, y ella no podía hacer más que llorar e intentar zafarse de sus opresores. En la sala principal la esperaba un sonriente Kristoff que no podía si quiera explicar el orgullo que sentía en su corazón. Dejaron a Zoe y ella apoyó sus manos en la mesa principal.

Apenas podía respirar, ni siquiera podía levantar su rostro para mirarle a los ojos. Y mucho menos a David, el hombre que había destrozado su vida...

—Ha sido maravilloso —Kristoff fue el primero que habló.

Dio varias palmadas a modo de aplauso y caminó hasta ponerse al lado de Zoe.

—Muy romántico, me habéis partido el corazón. —Rio con orgullo y dirigió su mirada hacia David—. ¿Verdad que sí, Michael?

—Sí... —Alcanzó él a responder.

Kristoff miró hacia las pantallas y volvió a sonreír. Noah estaba de nuevo

sentado en aquella silla de hierro, a solas, pero esta vez sin sus manos y pies atados.

—Voy a acabar con él a la vieja usanza. Me apetece una pelea digna de mis puños —dijo—. ¿Algo que objetar?

—Antes... —Zoe levantó su vista para mirar directamente a los ojos de Kristoff—. Antes quiero una cosa, necesito preguntar una cosa. Antes de que acabes con él... quiero... quiero aclarar algo.

—Deja ya de tartamudear y ves al grano, maldita sea... —protestó él.

—Fuiste tú, ¿verdad? —Ella caminó y dirigió directamente su mirada al que era su mejor amigo—. Admítelo, maldita sea... ¡confiesa!

Lo siguiente que hizo fue dar un empujón a David.

—Vaya, esto se va a poner interesante... —añadió Kristoff en voz baja.

—¿Por qué? —Zoe se acercó a David de nuevo y llevó sus manos hasta el cuello de la camisa de este—. ¡Dímelo!

—¡Porque él no te merece! —respondió él—. Ese cabrón no merece a alguien como tú. No lo merece...

Quiso confesar todo lo que llevaba en su interior, pero David sabía que si lo hacía se delataría ante Kristoff y todos los demás.

—¿Acaso crees que tienes derecho a elegir de quién debo enamorarme? —Zoe le soltó pero no dejó de mirar a los ojos a David, no podía permitirse bajar la mirada—. Nunca has sido nadie para elegir sobre mí. ¿Me oyes? Nadie.

Pronunció aquellas palabras casi chirriando los dientes.

David pudo ver el odio en los ojos de su amiga, el desprecio hacia él. Jamás le había mirado así. Después de todo lo que él había hecho por ella, ¿cómo podía ser tan desagradecida?

—No has aprendido nada, ¿verdad? —le dijo él—. Dioses, jamás has aprendido nada. ¿Cómo es posible que hayas sido tan estúpida? Enamorándote de personas que jamás te han merecido, de hombres que te darían de lado en el primer segundo y yo, como un tonto estúpido, siempre intentando protegerte. Siempre ayudándote a que te dieras cuenta de que no los merecías. Pensé que ya habías tenido suficiente con él.

Todos escuchaban aquella conversación sin entender nada. Zoe miró a David, aquellas últimas palabras...

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Olvídalo, por más que me esfuerce siempre vas a ser una desagradecida. Maldita sea —protestó él—. No sé para qué perdí el tiempo por aquel entonces. ¡No te ha servido de nada!

David estaba tan enfadado que no se dio cuenta de lo que había confesado.

—¿Tú acabaste con él? —Zoe se acercó a su amigo. Le abofeteó, las lágrimas volvieron a sus ojos—. Tú le delataste, le mataste...

«Delataste a Jamie...», se dijo mirándole.

—Y, ¡¿qué?! —gritó él—. No te ha servido de nada... ¡absolutamente de nada!

Nadie pudo intuir lo que pasaría a continuación. La rabia había consumido tanto a Zoe que lo único que quería era lanzarse sobre David. Dirigió su mirada hacia Kristoff. Él estaba dándoles la espalda mientras miraba las pantallas y esperaba con ansia el momento para ponerle las manos encima a Noah.

Todo ocurrió en apenas unos segundos. Ella vio la pistola que el Wildhunde llevaba en su cintura.

Solo unos segundos... en los que Zoe se adelantó, le quitó el arma y se giró hacia David para apretar el gatillo sin pensárselo dos veces.

Las sirenas de los coches dejaban un sonido ensordecedor a su paso por las calles del centro de Berlín. Danny y Jeremy iban en la última de tres furgonetas que se dirigían a toda prisa hacia el edificio donde sus enemigos actuaban, donde Noah y los demás estaban retenidos. Aunque unos con más fortuna que el primero. Las instrucciones del rescate les habían llegado hacía ya quince minutos, pero todos sabían que cuanto más rápido actuaran iba a ser mucho mejor.

El tiempo era oro, y en ese instante corría en su contra.

—Como les pase algo... —Jeremy no hacía más que lamentarse.

—No les pasará nada. —Su compañero le dio el chaleco anti balas—. Ponte esto, cuando entremos no tendrás más protección que la del chaleco y tus propios compañeros.

A pesar de que tanto Jeremy como Danny no eran agentes de campo, habían recibido el entrenamiento suficiente para actuar en situaciones de riesgo tan parecidas a las que ahora estaban viviendo. Todavía podían recordar la conversación con Paul hacía unos minutos atrás.

«No puedo creer que David haya hecho eso —le dijo al otro lado del teléfono—. Ojalá hubiera estado más pendiente de esta misión, pero surgieron cosas importantes por aquí...».

—Ojalá todos lo hubiéramos previsto... —susurró Danny casi para sí mismo.

Los coches iban a toda velocidad, pero parecía que el tiempo había decidido ir más lento de lo normal.

Estaban a punto de tirar toda la misión por tierra. Tal vez perderían a la banda de los Wildhunde para siempre, pero cuando se originaba algo así solo podían hacer por una cosa, y salvar la vida de Noah y sus compañeros era lo más importante. Jeremy no podía más que preguntarse por qué David había traicionado de esa forma a su compañero, seguía sin explicarse cómo los celos podían mover esa clase de sentimientos. Él había sido su amigo desde que entró a la agencia, alguien que también le protegió, y ahora se odiaba porque solo podía pensar en salvarle. Aun después de lo que había hecho, solo quería

salvar a David junto a los demás.

—Llegaremos en unos diez minutos. —El hombre que conducía echó una mirada hacia los asientos de atrás.

En la furgoneta había un grupo de seis agentes además de Danny y Jeremy.

—¿Preparados? —volvió a decir el conductor.

Todos asintieron.

—Preparados —respondieron Danny y su compañero al unísono. El primero miró al más joven—. Procura protegerte. No quiero tener que lamentar el perder a alguien tan pesado como tú.

—Fue a hablar... Si no fuera por mí estarías perdido la mayoría del tiempo con todo el trabajo que siempre tenemos que hacer. Además, mala hierba nunca muere, o es al menos lo que dicen. ¿No? —Jeremy sonrió mirando a su compañero.

Ambos terminaron de arreglar sus chalecos anti balas y preparar sus armas a la espera de llegar al edificio donde el caos estaba a punto de producirse.

La mano con la que empuñaba la pistola aún le temblaba. Zoe se había quedado en blanco, de pie, exactamente dónde estaba. Miró a David a los ojos, unos ojos verdes que le miraban con fijeza, llenos de temor. Ella cayó de rodillas, apoyó sus manos en el frío suelo y se echó a llorar.

No había podido matarle, ella no era así.

—Por todos los... —Kristoff se agachó para coger el arma—. Cogedla y hacer que se calme. ¡Maldita sea! ¿No os podéis comportar como adultos?

—Yo... —El de ojos verdes apenas podía pronunciar palabra. Miro a su amiga, sintió el impulso de ayudarla.

—¡Déjame! Eres un cabrón... —susurró ella entre lágrimas cuando le vio justo delante—. Te odio, te odio, te odio...

Una y otra vez repitió esas palabras. Adam fue hasta ella y la levantó del suelo para llevarla a una silla cercana. Zoe tapó su rostro, dejó que las lágrimas llegaran a la palma de sus manos. Había perdido al hombre que más había querido, David la había traicionado, y ahora volvía a hacerlo. ¿Cómo iba a superar perder a Noah? ¿Cómo iba a seguir adelante sin él?

—Kristoff... —susurró.

Él se giró. Zoe vio cómo llevaba la pistola que ella misma había empuñado

entre sus dedos apenas unos minutos atrás, se levantó de la silla y fue hacia él.

—Mátame. —Las lágrimas aún caían por sus mejillas. Podían sentir cómo le quemaban la piel—. Hazlo, porque no pienso seguir adelante formando parte de esto.

Cogió la muñeca de él para levantarle el brazo y obligarlo a que le apuntara en el corazón. Kristoff la miró, no dijo nada, pudo ver la desesperación en los ojos de la mujer.

Sonrió amplio y luego negó con la cabeza.

—No pienso hacerlo —le dijo con firmeza. Levantó la barbilla de Zoe con su mano libre—. ¿De verdad crees que voy a echar a perder el tenerte conmigo?

—Lo harás, porque no pienso quedarme aquí. No quiero formar más parte de esto —respondió ella—. Vas a perderme de todas formas, así que hazlo. No voy a perderle a él y quedarme de brazos cruzados.

—¿Y qué vas a hacer? No has tenido ni el valor que hay que tener para matarle a él, menudo hermano que tienes, señorita. —Kristoff desvió su mirada hacia David mofándose de ella.

—No soy una asesina... —confesó Zoe aun sujetando la muñeca de Kristoff—. No lo soy.

—Pero yo sí. —Él sonrió.

Se movió, desenfundó su pistola y apuntó a David al pecho para apretar el gatillo hasta en tres ocasiones. El sonido de los disparos retumbó en los oídos de Zoe, lo siguiente que escuchó fue el golpe en seco que dio el cuerpo de David contra el suelo.

—Pobre Michael, después de todo alguien que traiciona a los suyos puede traicionar a cualquiera. —Kristoff se encogió de hombros y se dio media vuelta—. Limpiadlo todo y deshaceros de él. Y a ella...

Volvió a girarse para mirar a los ojos de Zoe esbozando una sonrisa.

—Que esté en primera fila, quiero que vea cómo su novio se estremece de dolor.

—¡No! —Zoe gritó cuando dos hombres la cogieron de los brazos—. ¡Te he dicho que me mates! ¡Cobarde!

Él no respondió. Caminó con Adam por los pasillos hasta llegar a la sala donde Noah seguía apenas sin poder mantenerse despierto. Volvieron a tirarle agua para que recuperara la conciencia, él abrió los ojos poco a poco y

cuando fue consciente de nuevo del lugar donde se encontraba, se estremeció al escuchar los gritos de Zoe al otro lado de la sala.

—¿Qué le habéis hecho?! —gritó Noah.

—Oh, nada. Es solo que no para de suplicar que la matemos. Por cierto, tengo que decirte algo. —Kristoff se acercó a él y se agachó un poco para mirarle bien a los ojos—. Me he tomado la libertad de acabar con Michael, ella lo intentó, pero es igual de cobarde que tú.

«David...», a pesar de todo Noah no pudo evitar sentirse mal al escuchar aquello. Él no merecía morir, aunque le hubiera traicionado.

—Espero que no le hayas hecho daño a ella... si no, estás muerto —le advirtió Noah levantando su rostro.

—¿Me vas a matar? —Kristoff sonrió—. Te recuerdo que el que está a punto de morir aquí eres tú y pienso tomarme mi tiempo, ella no va a salir de esta viva. Al menos no como la conoces y después, bueno... se olvidará de ti, de su querido hermanito y seguirá trabajando para nosotros. Porque más te vale que lo haga si no...

El Wildhunde se giró para mirar hacia el cristal. Adam sonreía ante las palabras de su compañero.

—Me encargaré de perseguir y matar a cada persona que forme parte de tu vida —continuó Kristoff—. No dejaré siquiera que un niño te dedique una sonrisa. ¿Me oyes?!

Al otro lado, Zoe lloraba sin consuelo. Uno de los hombres que la había llevado hasta allí la tenía cogida por su cabello obligándola a mirar en cada momento hacia el cristal. Los gritos volvieron a sus labios cuando vio cómo Kristoff empezaba a golpear a Noah con sus puños cerrados.

Él seguía en silencio, sentado en aquella silla, sin decir nada. Solo gimiendo de dolor y aceptando el que iba a ser su final.

—¿No vas a luchar? —preguntó Adam mientras apoyaba su espalda en la pared—. Qué fácil lo estás poniendo... una pena, pensaba que eras un adversario digno.

Este fue hacia Noah y le cogió por la espalda para obligarle a levantarse. Kristoff le dio un puñetazo. La respuesta del agente fue escupirle en la cara.

—Cabrón —dijo Kristoff llevando uno de sus puños al estómago del agente, golpeándole con toda la fuerza de la que disponía.

Noah escupió sangre y tosió. Ante la atenta mirada de sus enemigos sonrió sin que ellos pudieran creerlo. Apenas tenía fuerzas siquiera para estar de pie,

pero no iba a acobardarse por más que ellos quisieran, solo tenía algo más que decir. Algo que se escuchó en apenas un susurro.

—Zoe...

—¿Qué dice? —preguntó Adam mirando a su compañero mientras seguía sujetando al agente con fuerza.

—Zoe, perdóname. —Volvió a decir Noah alzando la voz todo lo que podía—. Perdóname, te amo...

Giró su rostro una vez hacia el cristal y se dejó consumir por el dolor. Kristoff abrió sus ojos sin poder creérselo. Vio cómo Noah caía al suelo y entonces comprendió todo. Todos habían formado parte de un engaño, de una trampa en la que él y los suyos habían caído como tontos.

Movió la cabeza haciendo un gesto negativo con esta, cogió la pistola y abrió la puerta de la sala para dirigirse al lugar donde estaba Zoe. A ella ya no le importaba morir, había perdido todo, e incluso agradeció que Noah pronunciara su nombre. Al menos, iban a poder estar juntos para siempre.

Todo parecía moverse despacio, tenía muy claro que iba a morir, cerró sus ojos preparada por completo para lo que iba a pasar cuando de repente un gran estruendo golpeó sus oídos.

Kristoff y Adam empezaron a escuchar disparos y gritos, se miraron y salieron corriendo dejando a Zoe con el resto de sus compañeros. Ella intentó escapar, pero uno de ellos la golpeó en la cabeza, perdió la conciencia y cayó al suelo.

El ruido de las armas hacía eco por todas partes, Kristoff vio cómo casi una veintena de hombres armados con metralletas y pistolas acababan con la mayoría de los miembros de su banda. Se escondió detrás de una de las mesas cubriéndose para disparar su arma contra ellos.

—¿Dónde está Klaus? —preguntó desviando su mirada hacia Adam. Vio que este señalaba con la cabeza al frente—. Esto es genial, simplemente genial...

Sonrió, le dio vueltas a todo. ¿Cómo no había podido ver que todos eran agentes infiltrados? Vio tirado en el suelo y muerto al que había conocido como Michael Cassidy, preguntándose cómo se llamaría en realidad.

Los disparos le devolvieron a la realidad. Había cuerpos que caían al suelo, tanto de su banda como de sus atacantes.

Jeremy y Danny disparaban escondidos detrás de las columnas de la sala principal. El primero hizo una señal al mayor para que se movieran justo

detrás de un grupo de agentes que iba a explorar la zona. Por primera vez conocieron el verdadero caos de la batalla, pero Danny no esperó encontrarse de bruces con el horror de esta.

—David... —Tropezó con el cuerpo del agente que había sido su amigo durante tanto tiempo—. ¡David está aquí!

Pero ya era demasiado tarde para poder salvarle.

—¿Quieres que te maten? —Jeremy fue el que le cogió para llevarlo corriendo hacia una de las puertas que había abiertas a la derecha de la sala—. ¡Muévete!

—Está muerto... —Volvió a decir Danny. Sus manos se habían manchado con la sangre del cuerpo de su amigo. Todo comenzó a temblarle—. Está muerto...

Jeremy le estampó contra la pared más cercana.

—Y tú lograrás que te maten a ti, muévete. ¡Vamos! —Aquel grito devolvió al mayor a la realidad.

La oscuridad de los pasillos se veía interrumpida por las luces que iban incorporadas a las armas. Ellos caminaron detrás del grupo de agentes más experimentados, entrando en cada una de las salas. No había rastro de Noah y Zoe. Ambos estaban comenzando a desesperarse y a temer tanto por las vidas de sus compañeros como por la de ellos mismos. La situación era de máximo riesgo, no entendían cómo podían salir tantos enemigos a su encuentro para luchar contra ellos y los demás agentes.

—¡Estamos llegando! Las salas de tortura están al fondo. —El agente que dirigía el grupo extendió su brazo para indicar que siguieran adelante.

El camino fue igual de complicado que hasta el momento. Algunos de los suyos morían, y los que sobrevivían tenían que seguir disparando para acabar con sus enemigos. Una de las balas fue hacia la pierna derecha de Jeremy haciéndole caer de bruces al suelo.

—Me quedaré aquí. —Miró a su alrededor. Estaban justo al principio de la zona de tortura, en una sala médica.

—¿Qué pasa si vienen más? —Danny se arrodillo a su lado.

—Puedo cuidar de mí, vamos, tienes que encontrar a Noah y a Zoe, quién sabe si siguen vivos o no. Vamos, vete —le ordenó el más joven. Vio cómo Danny asentía, cuando le perdió de vista apoyó su cabeza en la pared cogiendo su arma con fuerza. Suspiró—. Ahora sí que estoy muerto...

Zoe abrió poco a poco los ojos, la cabeza le dolía y todo le daba vueltas. Llevó una de sus manos a la nuca para comprobar cómo la sangre seguía cayendo. No había nadie a su alrededor, pero hasta sus oídos llegaba el sonido de los disparos y los gritos de quienes estuvieran en medio de aquella batalla.

Se levantó casi sin fuerzas, las lágrimas habían secado sus ojos. Todo le dolía, pero su corazón solo le pedía una cosa mientras ella rezaba para sí misma pronunciando un único nombre.

—Noah... —susurró.

Con toda la rapidez que pudo salió de la sala comprobando que no había nadie cerca. Estaban al otro extremo del edificio donde ya no había salida, donde la oscuridad era capaz de invadir cada espacio sin ningún tipo de rendición.

Los escasos metros que había desde la sala contigua al lugar donde estaba Noah fueron una completa tortura. Pero más todavía la visión que sus ojos tuvieron que ver nada más entrar allí. Él estaba tumbado boca abajo sobre el frío suelo gris, había sangre por todas partes y solo quedaba el pequeño murmullo de su respiración. Zoe se acercó, le giró y se sentó en el suelo para acunar el cuerpo de su novio entre sus brazos.

—Noah... —dijo acariciando su cabello mojado—. Vamos, tienes que despertar.

Lo intentó dos veces, también dejó un beso en su frente. La respiración de él era lenta, poco a poco se marchaba y Zoe lo sabía. Era muy consciente de ello. Se prometió no llorar, evitar que él la viera así, pero era difícil. Demasiado difícil.

—Hola. —El sonido apenas se escuchó entre los labios de Noah.

Ella sonrió, apoyó la cabeza del agente en su regazo y acarició su frente. Se agachó un poco para llegar a sus labios, unos labios fríos que estaban agrietados y rotos. Unos labios que indicaban el calvario que él mismo estaba sintiendo.

—Estas aquí... —volvió a susurrar Noah.

—Siempre he estado aquí, te dije que no te abandonaría. Y nunca lo haré.

—Debo... debo estar soñando. —Noah intentó abrir los ojos, pero el dolor era tal que apenas pudo pestañear durante unos pocos segundos—. Hace frío, ¿ya es de noche?

—Sí, ya es de noche...

Aquello solo podía significar una cosa, Zoe era más que consciente y cuanto

más lo era, más se odiaba por no haber podido evitarlo. Le abrazó con fuerza, solo quería entregarle su calor, todo lo que había en ella. Si un día supo lo que era el dolor, con Noah aprendió a volver a amar... a dar segundas oportunidad y a entregar el corazón por encima de todo.

«No puedo perderte, por favor, no puedo perderte...», se dijo para sí misma. Lloró en silencio, dejando que las lágrimas fueran conscientes de su dolor. Todo iba a terminar.

«Si se muere... solo, llévame con él», deseó mientras sus manos seguían tocando el cuerpo de Noah, acariciando su cabello, su rostro ensangrentado... Sintió que sus oídos dejaron de escuchar el ruido de las armas y los gritos del exterior. Solo podía escuchar la débil respiración del agente, solo podía estar a su lado y notar cómo el corazón de él latía cada vez con menos fuerza. Incluso el suyo propio parecía estar muriéndose poco a poco.

—Gracias. —La voz de Noah llegó a los oídos de ella de nuevo—. Por permitirme volver a amar...

Podía dolerle todo el cuerpo, pero él solo deseaba tocarla una vez más. Abrió sus ojos poco a poco, incluso llegó a esbozar una sonrisa mientras que su mano volaba hasta el rostro de Zoe mojado por las lágrimas.

Noah respiró con fuerza, se sintió en el paraíso, estaba entre los brazos de la mujer que amaba. Jamás había sido tan feliz.

Dejó caer su mano hasta tocar la de ella, se permitió volver a sonreír antes de cerrar los ojos y respirar tranquilamente. Nunca creyó encontrar a la persona más importante en su vida y saber que a pesar de todo, fuera cuando fuera... fuera donde fuera... podría volver a encontrarla de nuevo.

—¡Tienen que estar allí! —En la lejanía se escuchó a alguien gritar.

Los pasos eran cada vez más rápidos, pero Zoe solo lloraba, solo abrazaba con fuerza al hombre que tanto amaba. Al hombre que iba a perder para siempre. Agachó su cabeza para apoyar su frente sobre la suya y escuchar el último resquicio de vida que a Noah le quedaba. Poco a poco él fue soltándole la mano. Poco a poco sus labios dejaban una respiración lejana a la normal.

—¡Aquí están!

Enfocaron las luces de las armas hacia ellos. Varios hombres entraron en la sala, segundos después les siguió Danny.

—Zoe, Noah... —se apresuró a decir. Adelantó a sus compañeros aún con la respiración entrecortada—. ¿Estáis bien?

Escuchó el llanto de su amiga. Vio el cuerpo de Noah, dejó bajar sus brazos

y comprendió qué había pasado.

Zoe dejó que el dolor invadiera todo su cuerpo. Ahogó su llanto entre gemidos mientras todos la miraban, deseó perderse entre la oscuridad y simplemente permitió que su desesperación... su rabia y su dolor logaran apagar su alma.

—Vamos, sacadlos de aquí —ordenó el líder del grupo.

Danny se agachó para quedar al lado de Zoe. Ella se había desmayado sobre el cuerpo de Noah. Ayudó a sus compañeros y en cuestión de minutos estaban fuera de aquel lugar.

El ruido de los disparos se había convertido en tranquilidad conforme avanzaban. Había cuerpos sin vida y heridos. Las sirenas de las ambulancias ya invadían los alrededores. Danny caminaba en silencio viendo cómo los demás llevaban los cuerpos de sus compañeros y rezó porque a Jeremy no le hubiera ocurrido nada.

Lo encontró en la misma sala donde lo había dejado, en silencio y con su arma entre las manos.

—Todo ha acabado, ¿verdad? —le preguntó mirándole a los ojos.

—Todo ha acabado. —Danny asintió y estiró su mano para ayudarle.

Pasó uno de los brazos de Jeremy sobre su cuello y le ayudó a caminar. No le dijo nada de lo ocurrido. El joven estaba viendo la misma imagen que él mismo y aquello decía mucho más que lo que pudiera decir en palabras.

Cuando llegaron a la sala principal, dejaron los cuerpos de Noah y Zoe sobre las camillas ya preparadas para llevarlos al hospital. El cuerpo de David yacía sobre otra con una sábana cubriéndole al completo, y otros muchos más estaban en el suelo de cemento gris. Un lugar que había quedado destruido en apenas unos minutos con las pantallas, mobiliario y todo prácticamente destruido.

Esa sala había sido testigo del final de su misión en Berlín.

—¿Kristoff y los demás? —preguntó Jeremy.

—No lo sé, pero ya no me importa... —Danny respondió solo con un pensamiento pasando por su mente.

La pérdida había sido mucho más grande e importante que eso.

Acompañó al más pequeño a una ambulancia y se sentó a su lado. Echó una mirada hacia atrás para ver cómo metían en otra ambulancia a Noah y Zoe.

—Se pondrán bien —le dijo Jeremy—. Tienen que ponerse bien...

Danny simplemente asintió. Todo había terminado, la ambulancia arrancó, escuchó cómo las sirenas les envolvían y solo podía pensar en todo lo que había pasado desde que se encontró de nuevo con Noah aquel día antes de que la misión empezara.

«¿Qué haces aquí?», le había preguntado.

«Solo...», Noah le sonrió y volvió a mirarle a los ojos antes de responder: «Volviendo a empezar».

Epílogo

Nueva York. Una semana después.

Charles caminaba con sus manos en los bolsillos al lado de Danny. Habían dejado a Jeremy en su casa recuperándose aún de sus heridas. Esa mañana informaron al más joven que la banda de los Wildhunde había logrado escapar aquel día y estaban en paradero desconocido después de perder su rastro días atrás. Pero lo cierto es que después de lo que había pasado todos sabían que aquello no era lo más importante.

Justo cuando llegaron a la tercera planta del hospital, Charles y Danny se cruzaron con el doctor que había atendido al segundo y sus compañeros cuando llegaron a Nueva York.

—Buenos días —Danny le saludó con un apretón de manos, al igual que su jefe—. ¿Cómo está?

—Se alegrarán de saber que mejor. La recuperación es muy lenta, pero podemos ser positivos, que haya despertado tan pronto ya es un gran paso. — El médico sonrió. Les miró con sus ojos marrones y asintió dejando ver en su mirada la sabiduría de años de trabajo—. Aun así, tardará en volver al servicio activo, por ahora, es mejor que descanse.

—Desde luego que sí. Además, se lo merece —respondió Charles.

Ambos asintieron y se despidieron del doctor. Compartieron una mirada de complicidad y sonrieron hasta llegar a la puerta de la habitación.

Zoe estaba sentada en la butaca que había al lado de la cama. En su mirada aún se reflejaba la angustia de los días pasados. Su mano acariciaba la de Noah, pero era su sonrisa la que prácticamente iluminaba toda la habitación.

—No digas tonterías, Noah...

Sus compañeros vieron aquella escena en silencio. Fue Charles el que cogió del brazo a Danny para volver a caminar.

—Dejémosles un rato a solas, podemos ir a tomar un café mientras tanto.

Noah negó con la cabeza y volvió a mirar a Zoe.

—No son tonterías, solo te digo que no quiero ser una carga.

—Idiota. —Zoe golpeó el brazo de su novio—. Voy a quedarme aquí día tras día y noche tras noche hasta que los médicos digan que puedes caminar y

recuperarte en casa. Y cuando eso pase vendrás a la mía, nada de quedarte en el hotel.

—Está bien, está bien... me rindo.

Él giró su rostro para mirar a los ojos de Zoe. A pesar de que ambos estaban cansados y aún doloridos solo querían olvidar todo lo que había pasado. Volver a empezar, luchar por su vida y recuperar el tiempo perdido.

—Siento no haber podido estar en el entierro de David. —De nuevo, él cogió la mano de Zoe y la acarició. La muerte de él aún les dolía a pesar de todo lo que había pasado. Demasiado—. Ojalá hubiera podido evitar que aquello ocurriera.

Zoe negó con la cabeza.

—No tienes la culpa, nadie la tiene. Sabíamos a quién nos enfrentábamos y aunque David hizo aquello, jamás me olvidaré de todo lo que vivimos como amigos.

—Lo sé —respondió Noah. Sonrió y la miró con firmeza.

En su rostro aún estaban presentes heridas y cicatrices, pero sus ojos borraban todo aquello con una mirada llena de felicidad.

—Doy gracias por que estés aquí conmigo. —Zoe se levantó de la butaca para tumbarse al lado de él y abrazarle—. Pensé que te había perdido para siempre. Cuando cerraste los ojos y dejaste que tu respiración se apagara, solo podía pensar que quería marcharme a tu lado. No lo habría soportado...

—Lo prometí. —Él acarició el cabello rubio de Zoe—. Te prometí que no me marcharía a ninguna parte, y también me prometí a mí mismo una cosa.

—¿El qué?

Zoe alzó su mirada. A pesar de las heridas, de los moratones y las marcas que aún había en el rostro, cuello y pecho de él, seguía siendo atractivo. Era el hombre más maravilloso que podría haber conocido jamás.

Él le sonrió y se movió para dejar un delicado beso en su frente. Suspiró, ahora con una sonrisa en sus labios y con la seguridad de que su respiración se volvería más fuerte con el paso del tiempo. La calidez del cuerpo de Zoe logró estremecerle el corazón, solo podía dar gracias por haber abierto de nuevo los ojos y encontrarse con ella. Con la mujer que había devuelto la felicidad a su corazón.

—Vamos, Noah, dílo... —le suplicó ella en un susurro.

Él sonrió, como nunca lo había hecho.

—Me prometí a mí mismo que no iba a permitir que nada ni nadie me alejara de la única persona que quiero tener a mi lado para siempre.

Ella sonrió, logró moverse para llegar hasta los labios de Noah. Lo besó con delicadeza y acarició el pecho de él con sus dedos. Sintió cómo las lágrimas volvían de nuevo a sus ojos. No pudo evitar emocionarse, no pudo evitar llorar. Pero esas lágrimas que ahora recorrían sus mejillas ya no eran lágrimas de tristeza, dolor o sufrimiento...

Eran las lágrimas de una mujer enamorada que había recuperado de nuevo su vida. De una mujer que sabía que pasaría el resto de sus días junto al hombre al que un día odió y que ahora, iba a ser su compañero fiel para siempre.

FIN

Agradecimientos

A mi amor, por creer en mí y lograr que sea capaz de realizar todos y cada uno de mis sueños. Por acompañarme en este difícil pero maravilloso camino que es la vida y darme las fuerzas necesarias para no rendirme ante nada, entregándome también tu confianza en todo momento.

A mi maravillosa familia, Nani, Debbie, Mely, Tete y mis padres, porque sin vosotros no sería nada. A todos aquellos que han compartido este momento conmigo, me han aconsejado y apoyado en cada una de mis decisiones.

Y finalmente, a mis imperfectos, por hacer de cada día uno mejor y compartir conmigo esta pasión que es la escritura.

Mil gracias.

Si te ha gustado
Solo volver a empezar
te recomendamos comenzar a leer
Inquebrantables
de Bruno Puelles

Selección RNR

INQUEBRANTABLES

BRUNO PUELLES



Romance y Ciencia Ficción

CAPÍTULO 1

El Centro de Seguridad de Dos estaba ubicado en un enorme edificio excavado en la roca. Sus paredes eran de color gris tan oscuro que bajo la luz fluorescente de las calles de la ciudad parecía negro. Olivia Autumn se detuvo frente a la ancha escalera que llevaba a la gran puerta doble de cristal y miró la fachada, cuya sobriedad se acercaba a la dureza.

Su corazón latía muy rápidamente y sentía que le costaba respirar. El Centro le parecía más hostil que nunca, como si solo con su apariencia le estuviera diciendo que no la quería allí, que no tenía ninguna oportunidad. Durante un instante tuvo que concentrarse en no darse la vuelta y volver a casa sin intentarlo siquiera. No, no iba a echarse atrás. Había trabajado demasiado para llegar hasta allí, durante los penosos años en la escuela de Aeronáutica y después en la de pilotos. No se iba a echar atrás.

Apretó con firmeza el papel que llevaba en la mano, hasta arrugarlo. Era la carta que le habían enviado desde la Escuela, informándole de que se abrían plazas para pilotos a raíz de una importante misión que iba a tener lugar a corto plazo. Seguramente no se imaginaban que ella, la única estudiante femenina de su promoción, iba a presentarse.

Subió las escaleras a zancadas, pisando solo un escalón de cada dos. La señorita de la recepción tomó sus datos, aunque su cordialidad estaba algo empañada por la sorpresa. Después, la hizo pasar a una de las cabinas en las que podía cambiar su ropa de calle por el equipo especial. Olivia se puso el uniforme, conectó los cables a los sensores y se miró en el espejo con el casco bajo el brazo. Le devolvió la mirada la imagen de una mujer de treinta años recién cumplidos, de largo cabello castaño e inteligentes ojos oscuros.

Treinta años y todavía no había conseguido trabajo de lo suyo. Sus padres se lo habían dicho desde que les había comunicado su decisión de matricularse en la Escuela de Aeronáutica. No había sitio para mujeres en aquel ámbito. Incluso si lograra graduarse como piloto, era muy improbable que alguien le ofreciera trabajo. Aunque Dos, la segunda de las ciudades de la

Unión, fuese relativamente grande, el tráfico entre urbes no era tan fluido como para que hicieran falta muchos pilotos. Como la oferta de empleo era reducida, los pocos puestos se los llevaban los pilotos experimentados, reconocidos y, para desesperación de Olivia, varones.

Con movimientos rápidos, Olivia se recogió el pelo y se puso el casco. Salvo por su figura, no era tan distinta de un hombre. Quizá tuviera menos envergadura, pero estaba segura de que era tan o más rápida que uno, tan o más resistente. Apretó los puños. Puede que la competición fuese a ser dura, pero lo iba a hacer. Iba a demostrar que era capaz de cualquier cosa si se la proponía.

Dejó en la taquilla todas sus cosas, menos la carta de la Escuela y un certificado con las notas que había sacado en la evaluación teórica. Como las pruebas físicas eran más difíciles para ella, que aunque estaba en muy buena forma no era demasiado alta ni musculosa, se esforzaba en dar lo mejor de sí en la prueba escrita. De todos los que se presentaban aquella tarde, ella era la que tenía mejor puntuación.

En la puerta de la sala de entrenamiento estaba el oficial que controlaba la entrada de los candidatos. Era un hombre alto y cuadrado, como los había a cientos en el Centro de Seguridad, como si los hubiesen cortado a todos siguiendo el mismo patrón. Cuando Olivia le tendió sus papeles, él soltó una carcajada.

Olivia sintió la rabia trepando por su cuello e instalándose en las mejillas, que enrojecieron ligeramente, y en su mandíbula tensa.

—¿Hay algún problema, oficial?

—Ninguno, cielo —respondió él—, con una sonrisa. ¿Te vas a presentar a la evaluación física?

—Sí, señor.

—Pero, ¿tú sabes para qué es, princesa?

Olivia lo sabía.

Después del mayor conflicto bélico de la Historia, el uso de armas nucleares había afectado tanto al planeta que era imposible vivir al aire libre. La radiación era un problema tan grave que los pocos supervivientes se habían visto obligados a vivir protegidos, lo cual era lo mismo que decir encerrados. La segunda ciudad se creó a partir de un búnker, por lo que se encontraba completamente bajo tierra, varios kilómetros por debajo de lo que antiguamente había sido una gran metrópolis. Tras años de vivir allí, los

supervivientes habían logrado ponerse en contacto con otras personas que habían logrado refugiarse en otros lugares. Uno de ellos era una ciudad-burbuja, protegida del aire exterior como si estuviera metida en una pecera. Otro se trataba de un refugio subterráneo y el tercero de un gran edificio hermético. Estas cuatro grandes ciudades formaban la Unión.

En aquel momento, siglos después de la creación de la Unión, habían sido desarrolladas diferentes vías para que las ciudades pudieran tener contacto. Algunas de ellas estaban unidas por túneles y otras por naves que aprovechaban antiguos raíles de tren para moverse. Ambas opciones necesitaban pilotos para ser utilizadas.

La Unión se enfrentaba a tres grandes problemas. El primero era la escasez de agua y comida. La primera se conseguía de fuentes subterráneas, pero algunas ciudades no tenían suficiente y necesitaban importarla. La comida, por otro lado, se cultivaba en invernaderos y se criaba en granjas. La proteína animal, sin embargo, era poca. Los animales consumían alimentos, agua y oxígeno; los humanos no tenían ninguna de esas tres cosas en abundancia. El segundo problema era la dificultad de generar energía. Por esta razón se procuraba que el gasto de esta fuera mínimo, limitando los transportes y las horas de luz artificial.

Finalmente, el tercer y mayor problema era la superpoblación. Desde hacía varios siglos se habían impuesto leyes que controlaban la natalidad y solo estaba permitido tener un hijo por persona. Aun así, cada vez eran más y en las ciudades no había alimento, oxígeno, trabajo ni alojamiento para tantos. En aquel momento, era normal que los hijos ya adultos siguieran viviendo con sus padres e incluso sus abuelos, porque no había más habitaciones disponibles.

Cuando hacía pocas semanas se había descubierto la ubicación de otra ciudad burbuja en la que, aunque no se había detectado vida, esta era posible, había estado claro que tenían que llegar hasta ella. La colonización del que sería el quinto lugar habitado por humanos en las inmediaciones se convirtió en una prioridad. En aquel momento crítico, en el que el Canciller de Dos se encontraba hospitalizado después de un fuerte tratamiento médico, su hijo tomó el mando y puso en marcha aquella misión.

Aquellos que fueran elegidos para formar parte de ella serían la primera expedición que llegaría a la ciudad burbuja desconocida.

—No, la verdad es que no —replicó Olivia, sin ganas—. No tengo ni idea de para qué es esto, me estoy presentando porque no tengo nada más que hacer.

No sé a dónde nos van a llevar. Al cine, quizá. O al súper.

—No te pongas graciosa conmigo, guapita, que no estoy para bromas. Esta te la aguanto porque eres tú, pero para la próxima mejor te callas —aconsejó el oficial.

Olivia chasqueó la lengua. Los prefería enfadados a paternalistas.

—Sí, señor. Lo que usted diga, señor.

El candidato que se había estado sometiendo a la prueba en aquel momento salió por la puerta de la sala de entrenamiento y, tras saludar rápidamente al oficial, se marchó. Detrás de él apareció otro hombre, vestido de uniforme también. Era alto y bien formado, de anchos hombros musculosos y fuertes brazos que se adivinaban bajo las mangas de su chaqueta. Su cabello era negro, rizado, y sus ojos de un suave color miel.

La mirada de Olivia se detuvo un instante sobre sus labios, gruesos y suaves, relajados, enmarcados por sus facciones rectas, sus mejillas afeitadas aquella misma mañana. Sobresaltada, se apresuró a desviar la mirada del rostro de él.

—Cliff, este pollito quiere presentarse a la prueba —comentó el oficial, sonriendo.

El recién llegado examinó a Olivia de la cabeza a los pies, pero no parecía burlón como su compañero.

—Soy el capitán Barrow —se presentó, con seriedad—. ¿Cuál es el nombre del pollito?

Ella lanzó una mirada enfadada al oficial y se apresuró a contestar antes de que lo hiciera él.

—Olivia Autumn, capitán. Soy piloto.

—Muy bien. Pase, Autumn.

Olivia entró en la sala de entrenamiento, volviendo a sentir en el pecho los latidos de la emoción, que había perdido brevemente por culpa del estúpido comportamiento del oficial. Calentó rápidamente mientras el capitán revisaba sus papeles. Estaba preparada. Esperó las indicaciones de Barrow para comenzar, observándole. Cliff Barrow. Era muy joven para ser capitán, le calculaba menos de cuarenta años. Había algo magnético en él, y Olivia se encontró deseando pasar la prueba por primera vez no por su propio beneficio, sino por tener la oportunidad de servir bajo las órdenes del capitán Barrow. Pensó que seguiría a aquel hombre a cualquier parte.

Las pruebas de agilidad, fuerza y resistencia pasaron rápido. Al cabo de

unas horas, a Olivia solo le quedaba la última prueba, que era la más importante. Para cumplirla, se conectó al simulador. Tendría que demostrar que sabía pilotar la nave en todo tipo de circunstancias.

Cuando terminó, el capitán le estrechó la mano para despedirse. Olivia cruzó la puerta, saludó al oficial y se marchó como si estuviera soñando. No habría sido capaz de decir si lo había hecho bien o no, la evaluación era una secuencia de recuerdos borrosos en su mente. Caminó hasta la habitación en la que todos los que se habían presentado esperaban los resultados y se dejó caer en una de las sillas. Transcurrieron un par de horas y Olivia fue perdiendo gradualmente la paciencia a medida que otras personas entraban en la habitación y salían al recibir sus resultados. Aquello se le antojaba anticlimático; esperar después de haberse esforzado tanto y de sentir tanta tensión era un bajón.

—¿Olivia Autumn?

Se puso de pie de un salto al oír su nombre y recibió el sobre cerrado que le tendía un asistente de sonrisa amable. Aunque su primer impulso fue abrir el sobre rasgándolo allí mismo, se contuvo. Si eran malas noticias, prefería no recibirlas allí, delante de todos sus rivales. Dio las gracias al asistente y se marchó con el sobre cerrado en la mano hacia las taquillas.

El sobre se quedó sobre el banquillo de la cabina mientras ella se deshacía del uniforme y se ponía su ropa. Olivia lo contempló un momento, pensativa, antes de volverse hacia su reflejo, que tenía la misma expresión de duda que ella. Observó el sobre de nuevo.

Estaba allí. Mirándola, retándola a abrirlo, pero Olivia no pensaba ceder. Guardó el uniforme, preguntándose si volvería a ponérselo pronto o no. Ya volvía a ser ella, Olivia Autumn, una civil desempleada y no un piloto del Centro de Seguridad. De momento.

El camino a casa se le hizo interminable. Las calles de Dos eran largos pasillos iluminados por tubos fluorescentes en el techo cada varios metros, por lo que se encontraban en penumbra. Olivia caminaba con pasos rápidos hacia el ascensor que la llevaría al tercer piso. El Centro de Seguridad estaba en el primero, que era el único que poseía tragaluces en algunos puntos, de modo que tenía luz natural. Si uno se quedaba de pie bajo esas ventanas y miraba hacia arriba, podía ver un destello del azul celeste. En los demás pisos la única luz era artificial. A partir del cuarto nivel no había iluminación más que durante un par de horas al día. Era donde vivían los ciudadanos de clase

B, los niños que nacían ilegalmente, los criminales y los abandonados. Olivia tenía la suerte de contar con una habitación, porque la familia de Rain, su novio, tenía suficiente dinero e influencia como para mantenerla. Los padres de Olivia estaban encantados con el hecho de que su hija estuviese tan bien posicionada. Adoraban a Rain, aunque Olivia no sabía si era por él como individuo o por el bienestar económico y social que le aportaba a su hija.

Cuando por fin llegó a la puerta de su habitación, Olivia supo que Rain estaba ya dentro, porque la luz ámbar que señalaba que el cuarto estaba ocupado estaba encendida. Pasó rápidamente el identificador en su muñeca por el lector y la puerta se abrió.

—Hola —saludó.

La habitación era pequeña, con un sofá cama, una mesa y un par de sillas nada más. Las comidas se hacían siempre en los restaurantes de la ciudad, no había cocinas en las habitaciones para ahorrar energía. En el sofá, que tenía la cama plegada en ese momento, estaba sentado Rain. Se puso de pie cuando ella entró.

Su rostro era muy serio.

—¿Te has presentado a la evaluación?

Tenía en la mano la *tablet* de Olivia. En la pantalla se veía la confirmación que había recibido por correo electrónico de su admisión en la prueba. La debía haber mandado la mujer de recepción cuando ella se había presentado allí.

—¿Has leído mi correo? —preguntó Olivia, irritada.

—Creía que te había dejado claro que no quiero que te presentes a esto cuando hiciste el examen escrito. No me gusta, Olivia.

Olivia suspiró. No estaba de humor para volver a tener aquella discusión con él.

—Sí, Rain, me dijiste que no te gustaba. Y yo te dije que no me he sacado una carrera para nada. Cuando me conociste sabías que me estaba formando para ser piloto.

Rain soltó una carcajada irónica. Ni él ni nadie había esperado nunca que Olivia fuese a ser piloto de verdad. Las probabilidades eran realmente bajas.

—Así que te has presentado de todos modos. Te da igual lo que yo piense.

—No, no me da igual. Rain, sabes que esto es importante para mí. Me paso la vida aquí sentada mientras tú tienes un trabajo que te gusta, ¿no te das cuenta?

—Este trabajo que dices que te gustaría tanto significa que estarás mucho tiempo fuera de casa. ¿No ves que eso va a afectar a nuestra vida, a nuestra relación? Olivia, yo te quiero y quiero que estés aquí, conmigo...

Olivia iba a decirle, como reflejo, que ella también le quería, pero calló. En realidad, no le quería. Le resultaba difícil sentir amor por alguien a quien ella no creía importar, alguien que antepone sus sueños a los de ella sistemáticamente, alguien que ni siquiera entendía que ella tenía derecho a hacer con su vida lo que quisiese. Cerró los ojos un instante, agotada. No podía más. No podía seguir discutiendo con él.

Levantó el sobre que le habían dado en el Centro de Seguridad, mostrándoselo a Rain.

—Estos son los resultados de la prueba. No lo he leído aún, quería compartir ese momento contigo.

Rain resopló, enfadado.

—Me da igual. No quiero ser parte de esto.

Él estaba siendo egoísta, Olivia lo sabía. Que ella fuera piloto no significaba que no fuese a estar en casa nunca, solo que no iba a estar tan disponible para él como de costumbre. En aquel momento, en el que ella no tenía ningún trabajo, estaba allí siempre, dispuesta a comer con él, preparar la cena y esperarle expectante para hacer algún plan juntos cuando él regresase del trabajo. Esa era la situación que a ella le desesperaba, porque se aburría hasta el extremo, y también la que Rain deseaba conservar a toda costa.

—Rain, por favor.

Él no la miró siquiera. En silencio, Olivia abrió el sobre y sacó el único folio que había dentro. Era un documento oficial, sellado.

Sintió que el corazón se le detenía un instante. Aunque siempre había tenido la esperanza de conseguirlo, en el fondo había albergado una sombra de duda en su interior. Y, sin embargo, allí estaba, en su mano. La orden de unirse a la Misión Cinco como piloto.

—Rain... Rain, me han elegido. Lo he conseguido.

—Pues muy bien. —Él solo tardó un segundo en tragarse su asombro y convertirlo en enfado—. Mira, Olivia, ha llegado el momento de que decidas qué es más importante para ti, si yo, nuestra vida, todo lo que hemos construido juntos... o este nuevo capricho tonto que tienes. Elige. Ahora. No quiero esperar más. Y cuando entres en razón, no quiero volver a oír hablar de eso —señaló el documento con un gesto desdeñoso—. Lo olvidaremos los dos

y ya está. No quiero discutir más contigo.

Olivia le miró, impotente. No quería pelearse con Rain, pero él no se lo estaba poniendo nada fácil. Seguramente se ponía radical porque imaginaba que ella no sería capaz de dejarle allí. Darle un ultimátum era su forma de presionarla para que renunciase al puesto que le acababan de dar y que tanto le había costado conseguir.

En cierto modo, tenía razón. Era difícil elegir, no porque se sintiera ya lo mismo que antes, sino porque significaba renunciar a su vida entera. A todo lo que estaba acostumbrada y a todo lo que daba por hecho. Su casa, sus amigos, que eran los de él, la seguridad. Se podía imaginar que sus padres pensarían que dejar a Rain sería hacer el tonto, tirar por la ventana todo lo que había logrado en los últimos años.

Y, aun así, no podía resistir la idea de abandonar su sueño. De hecho, no podía aguantar la perspectiva de quedarse con Rain, incluso si no estuviese en juego su trabajo como piloto. Vivir con él sabiendo como sabía ahora que a él no le importaban las aspiraciones de ella, sabiendo que era un egoísta manipulador, sabiendo que ella, en el fondo, no le quería ya. Que no había sido capaz de responderle a un «te quiero». Toda su relación sería falsa. Olivia no quería vivir así.

Aunque se sintiera confusa, en realidad sabía que había decidido ya.

—Me voy, Rain. Si de verdad piensas eso, es mejor que me vaya.

Rain se encogió de hombros y se dio la vuelta.

—Cierra la puerta cuando salgas. La reprogramaré para eliminar el acceso con tu identificador.

Olivia contuvo un gesto de decepción. Quizá esperaba alguna reacción por su parte. Que se echase atrás, que retirase lo dicho. Dado que no fue así, decidió no aguardar más. Recogió rápidamente sus cosas y se dirigió a la puerta.

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Contenido](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Promoción](#)